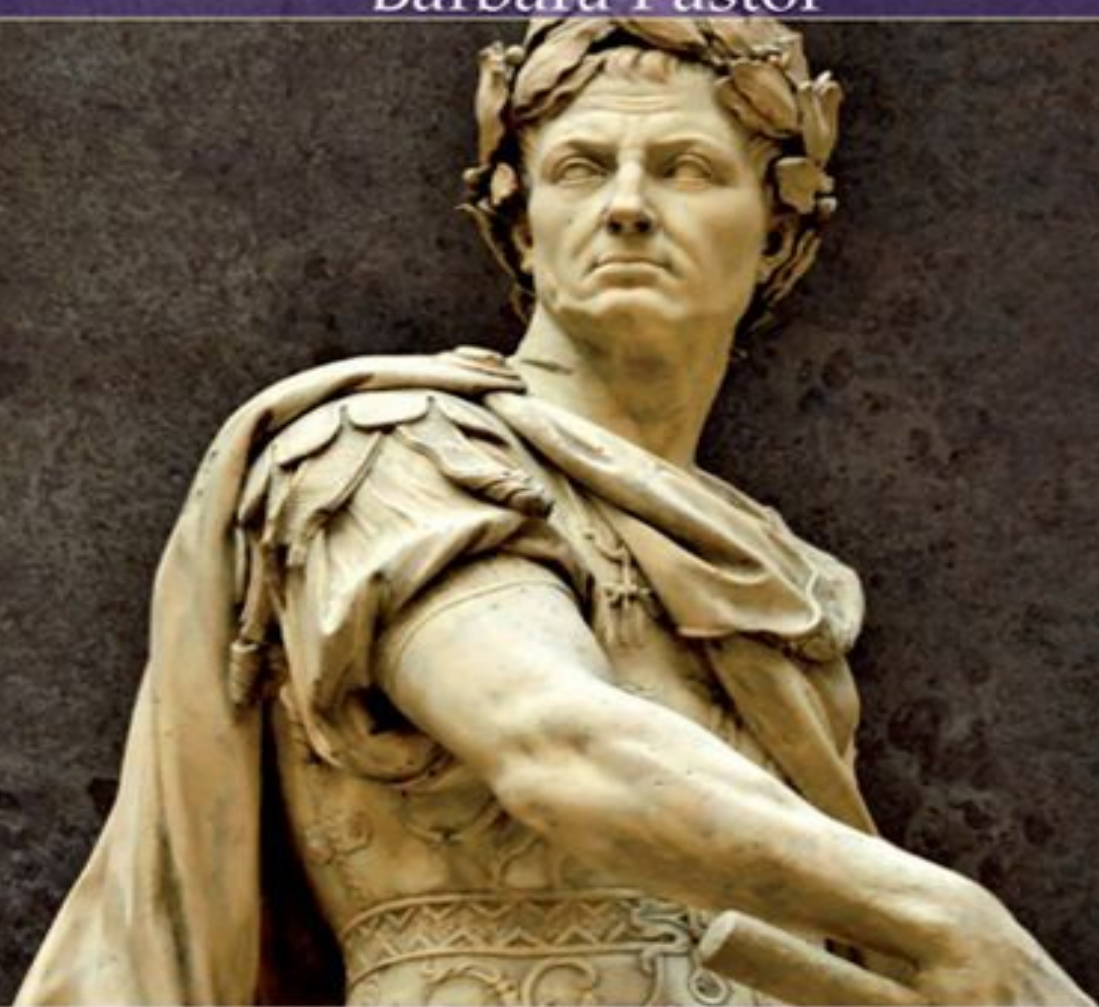


BREVE HISTORIA de la antigua

ROMA MONARQUÍA Y REPÚBLICA

Bárbara Pastor



La fascinante historia de la pequeña aldea a orillas del Tíber que en cuatro siglos se convirtió en el mayor centro de poder de Occidente. Desde su origen monárquico hasta la caída de la República con la muerte de Julio César.

**BREVE HISTORIA DE
ROMA**

MONARQUÍA Y REPÚBLICA

Bárbara Pastor



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Roma. Monarquía y República
Autor: © Bárbara Pastor

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray
Diseño interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-593-6

Libro electrónico: primera edición

La Antigüedad tiene el privilegio de hacer
intervenir a los dioses en el nacimiento
de sus pueblos, con el fin de imprimir
en ellos un carácter más augusto.

TITO LIVIO

ÍNDICE

[LA ANTIGÜEDAD MEDITERRÁNEA](#)

[LOS ORÍGENES DE ROMA](#)

[¿Y ANTES DE ROMA?](#)

[LA MONARQUÍA](#)

[LA REPÚBLICA](#)

[CRONOLOGÍA](#)

[GLOSARIO](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

LA ANTIGÜEDAD MEDITERRÁNEA



L

as primeras civilizaciones mediterráneas: Egipto, Sumeria, Babilonia, Caldea y Persia, reciben la calificación de civilizaciones imperiales. Todas ellas reúnen tres factores que aseguran el éxito de su progreso: fertilidad de la tierra, organización socio-política muy sólida y una religión colectiva estrechamente enlazada con el poder. En todas estas civilizaciones, el ser humano como individuo está sometido a la colectividad del Estado, puesto que acepta el conjunto de doctrinas religiosas que conducen al reconocimiento de la autoridad sin límites del poder.

Las grandes etapas de la historia de estos imperios están marcadas por invasiones que cambiaron las estructuras más profundas. La primera invasión tuvo lugar alrededor de 1800 a.C.; los arios, que procedían del norte de Europa, se instalaron en el Asia Menor, en Grecia y en el este de Mesopotamia.

Una segunda ola de invasiones comenzó en el siglo XIII a.C. En esta ocasión, corrió a cargo de pueblos también arios, pero procedentes de otra rama. Los dorios penetraron en Grecia y la ocuparon casi en su totalidad. Al fin del siglo XIII, una oleada de invasores inundó Egipto y destruyó parte de su Imperio. Como consecuencia de estas invasiones se produjeron grandes cambios y nacieron pequeños estados.

Egipto no agotó todas sus posibilidades económicas, puesto que se mantuvo replegado sobre sí mismo. Socialmente se debilitó por el exceso de impuestos que pesaban sobre la producción en beneficio del Estado y del culto religioso. Económicamente estuvo frenado por el atesoramiento de metales preciosos en los templos, lo cual impidió una circulación intensa de la riqueza. Egipto, muy consciente de su superioridad, no consideró a ningún otro pueblo como rival de su misma categoría contra quien luchar de igual a igual. Por esta razón sacó siempre fuerza de flaqueza y supo mantenerse en pie.

En el ámbito económico se produjeron en la sociedad dos cambios importantes: la formación de una economía basada en el comercio y en el intercambio de productos por el mar, y una concepción de la sociedad en la que el hombre era parte del Estado.



La ciudad de Roma entre los siglos IX y IV a.C. Estos fueron los modestos comienzos de la que sería cabeza del Imperio romano. Al principio solo había unas pequeñas aglomeraciones de cabañas diseminadas por las siete colinas que dominan el Tíber: Palatino, Capitolio, Quirinal, Esquilino, Viminal, Celio y Aventino. La ciudad nació de la unión de esos pueblos, y en ella las casas de piedra sustituyeron poco a poco las cabañas. El Foro Romano, la plaza principal de la ciudad, se construyó en torno al 600 a.C.

Desde el siglo VII a.C. y de modo progresivo, Grecia se convirtió en el centro más poderoso de occidente, desarrolló su comercio en importantes ciudades como Atenas y Corinto, y fundó colonias en el sur de Italia. Tras su victoria sobre el Imperio persa, Grecia se vio sometida a conflictos internos que provocaron el inicio de su decadencia, pero las ciudades griegas de Italia habían prosperado casi tanto como la floreciente Cartago.

En el siglo V a.C., Roma afirmaba su poder militar. A partir del siglo I V, Grecia prosigue su decadencia, pues la hazaña de Alejandro Magno no significó la vuelta del centro político hacia oriente. Las grandes monarquías posteriores a Alejandro Magno ya no representaron un poder de expansión política capaz de impedir el desplazamiento del poder y de la civilización hacia occidente. El destino de la civilización mediterránea se jugará, en definitiva, entre Roma y Cartago. Gracias a la actividad comercial que Grecia desarrolló con una fuerza insuperable, todos los pueblos que bordeaban el Mediterráneo estuvieron relacionados entre sí. La Galia y España, como consecuencia de las colonias griegas, entraron también en esta unidad mediterránea.



Esta escultura moderna que presenta a los dos niños con la loba se encuentra en la plaza Campdoglio, en Roma El hecho de que Rómulo asesinase a su hermano Remo hizo creer a los romanos que el destino de Roma estaba maldito desde sus orígenes.



Fragmento del mosaico de la casa del Fauno de Pompeya. Representa a Alejandro Magno cargando contra el rey persa Darío en la batalla de Isos. Alejandro, considerado el estratega más brillante de la historia, conquistó un inmenso Imperio durante su breve reinado (356-323 a.C.): desde Grecia por el Oeste hasta el norte de la India por el Este. Museo de Nápoles.

Las grandes ciudades habían estado siempre situadas tierra adentro: eran ciudades continentales. Pero fueron siendo reemplazadas por ciudades erigidas en la costa; así, Memphis, Tebas, Babilonia y Nínive dieron paso al predominio de Atenas, Corinto, Alejandría y Antioquía.

El Mediterráneo se convirtió en el centro en torno al cual se organizó un sistema de complejas relaciones económicas y políticas. Y hacia él convergieron tres grandes rutas marítimas: la de India, la del Ponto, y la ruta atlántica, dominada en principio por los fenicios. Pronto se planteó quién controlaría el floreciente intercambio de mercancías a través del mar. En los siglos V y IV fueron indiscutiblemente las ciudades griegas las que dominaron la vida comercial y la vida política del mundo mediterráneo, mientras que Roma luchaba por su independencia y ganaba paso a paso el territorio italiano a las ciudades griegas y al reino etrusco.

En el siglo III se produjo una transformación: ya no eran las ciudades quienes dominaban la vida política, sino los Estados. Las ciudades griegas estaban en decadencia y Cartago se encontraba amenazada por quienes imponían sus leyes en el mar. Durante los siglos III y II la hegemonía marítima se dividió entre Egipto y Roma.

Frente a la concepción del rey divinizado, las ciudades griegas situaron en el centro de su preocupación política al ciudadano. El poder político no tenía importancia sino en relación con el ciudadano, quien le daba verdadero sentido. La grandeza de la ciudad no consistía en el poder del rey, sino en la excelencia de sus ciudadanos. En cuanto a Roma, basó su estructura de gobierno en un equilibrio de poderes, si bien recibió de Grecia la concepción de una estructura individualista de la ciudad. El problema institucional planteado por este individualismo y ese predominio del hombre sobre el Estado fue resuelto, después de frustrados intentos en Egipto y en Grecia, por la poderosa Roma, con su eficaz organización social y fomento del respeto a los ciudadanos. Fueron, no en vano, los romanos los autores de la magistral creación del Derecho romano, cuya perfección formal jamás ha sido igualada.

LOS ORÍGENES DE ROMA



¿Debe Roma su origen a los hermanos Rómulo y Remo? ¿Mató Rómulo a su hermano Remo por traspasar este el límite de su territorio? ¿Hubo en la historia de Roma tantos dioses como cuenta la mitología?

Aceptarlo equivale a considerar también como históricos otros mitos en la historia de la Humanidad, como por ejemplo la existencia de los Reyes Magos de Oriente, la matanza de los inocentes, la tentación de Eva, o la torre de Babel.

El ser humano se caracteriza, sobre todo, por el uso de la palabra y por su capacidad de crear historias fantásticas que aporten encanto a la vida terrenal, que por sí sola no siempre es encantadora. Por eso todas las civilizaciones tienen sus mitos y sus leyendas. Roma, naturalmente, no iba a ser menos.



La Loba Capitolina, según recientes estudios no es una escultura etrusca como se creía, sino una pieza medieval del siglo XIII elaborada en algún lugar entre Roma y Viterbo.

Aunque dudemos de la veracidad de la leyenda que se atribuye a los gemelos Rómulo y Remo alimentados por una loba con instinto maternal, las artes plásticas han cumplido con la función que les corresponde: immortalizar los mitos. Pintores y escultores de todos los tiempos han representado a dos niños de corta edad mamando de las ubres de una inmensa loba. Esta es, queramos o no, la imagen más representativa de los orígenes de Roma. Su representación transmite muy especialmente la exaltación de las cualidades de un buen romano: valentía y bravura como la de los lobos, y de las lobas.

El poder de seducción que tienen los mitos es tal, que pasan desapercibidos errores cronológicos de un tamaño descomunal. Por ejemplo, cuenta la leyenda que el héroe troyano Eneas huyó sano y salvo de Troya para ir en busca de tierras fértiles y fundar una nueva ciudad. En el camino se detuvo en Cartago, cuya reina, la bella Dido, se enamoró de él. Dido pidió a Eneas que se quedara con ella y

se convirtiese en rey de Cartago. Pero Eneas no se dejó tentar por la hermosa Dido (no fue como el pobre Adán), y siguió su camino en solitario. Desesperada de amor, Dido se suicidó.

Este episodio es uno de los más románticos de la historia universal. Músicos como Purcell le dedicaron incluso una ópera, titulada *Dido y Eneas*. Los llantos de la reina implorando la piedad de Eneas son de una tristeza sobrecogedora. Y los llantos acompañados con música de violines, todavía más. Podríamos decir que la melodía de Purcell nos llega al corazón más que los versos de Virgilio en su *Eneida* cuando describe los sentimientos de la reina en el momento de subir a la pira, con el fin de quemar su cuerpo que se transformará en cenizas por culpa de un amor no correspondido.

Lamentablemente, ni existió Eneas ni existió Dido. Y mucho menos en la misma época. La Guerra de Troya tuvo lugar en el año 1200 a.C., y Cartago fue fundada cuatrocientos años más tarde. Es como si el rey Felipe II, de paso por el Casino de Mónaco, se enamorase de la princesa Carolina. No sabemos si Felipe II conoció el juego ni el amor, pero da igual. El episodio jamás habría podido ocurrir, como tampoco el de Eneas y Dido.



Eneas narra a Dido las desgracias de la ciudad de Troya. Guérin, 1815. Museo del Louvre, París.

Pero, precisamente, ahí está el encanto de la mitología y de las leyendas. Al no estar sujetos a fechas ni a comprobaciones de archivo, gozan de plena libertad. Su único objetivo es emocionar, seducir. Y todo ello lo consiguen sobradamente los huérfanos Rómulo y Remo, lo mismo que el suicidio de Lucrecia tras haber sido violada, o el valor de Mucio Escévola que dejó quemar su mano en el fuego para demostrar su amor a Roma, y otros tantos episodios con los que muchos historiadores romanos adornaban sus relatos.

Dicho esto, la mitología y la historia se distinguen por algo fundamental: su veracidad. Por ello, nuestra historia de Roma debería titularse *Historia humana de Roma*, ya que un margen de error es inherente a la condición humana. La historia de Roma es veraz, como lo fueron sus victorias y sus derrotas; pero interesa mucho más la historia de quienes las protagonizaron. Y en este asunto, es posible que la veracidad tenga que ver con la simpatía o antipatía de quienes escribieron sus vidas. No olvidemos que hoy conocemos la historia que fue escrita por manos humanas. Y todo lo que es humano, es imperfecto.

Por último, un dato importante. La historia la escribieron los hombres. En Roma, las mujeres se dedicaban a otros menesteres (y no, precisamente, a seducir a príncipes troyanos...). La historia de Roma está llena de historias humanas con sus pasiones y sus miserias. Hombres y mujeres que sienten, sufren, aman, seducen, engañan, conquistan... Ellos son los protagonistas de una ciudad que empezó siendo una aldea y se convirtió en el centro de poder más importante de occidente.

¿Cómo lo consiguió, si no sobresalió ni en la filosofía, ni en las matemáticas, ni en ninguna de las ciencias? A Egipto y a Grecia pertenece la gloria de haber convertido la astrología en ciencia universal, cuyo punto de referencia estuvo siempre en Babilonia. Grecia pudo presumir de haber inventado la democracia y eliminado la terrible ley del talión basada en la venganza. Asimismo, le pertenece el esplendor de la arquitectura, que por primera vez enseñaba al mundo la belleza basada en el equilibrio de formas. La seducción del pensamiento que abrió el camino a nuevas escuelas de filosofía convierten a Grecia en el punto de referencia de la cultura occidental. Y Roma, ¿por qué se convirtió Roma en el imperio que dominó el mundo?

En estas páginas vamos a ver cómo los romanos fueron expandiendo progresivamente su territorio, hasta convertirse en dueños de Occidente

**¿Y ANTES DE
DE ROMA?**



E

n el año 1000 a.C., Italia era una tierra poblada de tribus incivilizadas. Las poderosas culturas de Egipto, del Cercano Oriente, o de la isla de Creta, jamás pudieron imaginar que aquella península en forma de bota se convertiría en el centro del mundo.

Los orígenes de Roma, si excluimos la leyenda que la relaciona con la diosa Venus, se remontan al año 1000 antes de Cristo, fecha en la que unas tribus del norte de Europa se expandieron por el sur y llegaron a Italia. Estas tribus (los etruscos) ocuparon la costa occidental, región que actualmente se llama Toscana.

Sigue siendo un misterio quiénes eran los etruscos, ya que su lengua no ha sido descifrada. Se sabe, como único dato cierto, que llegaron a Italia desde Asia Menor.



Los etruscos fueron los primeros en introducir la escritura en la región del Lacio; de ahí que el alfabeto latino sea en realidad de origen etrusco. Al principio se escribía con tinta sobre telas o sobre tabillas recubiertas con una capa de cera, con ayuda de un estilete afilado para grabar las letras. Esta inscripción, realizada sobre una placa de oro, es del siglo V a.C.



Los trabajos en bronce de los etruscos constituyen la mejor muestra de su capacidad artística. Esta quimera, animal mitológico con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón, data del siglo V a.C. Museo de Florencia.

Después de los etruscos, entraron por el mediterráneo occidental otros pueblos orientales. Los fenicios eran excelentes colonizadores y fundaron muchas ciudades en el norte de África, entre las que destaca la famosa y potente Car tago, muy cerca de la actual ciudad de Túnez. Cartago estaba a unos cuatrocientos kilómetros al sudoeste de la punta de Italia, y entre Italia y Cartago estaba Sicilia. Esta isla, en forma de triángulo irregular, fue después causa de graves conflictos entre las dos potencias. Roma y Cartago, en la primera guerra púnica, lucharon por conseguir este pequeño triángulo llamado Sicilia, cuya situación en el Mediterráneo era privilegiada.

Además de etruscos y fenicios, también llegaron a Italia los griegos, que se establecieron en el sur. Allí fundaron muchas ciudades prósperas y florecientes, hasta el punto de que esta región del sur de Italia fue llamada Magna Grecia.

¿CUÁNDO SURGIÓ ROMA?

Al sur del río Tíber se formó una pequeña aldea llamada Roma, en el distrito del Lacio, al sudoeste de Etruria. Unas treinta ciudades del Lacio (de cuya palabra viene el nombre de latín) se unieron para formar una Liga, con el fin de defenderse de los etruscos. La ciudad más importante de esta Liga fue Alba Longa, a unos 20 kilómetros de lo que sería la ciudad de Roma.

Cuando más tarde Roma se convirtió en capital del Imperio, historiadores románticos buscaron para ella orígenes divinos y fantásticos. En el caso de Roma, la leyenda relaciona su origen con la diosa Venus, madre de Eneas (un héroe era llamado así cuando era hijo de diosa y de mortal). Venus y Anquises fueron los padres del héroe troyano que huyó de Troya en busca de una nueva tierra en la que fundar Roma.

¿No debe Roma su nombre a Rómulo, hermano gemelo de Remo? Cuando uno trata de explicar una leyenda con precisión y coherencia surgen las incoherencias y las imprecisiones propias de las leyendas. Defender que Roma debe su nombre a Rómulo es como defender otras teorías etimológicas de dudosa seriedad. Tal vez Roma proceda de Rómulo, pero también puede proceder de una palabra antigua que significa “proa”. Como dijo Voltaire, la etimología es un juego de vocales en el que es

muy arriesgado entrar.



Eneas llevando a Anquises. Carle van Loo, 1729. Museo del Louvre, París. Una de las representaciones de Eneas huyendo con su familia de Troya, que aparece en llamas al fondo de la escena. En primer plano aparece el grupo familiar del héroe llevando a hombros a su padre, seguido por su hijo Ascanio que mira horrorizado cómo se incendia la ciudad que dejan atrás.

Rómulo y Remo son, simplemente, personajes de una leyenda, un cuento popular que no hace sino ensalzar valores que todo pueblo aprecia; es decir, la generosidad y la bondad. Igual que en la historia de Supermán, en la cual la valentía del héroe se ve reforzada por la bondad de unos padres que acogen en su hogar a un niño abandonado. En el caso de Rómulo y Remo, una loba los amamanta tras encontrarlos en el río, y luego unos pastores se los llevan a su casa. El personaje malo de esta historia es, por supuesto, el malvado rey que se los quitó de encima para evitar competidores futuros en su reinado. Y de la madre, ni siquiera se habla.

Cuando los gemelos crecieron, ambos reivindicaron su derecho a reinar. Entonces surgió el conflicto de la ambición entre hermanos tan conocido por otro cuento, el de Caín y Abel. Ambición, engaño, venganza, traición, centran la leyenda de Rómulo y Remo, así como también la de Caín y Abel.



Moneda romana arcaica, de plata. El reverso de este didracma del 269 a.C. representa a la loba amamantando a Rómulo y Remo.

El significado del nombre de Roma ha sido objeto de muchísimas interpretaciones. Hay quien lo relaciona con un antiguo nombre del río Tiber, y cuyo significado sería “ciudad del río”, y quien lleva su etimología a la proa de los antiguos navíos. Pero, en definitiva, la explicación más aceptada ha sido siempre la leyenda que relaciona Roma con su fundador Rómulo.

La fundación de Roma tuvo lugar en el mes de abril del año 753 a.C. Esta fecha —sin confirmar por los datos arqueológicos de los que disponemos, según los cuales es más probable que se fundase hacia el 600 a.C.— llegó a ser tan importante en la historia de Roma, que se convirtió en referente para datar cualquier suceso. Cuando en Roma había que referirse a un año determinado se decía, por ejemplo: “ochenta años después de la fundación de Roma”. Actualmente, cuando nosotros decimos “año 2007” tomamos como referencia el nacimiento de Jesucristo, que supuestamente ocurrió en el año 1. La abreviatura latina A.D. significa “en el año del Señor (*Anno Domini*)”, y es lo mismo que d. C., “después de Cristo”.

LA CIUDAD PRIMITIVA

La configuración de la ciudad fue ampliándose poco a poco pasando por distintas etapas. La primera fue la Roma cuadrada, que comprendía un surco trazado por Rómulo sobre el monte Palatino, con torres y muros a modo de protección. Al norte del Palatino estaba el monte Velio que lo unía al Esquilino, y por donde se fue extendiendo la población que ocupó posteriormente los siete montes.

La segunda etapa, pues, fue la Roma de los siete montes o de las siete colinas, que fueron acogiendo población de los alrededores hasta hacer de Roma una gran ciudad. Siglos más tarde, Augusto llegaría a convertirla en una de las ciudades más bellas del mundo.

Los primeros habitantes que se asentaron en los alrededores del Tíber formaron diferentes tribus, llamadas Ramnes, Luceres y Ticios, respectivamente. Roma no surgió repentinamente, sino que fue creciendo poco a poco a medida que aumentaba la población y los asentamientos de las diferentes tribus crecían. Su tierra era pobre y su emplazamiento malsano. Pero tenía la ventaja de que el Lacio

se extendía a ambas orillas del río hasta el mar. La desembocadura del Tíber fue un medio excelente para la comunicación comercial, y a su alrededor se pudo desarrollar un mercado común para todo el Lacio.



Los ritos públicos solían incluir sacrificios. Uno de los más frecuentes era el holocausto de un cerdo, una oveja y un buey. Las vísceras se cocinaban y se dejaban en el altar para el dios; la carne se comía en un banquete ritual.

La línea ideal que marcaba los límites del territorio urbano se llamaba *pomerium*, palabra que significa “en torno de las murallas” y correspondía al espacio que los augures consagraban en el momento de fundar la ciudad. Así, Rómulo trazó con su arado un surco alrededor de todo el espacio que dedicaba a su ciudad cuadrada. El surco abierto de esta forma fue el primer *pomerium* de Roma.

Era frecuente fundar las ciudades según el ritual etrusco que consistía en uncir un toro y una vaca que trazaban un surco con el arado para que el foso y el muro quedasen protegidos. El espacio interior era el centro de la ciudad, y lo que quedaba fuera se llamaba *pomerium*. Esta distinción llegó a ser muy importante en el ámbito jurídico. El terreno dentro del pomerio correspondía a la zona urbana, y el terreno fuera del pomerio correspondía a la zona rural, las cuales no tenían ni los mismos dioses, ni los mismos magistrados, ni siquiera las mismas atribuciones. La leyenda de Remo, que pagó con su vida el haberse atrevido a cruzar la línea del pomerio, refleja el carácter inviolable del territorio consagrado, previamente inaugurado por los sacerdotes mediante el rito que da nombre a la propia celebración: la *inauguración*, en la cual los augures observan el vuelo de los pájaros, y con su interpretación deducen si es favorable fundar la nueva ciudad.

Roma empezó, pues, a crecer entre siete colinas. Las primeras en ser habitadas fueron el Palatino y el Quirinal. Y posteriormente, el Capitolio, Esquilino, Celio, Viminal y Aventino. En el centro, se desarrollaba la vida política, comercial y judicial con la intensidad propia de un centro urbano en crecimiento. La ciudad de Roma empezaba a ver los beneficios procedentes de las aguas del Tíber.



Antiguo fresco romano de la Necrópolis de Esquilino, del 300-280 a.C.



Eneas, herido en una pierna, es curado por un médico. Al lado aparece su hijo Ascanio quien, más adelante, fundó Alba Longa.

Para hacernos una idea de la afición que sentían los romanos por atribuir el origen de su ciudad a los dioses, he aquí un esquema sacado de la mitología griega que enlaza los orígenes de Rómulo con la diosa Venus. Príamo y su esposa Hécuba, reyes de Troya, tuvieron una numerosa descendencia. Una de sus hijas, Creusa, se desposó con el mítico héroe troyano Eneas, hijo de Anquises y de la diosa Venus. El hijo de Creusa y Eneas, Ascanio, fundó Alba Longa. De él descienden los dos hermanos que fueron reyes de Alba, Numitor y Amulio; este último alcanzó el trono arrebatándoselo a su hermano, pero fue derrocado por Rómulo y Remo, que a su vez eran hijos del dios Marte y la vestal Rea Silvia.

LA MONARQUÍA



D

Desde el momento en que los habitantes de estas siete colinas se organizaron en una comunidad, necesitaban un dirigente: un rey, que etimológicamente significa “el que dirige”. Como padre de la gran familia de ciudadanos, el rey reunía en su persona todos los poderes, con carácter vitalicio. El rey era para Roma lo que Júpiter para el mundo, y de hecho vestía con atuendos propios de un dios: portaba un cetro de marfil con un águila en el extremo y una corona de oro en forma de hojas de encina. Sus mejillas estaban pintadas de rojo, como los dioses. El rey era como el dueño de la ciudad, el primero de todos los ciudadanos y el primero de todos los soldados.

Rómulo, al que la leyenda considera primer rey de Roma, gobernó la ciudad durante treinta y siete años desde su fundación en el año 753 a.C. No se sabe cómo murió; simplemente desapareció en una tormenta. Así lo cuenta Tito Livio, el historiador que tituló su obra *Ab urbe condita*, “Desde la fundación de Roma”. Según él, Rómulo ascendió a los cielos para convertirse en dios.

Por entonces la ciudad había crecido considerablemente. Se expandió desde el monte Palatino hasta el Capitolino y el Quirino. El nombre de “ciudad de los siete montes” con que se conoce a Roma procede de su ubicación. Roma estaba situada, más o menos, en el centro de siete colinas.

EL RAPTO DE LAS SABINAS

El primer conflicto conocido de Roma está relacionado con las mujeres. Como siempre, los hombres que han escrito la historia encuentran en las mujeres una mina de la que extraer argumentos con que poder narrar los sucesos de antaño. Y he aquí el primero.

El problema que tenían los romanos en su nueva ciudad era la falta de mujeres. Así que decidieron apoderarse de las mujeres ajenas. Astutamente, organizaron una fiesta a la que invitaron, planeando raptarlas, a las mujeres de la tribu de los Sabinos, que habitaba en las proximidades de una de las siete colinas, la Quirinal. A la fiesta acudieron bastantes sabinas, suficientes para que los romanos, tras secuestrarlas, pudieran engendrar con ellas los hijos que necesitaban para poner en marcha su nueva ciudad y asegurarse su desarrollo. Con este episodio, conocido como el rapto de las Sabinas, immortalizado por el pintor David en 1799, empezó una larga serie de enfrentamientos que hizo de Roma un pueblo experto en el arte de la guerra.



El rapto de las Sabinas. J.L. David, 1799. Museo del Louvre, París. El cuadro muestra la intervención de la sabina Hersilia para poner paz entre su marido, Rómulo, y su padre, un sabino.

En uno de los muchos enfrentamientos que se produjeron a raíz de este suceso, los sabinos planearon apoderarse de la fortaleza del monte Capitolino, y vieron en la joven Tarpeya un medio para alcanzar su propósito. Tarpeya era hija del jefe romano que se oponía a la entrada de los sabinos. Estos persuadieron a la joven para que les abriera las puertas del recinto fortificado a cambio “de lo que ellos llevaban en su brazo izquierdo”. Y Tarpeya accedió. Durante la noche abrió las puertas que permitieron la entrada de los sabinos, quienes al entrar arrojaron sobre ella sus escudos. La joven incauta había interpretado que lo que le darían los sabinos sería los brazaletes de oro que llevaban en su brazo izquierdo. Pero no fue así. Los astutos sabinos llevaban, también en el brazo izquierdo, los escudos con los que aplastaron a Tarpeya. A partir de entonces, se llamó Roca Tarpeya al peñasco desde el cual se arrojaba a los traidores. Y de paso, el nombre de esta mujer ha quedado eternamente ligado a la estupidez femenina (igual que la religión cristiana hizo después con Eva y la serpiente).



Con el episodio del rapto de las Sabinas empezó una serie de enfrentamientos que hizo de Roma un pueblo experto en el arte de la guerra.

Pero así como en la mujer se encontró un recurso fácil para explicar vicios humanos, también en ella se vio un modelo de sensatez y de virtud. Después de años de continuas luchas entre romanos y sabinos, las mujeres (que a pesar de todo llegaron a querer a sus maridos raptadores, los romanos que astutamente las habían seducido) pidieron que se pusiera fin a tantas rencillas. Y gracias a su intervención surgió un acuerdo, el de gobernar juntos y unir sus tierras. Así fue como nació la primera tribu formada por latinos, sabinos y etruscos. Tribu proviene, precisamente, de la palabra “tres”.

LOS SIETE REYES

A lo largo de su historia, Roma tuvo distintas formas de gobierno, que se suelen agrupar en tres etapas fundamentales: Monarquía, República e Imperio. Cada una de ellas se puede dividir en otras. Por ejemplo, en el Imperio se diferencian dos grandes periodos: el Alto Imperio o Principado y el Bajo Imperio o Dominado.

El primer sistema de gobierno que adoptó Roma en el momento de su fundación (753 a.C.) fue la

Monarquía. Y su primer rey, Rómulo (753–716 a.C.), posiblemente un príncipe latino procedente de los montes Albanos, situados en las proximidades de Roma. A Rómulo le sucedió Numa Pompilio (715-673 a.C.), rey de origen etrusco que dio prioridad a los asuntos relacionados con la religión, hasta el punto de considerarse que fue él quien estableció la religión romana.

Tres cosas caracterizaban a los romanos: su sentido práctico, su patriotismo y su fervor religioso. Por esta razón fueron, por un lado, excelentes estrategas y, por otro, desarrollaron un complejo sistema religioso en torno a la *pietas*, (no como los dioses olímpicos, que los romanos adaptaron directamente de los dioses griegos) que es difícil de traducir pero que no tiene nada que ver con la piedad cristiana tal como se entiende hoy. Para un romano, la *pietas* era una cualidad del guerrero y del hombre de bien. Ser impío era tan terrible como ser pérfido, es decir, contrario a los intereses de la patria. Y para los romanos, la patria era la máxima razón de su existencia.



En este fresco del Palazzo Milzetti, se ve a Numa Pompilio aceptar el trono de Roma.

Si pudiéramos resumir en una sola palabra el reinado de Numa Pompilio, ésta sería Jano. Jano era el dios de las dos caras; una miraba hacia el principio de las cosas, y otra hacia su fin. Su culto lo estableció el rey Numa Pompilio para que en tiempos de guerra protegiera a Roma y en tiempos de paz reposara. Jano fue el primero de una larga lista de dioses propios de los romanos. Como recuerdo del dios Jano tenemos en el lenguaje cotidiano la palabra enero (en inglés, *january*). El mes de enero es el principio del año, y también el recuerdo del final de otro.

Debido a su excelente ubicación a orillas del río Tíber, Roma prosperó rápidamente y sobresalió sobre las demás ciudades, entre ellas Alba Longa, que sintió la suficiente envidia de sus vecinos como para llegar a un enfrentamiento bélico por hacerse con la hegemonía. Se decidió dirimir la cuestión mediante un duelo. Los romanos eligieron a tres de sus mejores guerreros, y lo mismo hicieron los albanos. El resultado de una lucha de tres contra tres pondría fin a la hostilidad entre ambas ciudades.

Por parte de los romanos lucharon tres hermanos, los Horacios. Por parte de los albanos, los Curiacios. Vencieron los primeros. Dos de los Horacios murieron, y el hermano vencedor mató a los tres Curiacios. Al regresar a Roma victorioso, el joven Horacio fue recibido con llantos por su hermana, que lloraba la muerte de su prometido Curiacio. Al ver llorar a su hermana, la apuñaló, al tiempo que decía: “¡Así muera toda mujer romana que llora a un enemigo!”

A Numa Pompilio le sucedió Tulio Hostilio (673-641 a.C.), quien añadió una colina más a las tres que rodeaban la ciudad. Esta cuarta colina fue llamada Celio, y en ella mandó construir el rey su palacio.



El juramento de los Horacios. J. L. David, 1784. Museo del Louvre, París. Los hermanos Horacios, de Roma, se enfrentaron a los hermanos Curiacios, de Alba.

En la persona del rey estaba representado el poder, aunque en realidad era el consejo del Senado quien influía sobre las decisiones reales. El Senado se llamó así porque lo componían cien personas que, obligatoriamente, tenían que ser mayores (en latín *senes*, y de ahí *Senado*). La relación etimológica entre senado y anciano procede de que, por entonces, solo podía ser senador quien ya hubiese cumplido los cuarenta años, edad que se suponía suficientemente madura y a salvo de los vaivenes propios de la juventud. Los senadores eran elegidos de entre las mejores familias, y su papel equivalía al que tiene un padre en una familia; por eso los senadores fueron llamados patricios, que significa “padre”. Después, esta palabra pasó a designar una clase social.

El cuarto rey fue Anco Marcio (641-616 a.C.), nieto de Numa, quien expandió la ciudad añadiéndole una nueva colina, el Aventino, que pobló con colonos de las tribus conquistadas para que siguiera creciendo. Estos nuevos habitantes no tenían la misma categoría social que las viejas familias, sino que formaban parte de la plebe, es decir, de los ciudadanos en su conjunto.

El quinto rey fue Tarquino Prisco (616-579 a.C.) o *el Viejo*, un inmigrante etrusco que dio prosperidad a Roma. Construyó el Circo Máximo, gran recinto ovalado donde se realizaban carreras de carros ante miles de espectadores; introdujo costumbres etruscas, como por ejemplo los combates entre hombres armados con espada, llamados gladiadores (en latín *gladius* significa “espada”). El rey Tarquino le vantó un templo dedicado a Júpiter, el máximo protector de la ciudad. El templo de Júpiter Capitolino era el de mayor veneración de Roma; en él se investía a los cónsules de sus cargos y terminaban los desfiles triunfales.

En el valle situado entre el Palatino y el Capitolino estaba el foro, o mercado, que era un espacio abierto donde la gente se reunía para comprar y realizar actos públicos. Para evitar problemas sanitarios originados por la propia situación del foro, Tarquino construyó una cloaca para drenar las zonas pantanosas del valle. Esta primera cloaca recibió el nombre de Cloaca Máxima, que ha quedado para la historia como ejemplo de la capacidad que tenían los romanos para las obras de

ingeniería práctica, a pesar de no destacar en el campo de las matemáticas ni de otras ciencias.



El rey Tarquino levantó un templo dedicado a Júpiter, el máximo protector de la ciudad. El templo de Júpiter Capitolino era el de mayor veneración de Roma; en él se investía a los cónsules de sus cargos.

A Tarquino le sucedió el rey Servio Tulio (579-535 a.C.), quien añadió a Roma las colinas Esquilino y Viminal; y alrededor construyó una muralla que delimitó la ciudad. Este rey trató de debilitar el poder de las familias dominantes otorgando privilegios políticos a los plebeyos (el conjunto de ciudadanos, no descendientes de las primitivas familias romanas), quienes hasta ahora carecían de los derechos que se habían atribuido los patricios.

Durante su reinado, la sociedad romana evolucionó de forma progresiva hacia una mayor complejidad; el antiguo grupo de ciudadanos romanos convivía con peregrinos, colonos, libertos, comerciantes y esclavos (estos en su mayoría eran prisioneros de guerra utilizados para todo tipo de trabajos, y eran considerados simples objetos para trabajar). La clase social más desfavorecida aumentó en número y la desigualdad entre ricos y pobres se hizo cada vez más profunda. Los más pobres no tardaron en reivindicar sus derechos civiles y mejores condiciones de vida, apoyados por el creciente número de extranjeros. Para solventar esta situación, Servio Tulio adoptó las siguientes medidas:

* Promulgó una constitución política, la primera de Roma. Con ella pretendía eliminar el enfrentamiento social y lograr la unión de toda la sociedad, patricios y plebeyos, a favor de la patria.

* Unió a toda la población y la dividió en treinta tribus según su domicilio, no por su relación familiar. De todos los residentes, aquellos que contaban con alguna propiedad debían colaborar con un tributo a los gastos de la ciudad.

* Ordenó que todos los varones de entre dieciséis y sesenta años, domiciliados en Roma, cumpliesen el servicio militar.

* Organizó la sociedad en cinco clases, diferenciadas según su tipo de armamento, pero con igualdad de deberes ante la patria.

Estas actuaciones provocaron una rebelión contra el rey, que fue asesinado en una conspiración tramada por su hija y por su yerno, Tarquino el Soberbio, que accedió al trono. Este fue el último rey de Roma.

Tarquino el Soberbio (534-509 a.C.) se ganó este apodo merecidamente, pues ejerció su tiranía sobre Roma de una forma cruel. Anuló la constitución de Servio Tulio destinada a ayudar a los plebeyos, intentó reducir el poder del Senado y se rodeó de una fuerte guardia personal. Pero la arrogancia de este rey provocó el rechazo de los romanos, quienes esperaban la ocasión para rebelarse contra él. Y, de nuevo según la leyenda, la ocasión fue propiciada por una mujer.



La violación de Lucrecia, Tiziano. Siglo XV. Museo del Prado, Madrid. En esta escena de la violación, se refleja un enfrentamiento trágico: Lucrecia, sentada al borde de la cama, rechaza a su agresor y hace desesperados intentos por apartarse de su abrazo.

Cuentan que el hijo de Tarquino violó a una joven llamada Lucrecia, aprovechando la ausencia de su esposo, que estaba en la guerra. Al no poder soportar tal deshonor, Lucrecia se quitó la vida. Y este fue el vergonzoso episodio que, según la leyenda, marcó el final de la monarquía con la expulsión de su último rey, apodado para siempre El Soberbio. Después de este episodio, el pueblo romano no quiso oír hablar más de reyes al frente de su gobierno. Y así empezó el largo y brillante período de la República, que tuvo una duración de quinientos años.

LOS ÓRGANOS DE GOBIERNO DE LA ROMA MONÁRQUICA

Durante la Monarquía, Roma estaba dirigida por los siguientes órganos de gobierno: el rey, los lictores, el senado y los comicios curiados.

EL REY. Desde el momento en que los que habitaban en torno a Roma se centraron en una comunidad de vida, necesitaban un padre de la gran familia, es decir, un rey. Así como una familia tiene su *pater familias*, su cabeza visible, la unión de todas las familias debe tener un padre común en la vida social, política y militar. Puesto que la ha de regir, se llamará rey; y puesto que dará

órdenes, será dictador. Así pues, en Roma era función del rey dirigir, ordenar, formar y enseñar al pueblo romano.

Hay quien define la Monarquía de Roma como una República aristocrática. El cargo del rey no era hereditario, sino propuesto por el Senado después de consultar a los dioses. El rey era elegido por la asamblea de los comicios curiados. El rey era la cabeza visible de la religión, de la justicia y del Senado. Las insignias reales eran como las de los dioses: toga de púrpura, corona de oro, cetro, silla curul. Y, por dondequiera que fuese, el rey viajaba siempre en carruaje.

Desde el momento de su elección, el rey tomaba los poderes del *pater familias*. Tenía los poderes de sacerdote del pueblo, con obligación de conservar siempre encendido el fuego sagrado de Vesta, la diosa del hogar. Tenía el derecho de juzgar, de castigar, de imponer multas, de privar de libertad y de condenar a muerte. Cuando marchaba oficialmente le precedían sus asistentes, los lictores que portaban las fasces (haces de varas), indicando con ello que él era dueño absoluto con derecho de vida y de muerte sobre sus ciudadanos. Contra la sentencia capital dictada por el rey se podía apelar al pueblo, y el rey tenía derecho a conceder este recurso de apelación, aunque no estaba obligado a ello.

Como padre de la gran familia, el rey era el único depositario de todos los poderes. Y nombraba a sus ayudantes o ministros para que lo asesoraran en aquellos asuntos que él juzgara oportuno. La potestad del rey era vitalicia. Al morir debía haber nombrado a su sucesor, con plena libertad de elección con tal de que fuera ciudadano romano, mayor de edad y sano de cuerpo y alma, sin que importara su origen patricio o plebeyo (aunque un plebeyo tenía, de hecho, muy limitadas sus posibilidades). Si el rey no lo había nombrado, el pueblo se reunía y designaba un interregno, es decir, un gobierno provisional con duración de cinco días, cuyo principal cometido era elegir un nuevo rey. En este caso, el Senado proponía al futuro rey y el pueblo, reunido en asamblea, le confería el poder supremo.

LA ÉPOCA DE LOS REYES EN ROMA

(753-509 A.C.)

Fundación de Roma (753 a.C.)

Rómulo (753-716 a.C.)

Numa Pompilio (715-673 a.C.)

Tulio Hostilio (673-641 a.C.)

Anco Marcio (641-616 a.C.)

Tarquino Prisco el Viejo (616-579 a.C.)

Servio Tulio (579-535 a.C.)

Tarquino el Soberbio (539-509 a.C.),
destronado y desterrado.

Fin de la Monarquía
y comienzo de la República (509 a.C.)

LOS LICTORES. Eran una categoría de oficiales públicos que estaban a disposición de los magistrados. Llevaban toga dentro de Roma; fuera de Roma, llevaban el sayo militar rojo; en los funerales vestían de luto. Sus insignias eran las fasces, formados por un haz de varas o bastones ligados con una correa roja y un hacha, que llevaban sobre el hombro izquierdo. En los funerales, las fasces siempre estaban vueltos hacia abajo.

Las varas de los lictores se usaban para aplicar castigos corporales, y el hacha se utilizaba para aplicar la pena de muerte. La ruptura de las fasces indicaba la destitución del magistrado, alguna revuelta o motín. Los enemigos de Roma consideraban trofeos valiosos las fasces arrebatadas en combate a los generales romanos.

Los lictores vivían por y para servir a los magistrados. Cuando el magistrado entraba en casa, los lictores a su servicio se acomodaban por el vestíbulo; fuera de casa le acompañaban siempre, en el paseo, en el teatro, en los baños, etc. Su principal papel era abrir paso al magistrado, apartando a la muchedumbre con la frase *date viam*. Ante estas palabras, los hombres dejaban paso, se descubrían la cabeza, o bajaban del caballo; las mujeres de los ciudadanos romanos no tenían la obligación de dejar paso a un magistrado.

Los lictores, que solían ser doce para cada magistrado, eran en su mayoría libertos, es decir, antiguos esclavos que habían conseguido la libertad por su buen servicio. Contratados de por vida, estaban libres del servicio militar

EL SENADO. Estaba compuesto por los padres de las familias más importantes; de ahí el nombre de *patres conscripti* con que eran llamados los senadores, quienes a su vez debían su nombre a la edad

“senil” a partir de la cual podían ejercer el cargo de senador; esto es, a partir de los cuarenta años, y con carácter vitalicio. El Senado tuvo al principio cien miembros, y más tarde trescientos. Todos ellos eran elegidos por el rey.

La función del Senado era aconsejar al rey, salvaguardar las antiguas costumbres, ratificar los actos de las asambleas y asegurar el interregno a la muerte de un rey.

Así como el *paterfamilias* en su casa debía reunir el consejo de familia para los asuntos graves, el rey se dejaba aconsejar por los cabezas de las diversas familias. Era este un principio constitucional durante toda la Monarquía. El rey no necesitaba consultarles ni en los asuntos judiciales, ni en el mando del ejército; pero sí en los asuntos políticos. En este aspecto el Senado era una verdadera asamblea representativa. Cada familia tenía su jefe formando parte del consejo del rey.



Las fasces eran, en tiempos de la Monarquía, símbolo del poder del rey. Hechas con varas de madera, atadas con una correa de cuero rojo, las fasces tenían un hacha que se quitaba al entrar en Roma, y las llevaban un número variable de lictores que iban delante de los magistrados.

El hecho de que la institución del Senado se viera como algo natural y no como resultado de un decreto del rey le daba una importancia trascendental en la vida política del Estado, a pesar de que no tuviera más que voto consultivo y se reuniera tan solo cuando el rey lo convocaba. Para no caer en la tentación de abusar de su propia autoridad, el rey debía reunir al Senado cuando tenía que tomar una decisión en un asunto de importancia, por ejemplo un nuevo impuesto, la exigencia de un servicio fuera de lo común, el reparto de tierras conquistadas al enemigo o la declaración de una guerra ofensiva.

LOS COMICIOS CURIADOS. Eran las diversas asambleas del pueblo en Roma. El sector del pueblo que podía pertenecer a estas asambleas y participar en ellas con voz y voto estaba formado solamente por los patricios, que pertenecían a las familias más importantes de Roma. El resto de los ciudadanos romanos eran la plebe y no se les permitía participar en estas asambleas.

Reunidos todos, los comicios curiados elegían al rey a propuesta del Senado y le otorgaban el mando. Aceptaban las leyes y decidían acerca de la paz o de la guerra. Participaban en el poder judicial, nombrando a quienes habían de juzgar los crímenes de Estado. Tenían, asimismo,

competencias en asuntos de religión.

Los comicios celebraban sus reuniones a primera hora de la mañana y finalizaban a última hora de la tarde. Previamente, los augures realizaban los ritos habituales que determinaban si el día era propicio o no para reunirse.

Cada mes, los pontífices reunían al pueblo en comicios para hacerle conocer el calendario y la distribución de los días fastos y nefastos; es decir, le hacían saber qué días eran laborables y qué días eran festivos. En los días festivos no estaba permitido realizar ciertas actividades comerciales o jurídicas. De ahí el origen de la palabra nefasto, cuyo significado actual ha evolucionado a “terrible”, pero que en un principio significaba “no permitido”.

LAS CLASES SOCIALES

LOS CIUDADANOS. Las diferencias sociales de los habitantes de Roma se basaban en un principio del Derecho Romano, expuesto por el jurista Gayo en su libro *Instituciones*: Todas las personas son libres, y los esclavos no entran en la categoría de personas.

Las personas libres tenían derechos; las no libres (los esclavos) carecían de derechos. Los esclavos no eran considerados personas sino cosas. Como tales, podían ser comprados y vendidos, y se les podían aplicar todo tipo de castigos. Entre las personas libres, los patricios ocupaban la más alta escala social. Pertenecían a alguna de las cien primeras familias que se instalaron en Roma. Cada una de estas familias pretendía descender de un antepasado llamado *pater*, palabra de la cual procede el nombre de patricio. Todos los que formaban parte de un mismo linaje llevaban el mismo nombre gentilicio, tal como *gens Iulia*, cuyo antepasado era Iulo Ascanio, y celebraban los mismos cultos sagrados. Eran, pues, patricios por nacimiento y por religión.

Cada linaje procedente de un antepasado común se dividía en familias, o ramas, cada una de las cuales estaba sometida a la autoridad de su *paterfamilias*. Cada *gens* conformaba una especie de pequeño estado autónomo con sus derechos propios, y el conjunto de gentes formaba el pueblo (*populus*), en contraposición con la multitud, que era una masa sin organización.



Palabra procedente de senes, “anciano”, el Senado era la máxima institución de la República. Formada en un principio por cien senadores, pasó a tener trescientos miembros, y en tiempos de Julio César llegó hasta los novecientos.

Personas libres pero con menos privilegios que los patricios eran la mayoría de los ciudadanos de Roma: clientes, plebeyos y libertos.

Todos los ciudadanos libres tenían en teoría los mismos derechos (pero no los mismos privilegios), y estaban sujetos a idénticas obligaciones. La igualdad constitucional se manifestaba también externamente; el senador se distinguía del que no lo era en el vestido y en el calzado, y el adulto soldado se distinguía del adolescente; pero fuera de eso, todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, iban vestidos con la toga.

Sobre los ciudadanos pesaba la obligación de prestar el servicio militar, ya que todos eran *quirites*, es decir, lanceros. Que uno perteneciera a una de las tres centurias de caballeros o a las divisiones de infantes dependía de su destreza; pero por su condición de ciudadano podía servir en cualquier cuadro del ejército. Todos eran guiados por el rey, aunque al frente de la caballería el rey pusiera a un lugarteniente, o jefe de caballería.

A la obligación de prestar servicio militar se añadía, por supuesto, la obligación de obedecer al rey, tanto en la paz como en la guerra; asimismo, la de ayudar en la construcción de las obras públicas y cultivar las tierras del rey. Al rey no se le daba paga alguna.

El erario público, que administraba el rey, se nutría de las siguientes fuentes:

- * las rentas que pagaban los colonos no ciudadanos;
- * las tasas sobre las aduanas marítimas;
- * las tasas impuestas a los que pastaban sus ganados en los campos públicos;
- * las rentas fijadas a los que arrendaban terrenos comunales.

El ciudadano patricio tenía derechos que no tenía el plebeyo. Todos aquellos que, excepto mujeres y niños, no eran aptos para el servicio militar, participaban del gobierno del Estado. Todos se reunían invitados por el rey en asamblea pública dos veces al año. En estas asambleas ningún ciudadano tenía derecho a hablar; solo podía hacerlo el rey, o en todo caso alguien a quien el rey concediera el uso de la palabra. El rey proponía preguntando, y el pueblo respondía sí o no, sin discusiones.

EL PUEBLO. Estaba dividido en tres tribus. Cada tribu estaba constituida de la siguiente forma: diez casas formaban una *gens*, o linaje; diez gentes constituían una curia; diez curias (= cien gentes = mil casas) formaban una tribu. Como cada casa daba un soldado de infantería, se juntaban 3.000 infantes; como cada gente daba un caballero y un senador, Roma contaba con 300 jinetes y 300 senadores. Durante la Monarquía, la curia era la verdadera unidad de asociación, cuyos miembros se reunían para celebrar las fiestas comunes.



Retrato de un hombre como guerrero romano.

LOS CLIENTES. Grupo peculiar dentro de las clases sociales de Roma, los clientes eran personas jurídicamente ligadas a los patricios, quienes aceptaron por interés propio las ataduras que suponía la clientela. Asociados a sus cultos y portadores de su apellido, los clientes dependían del patrono, a quien debían respeto y obediencia. El patrono, a cambio, tenía que proteger a sus clientes y podía concederles tierras si así lo deseaba. En muchas referencias literarias de autores latinos, los clientes aparecen descritos como parásitos ociosos que viven de las migas que otros les dan.

LOS PLEBEYOS. La plebe era un grupo social formado por ciudadanos que estaban discriminados política, social y económicamente de los patricios, el grupo oponente que tenía poder y privilegios. Los plebeyos tenían derechos, pero no privilegios. Resulta difícil determinar el origen de la plebe. Tal vez los plebeyos fueran latinos vencidos que se instalaron en suelo romano, pero lo cierto es durante la Monarquía que los miembros de la plebe no podían participar de la vida pública de Roma sino como meros espectadores. No participaban de las asambleas ni de los colegios sacerdotales.

LOS ESCLAVOS. Lo eran por nacimiento (por ser hijos de esclavos) o por ser prisioneros de guerra. Aun después de ser liberado de su esclavitud, un esclavo seguía ligado a su patrono, de quien llevaba el nombre y apellido; y el que fuera su nombre de esclavo pasaba a ser su *cognomen*, es decir, su mote. En cuanto a sus derechos, la ley no reconocía su derecho al matrimonio, sino que vivía en concubinato. Los hijos de un esclavo liberado, en cambio, adquirirían la plena condición de hombres.

libres.

CARACTERÍSTICAS DEL CIUDADANO ROMANO

- * espíritu práctico-sarcástico
- * sencillo y honrado-defensor de sus intereses
- * perseverante-amante de la tierra
- * supersticioso-religioso
- * defensor de su patria
- * poco artista

EL PUEBLO ROMANO

Dividido originariamente en 3 TRIBUS
(hasta Servio Tulio):

RAMNES - TICIOS - LUCERES

10 curias 10 curias 10 curias

LA ESTRUCTURA ECONÓMICA

La vida económica se caracterizó en Roma por cierto dualismo. Por un lado, la economía de la Roma propiamente dicha era urbana y comercial, mientras que por otro lado se nutría de los pueblos agrícolas. Bajo la influencia etrusca, Roma dejó de ser una aglomeración de aldeas para llegar a ser una verdadera ciudad, con muralla de piedra, una cloaca central, casas bien construidas con almacén de madera y monumentos.

Las industrias predominantes eran la cerámica y la metalurgia del hierro, principalmente para la fabricación de armas. El desarrollo de esta industria atrajo a una población obrera importante. Los artesanos estuvieron agrupados en corporaciones bajo las órdenes de jefes etruscos. Curtidores, herreros, alfareros, tenían por diosa protectora a una divinidad etrusca, que era Minerva. Los griegos proveían a Roma de vasos de cerámica, armas y joyas, y los etruscos le suministraban materias primas como estaño o cobre a cambio de ganado y de cereales. Roma llegó a ser una gran ciudad comercial, almacén y villa de tránsito para la sal, el trigo y el hierro.

Roma fue uno de los nudos comerciales de los etruscos. Se celebraban mercados cada nueve días, y el foro, lugar donde se hacían las reuniones políticas, era también el centro comercial de la ciudad.

La unidad monetaria era el as. Acuñada en bronce, valía doce onzas. El as libral fue la primera moneda romana en el sentido actual de la palabra. Era un lingote de bronce que pesaba 327 gr. En el

anverso iba grabada la cabeza de Jano bifronte y en el reverso, la proa de una nave.

LA RELIGIÓN

La religión era, sin duda, la señal de identidad del pueblo romano. Como diría Cicerón en los últimos años de la República, fue gracias a la religión como Roma dominó el mundo. Muchos siglos después, Maquiavelo añadió que entre Rómulo y Numa Pompilio, sin duda fue Numa el rey que se apuntó la mayor victoria, pues fue él quien instituyó los ritos y ceremonias que permitieron a los romanos sentirse orgullosos de ser los ciudadanos más religiosos del mundo civilizado. Tal era la importancia de los ritos religiosos, que un romano no emprendía ninguna tarea sin antes encomendarse a sus dioses.

Entre la religión romana y la etrusca hay una estrecha relación, con profundas influencias recíprocas. Ambas tienen muchos dioses en común, e incluso la triada capitolina de la religión romana (Júpiter - Juno - Minerva) parece ser de origen etrusco.

Religión es un término puramente romano, de difícil traducción; de hecho, ha pasado a casi todos los idiomas modernos occidentales. Etimológicamente, religión significa la obligación o compromiso de realizar ciertos ritos. Los romanos imploraban a sus dioses no solo con el fin de honrarlos, sino con el propósito de ganarse su simpatía y su protección, convencidos de que los dioses participaban de todas las acciones humanas.

De los numerosos ritos que celebraban los romanos a lo largo del día y del año, conviene distinguir entre cultos privados y cultos públicos. A los cultos privados pertenecen los ritos familiares, que celebraba como sacerdote el *paterfamilias*. Consistía en rendir culto al antepasado familiar en torno al fuego patrio-, que actuaba como protector especial de todos los miembros de la familia. Cada casa tenía su fuego, que nada tenía que ver con el fuego de otra casa. El hogar era, para los romanos, lo más sagrado y lo más esencial de la casa; todos los días y en todas las comidas familiares se ofrecía un pequeño sacrificio. Tres veces al mes, en la luna nueva, en el cuarto creciente y en la luna llena se orlaba de flores y de guirnaldas y se hacía una ofrenda de perfumes, vino y miel. El fuego sagrado se conservaba perenne sobre él. En el altar familiar, situado en el centro de la casa, se ofrecían los sacrificios domésticos, que eran ocultos, y ningún extraño tenía derecho a contemplarlos. Todo ello se realizaba en un ritual dirigido por el padre de familia mediante una oración en la que participaban todos los miembros de la familia.

El culto más trascendental era, sin duda, el que se celebraba en familia, pues esta era considerada la célula más importante de la vida ciudadana. Por eso el culto privado estaba casi enteramente en los deberes religiosos de la casa. El que faltaba a estos deberes era tachado de impuro, y aunque no lo castigara la ley como perjurio podía ser degradado de alguna otra manera, por ejemplo obligándolo a entregar su caballo, o cualquier otro tipo de bien que poseyera.



Augures etruscos representados en los frescos que adornan un enterramiento del 550 a.C. de Tarquinia, ciudad de donde procedía uno de los reyes de Roma, Tarquino Prisco.

Entre los cultos que se practicaban en Roma, los más importantes eran los dedicados a los lares, dioses tutelares del hogar. Cuando el padre de familia llegaba a casa, saludaba al Lar familiar para agradecerle que hubiera protegido el hogar en su ausencia. Además de los lares, había en el entorno privado otro tipo de dioses, los penates, a quienes los romanos pedían que no les faltasen las provisiones de alimentos. Las imágenes de los penates se conservaban en el interior de la casa, en un sagrario junto al cual ardía siempre una pequeña llama. En el momento en que la familia se disponía a comer, el padre ofrecía a los penates las primicias de los alimentos. Estos dioses formaban parte de la vida familiar hasta tal punto que se identificaban con los afectos de la casa que protegían. Eran como miembros de la familia. Invocando a los penates hacía el padre moribundo las últimas recomendaciones al hijo y le transmitía el patrimonio familiar; y en nombre de los penates tomaba el hijo la responsabilidad de la casa.



El culto de los dioses domésticos protectores del hogar, llamados Lares y Penates, corría a cargo del *paterfamilias*, que también era

el sacerdote de la familia. Se les veneraba diariamente y en las celebraciones familiares recibían ofrendas especiales. Aquí vemos un pequeño altar que imita a los de los templos romanos, con la deidad particular de la familia en el centro, flanqueada por dos dioses domésticos. Las dos figurillas de bronce representan a espíritus del hogar.

Por último, el *genius*, espíritu protector de cada hombre en el momento de nacer y en el instante de su muerte. Cada hombre tiene su genio, como un dios tutelar que vigila sus actos desde el nacimiento hasta la muerte. El genio se representaba con una serpiente, que aparecía en el momento de nacer una persona, y de su protección dependía el carácter, o genio, como seguimos llamando actualmente. Tener buen o mal genio ha quedado como expresión que hace referencia a la naturaleza o forma de ser de una persona. El genio es de condición masculina, por eso era un dios exclusivo de los hombres. La protección de las mujeres corría a cargo de la diosa Juno.

Para los romanos, el culto a los dioses protectores en vida era tan importante como el culto a los dioses que protegían las almas de los muertos. Antiguamente, los habitantes de la casa no salían de ella ni siquiera después de muertos. En ella recibían sepultura; de modo que sus almas quedaban alrededor de la casa. Y para ellas los vivos pedían paz y sosiego. Manes, Lémures y Larvas eran los espíritus y fantasmas de quienes ya habían dejado de existir entre los vivos.

En Roma lo sagrado era, al mismo tiempo, mágico y religioso; su religión iba estrechamente ligada al culto de los muertos y a la realización de encantamientos, juramentos y sacrificios en los cuales el ritual, el gesto y la fórmula encerraban el poder en sí mismos.

Si el culto privado era importante, no menos lo era el culto público, realizado con el afán de asegurar la protección de los dioses sobre la ciudad y la patria en general. Júpiter, Juno y Minerva, dioses que formaban la tríada capitolina, eran los protectores de Roma cuyo culto estaba a cargo de los sacerdotes, encabezados por el rey. La tríada capitolina estaba formada por Júpiter, dios de la luz y padre de los dioses y de los hombres; Juno, diosa protectora de las mujeres; y Minerva, diosa de la sabiduría.

Las cofradías y los colegios sacerdotales conformaban las dos instituciones religiosas que conferían a la religión romana su especial idiosincrasia. Las cofradías eran agrupaciones de hombres que ejercían funciones mágicas e intervenían políticamente. Los colegios de sacerdotes tenían enorme importancia, y eran de rango inmediatamente inferior al rey. El colegio más antiguo era el de los Flamines, que servían a la tríada capitolina. Además de los Flamines había otro colegio importante, el de los augures, que tenía como función interpretar las señales emanadas del vuelo y el canto de los pájaros.

Llegados a este punto, resulta difícil discernir entre lo que era verdaderamente religión y lo que era magia. Es indudable que la magia tenía una importancia fundamental en todas las ceremonias religiosas. Al entrar en Roma muchas corrientes religiosas procedentes de oriente, de Grecia, de Egipto y de Mesopotamia, se entremezclaban ritos religiosos con ceremonias mágicas.

Las prácticas mágicas pretendían alterar el orden previsto de las cosas por medio de milagros que el interesado no buscaba en el ámbito religioso.

EL EJÉRCITO

No hay pueblo de la antigüedad cuyas instituciones militares ofrezcan interés semejante a las del pueblo romano. Roma estuvo siempre con las armas en alto, y gracias a su sabia organización militar conquistó el mundo. La formación del ejército no precisó ninguna convención ni ordenamiento preestablecido, sino que actuó siguiendo su especial olfato ante la proximidad de pueblos extranjeros que se acercaban para obtener beneficios de los logros del pequeño comercio entre las colinas de Roma y el puerto de Ostia. Al enemigo atacante no se le podía rechazar de una forma individual ni a la desbandada, sino con un cuerpo de hombres equipados, organizados y ejercitados para la defensa. Y estos hombres no podían ser cualesquiera, sino los hábiles, escogidos entre los mejores. Con las palabras *iuventus electa* (“juventud seleccionada”) se designaba en latín al ejército romano.



El culto a los antepasados también era de suma importancia en Roma. Este patricio romano lleva en procesión las máscaras de cera de sus antepasados.

Todo ciudadano era un guerrero, y todos debían defender a la patria según sus fuerzas. El rey, como jefe del ejército, luchaba como cualquier guerrero. Desde Rómulo, todos los reyes hicieron diversos intentos de organizar un ejército. Pero fue Servio Tulio quien organizó todo el pueblo a la manera de un cuartel, tomando como base los bienes que cada uno poseía. La magnitud de la fortuna

de cada cual determinaba las clases en que el pueblo quedaba dividido; y cada clase ofrecía más o menos centurias al ejército.

Todos los que tuviesen alguna propiedad debían estar dispuestos a defender a la patria. Pero no todos ellos estaban en las mismas condiciones físicas. Los que tenían entre 17 y 40 años de edad formaban las centurias de jóvenes, y los de más de cuarenta formaban las centurias de mayores.

La unidad militar era la legión organizada en falange. Cada legión estaba formada por 42 centurias, o 4.200 hombres. De ellos, 3.000 contaban con armadura pesada y 1.200 con arma dura ligera. Se organizaban en seis filas de guerreros, presentando un frente de 500 hombres con armas pesadas. En las cuatro primeras filas de la falange estaban los soldados provistos de armadura pesada. En la quinta y sexta fila estaban los de la segunda y tercera clase, algo menos armados. Como tropa auxiliar se añadían los 1.200 con armadura ligera, formando la última fila. Los de la quinta y sexta fila ocupaban rápidamente las bajas que pudieran producirse en las primeras líneas. Los vélites (así se llamaban los soldados con armadura ligera) protegían la retaguardia de la falange y se desplegaban con los 300 caballeros para envolver al enemigo.

Para pertenecer al rango de caballero había que tener 17 años cumplidos, ser fuerte y sano, ser honrado, poseer fortuna y ser hijo de padres libres. Lo primero que hacía un caballero era comprar un caballo y el equipo correspondiente. Los caballeros se distribuían en turmas de treinta hombres. Cada turma se componía de tres decurias de diez hombres. En los primeros tiempos los caballeros combatían en masa. Ellos iniciaban el combate, cargando sobre el enemigo y hostigándolo por los flancos, para que la infantería pudiera atacarlo por el centro. Para la carga, la caballería se ordenaba en filas cerradas, se quitaba el bocado a los caballos y se los conducía a golpe de espuelas y dirigiéndolos con las piernas y todo el cuerpo. Esta táctica, si bien muchas veces resultó eficaz, otras veces fue desastrosa para el ejército romano. A partir de la segunda guerra púnica en la que Roma sufrió una gran derrota en Cannas, se modificó la táctica y a partir de entonces los caballeros permanecían siempre montados.

Formaban parte importantísima del ejército dos centurias de ingenieros, dos de músicos y una de soldados con lanzas y jabalinas. Los ingenieros, es decir, los obreros (carpinteros y herreros) eran sumamente necesarios para la construcción de puentes y parapetos, y sobre todo para la fabricación y reparación de las armas dañadas durante el combate. El Estado se preocupaba de que hubiese en el campamento todo lo necesario para construir los campamentos de invierno, reparar las máquinas de guerra y fabricar armas.

Como en un principio el servicio militar era gratuito y los ciudadanos se armaban y equipaban a sus expensas, los que eran pobres no podían comprar las armas adecuadas, y por lo tanto iban sin defensas. Llevaban, a lo sumo, palos, lanzas o jabalinas que ellos mismos hacían con las ramas de los árboles. Cuando el Senado decretó que se pagara un sueldo a los soldados, los que luchaban con palos y jabalinas pudieron procurarse armas más eficaces.



La legión romana, formada por unos seis mil infantes, constituía la principal fuerza del ejército en campaña, y presentaba al enemigo una muralla de hierro erizada de jabalinas. Pero los soldados tenían que ocuparse de otras tareas además, como construir fortificaciones, carreteras y puentes. Eran excelentes constructores.

En época del rey Servio Tulio, el ejército romano constaba de unos 20.000 hombres.

LA CIUDAD

El rey Servio Tulio dividió la ciudad de Roma en cuatro regiones o cuarteles urbanos, y puso un tribuno al frente de cada una de ellas. Durante su reinado, Roma alcanzó la extensión que tuvo durante la época posterior de la República, y se construyeron las murallas que encerraban en su recinto los siete montes.



El casco romano estaba inspirado en el que llevaban los galos y los griegos. Consistía en un casquete hemisférico, coronado a veces por un penacho. Incluía diversos accesorios para proteger las mejillas y la nuca.

El aspecto de la urbe, más que de ciudad, era de una gran aldea a pesar de su extenso perímetro. Debido a su carácter de centro agrícola, a lo largo de sus calles sin pavimentar se alineaban los aperos de labranza y los objetos de la vida doméstica. El trazado posterior de la ciudad era irregular y tortuoso. Las casas, casi todas muy bajas, se cubrían con planchas de madera. Según fueron aumentando los ciudadanos en número y en riqueza, se iban pavimentando las calles y remozando los edificios; pero todavía en la corte del rey Filipo de Macedonia, varios siglos más tarde, se burlaban de la mala impresión de la capital romana, por su aspecto sórdido y por la pobreza de sus edificios.

En lugar de los tenderetes y barracas, en donde los carniceros y comerciantes despachaban sus géneros, pronto se empezaron a construir arcadas de piedra que enmarcaban las partes más concurridas del Foro.

Posteriormente, se fueron construyendo nuevos templos de mármol, trazando calles rectas y levantando puentes sobre el Tíber. El Capitolio y el Foro quedaban unidos por la Vía Sacra y se convirtieron en el centro de la ciudad. Se llenó el Foro de estatuas y de *rostra* (monumentos culminados con las proas de naves conquistadas a los enemigos), se construyó la *Regia*, residencia

oficial del Pontífice Máximo. Siguieron otras construcciones, como el templo de la Concordia y de Cástor y Pólux, con lo cual se estaba embelleciendo la ciudad hasta poder competir con las más bellas ciudades de Grecia, famosa en todo el mundo por su espectacular despliegue de obras arquitectónicas.

El foro era el lugar indiscutible donde ocurrían los más diversos eventos. En el foro se desarrollaba la vida pública de Roma, sobre todo por la mañana. Allí se concentraba la gente de todos los rincones de la ciudad. Pobres y ricos, patricios y plebeyos, jóvenes y viejos, mujeres de todas las condiciones, pululaban de una a otra parte del foro desde las primeras horas de la mañana. En el foro se exhibían todas las cosas que podían ser compradas o vendidas: lanas de España, seda de la India, vidrios policromados de Egipto, vinos y ostras de las islas Cícladas, hierbas medicinales para todo tipo de dolencias, especias orientales, incienso y mirra de Arabia, o perlas del Golfo Pérsico.

Además de vendedores y compradores, pasaban horas y horas en el foro todo tipo de gentes de mal vivir, o charlatanes que criticaban en voz alta las malas acciones de los poderosos.



El Foro romano era parte del centro de la ciudad. Estaba lleno de estatuas.

LAS VIVIENDAS

Las viviendas de la Italia primitiva fueron unas sencillas cabañas de forma redonda, con techo cónico, urdimbre de troncos y recubierta de cañas y de paja. En el techo, una abertura dejaba salir el humo. Este tipo de construcción primitiva se llamaba *casa* o *tugurium*. Curiosamente, ambas palabras han adoptado una historia muy diferente en el léxico castellano; así, *casa* ha quedado como término genérico para todo tipo de vivienda, mientras que *tugurium* conserva un sentido peyorativo que no tenía su original latino. Ambos términos eran utilizados, sencillamente, para designar las viviendas pobres de la gente del campo.

La cabaña etrusca, rectangular, tenía en lo alto del techo una abertura también rectangular que daba paso al humo y dejaba penetrar la luz y colarse el agua de lluvia. Este fue, en realidad, el antecedente de la abertura en el centro de la casa romana, llamada *compluvium* en su parte superior, *impluvium*

en el pavimento y *atrium* en el conjunto. Así pues, durante mucho tiempo los romanos solamente conocieron el atrio, que en un principio consistía en un espacio abierto en su parte superior para recoger el agua de la lluvia, y un impluvio en el pavimento. El atrio, que recibía su nombre del color negro que producía el humo del hogar (*atrūm* en latín significa “negro”), era un pequeño patio central rodeado de un pórtico, en torno del cual se disponían las habitaciones. Toda la vida familiar se desarrollaba en torno al atrio, al cual iban a dar todas las estancias de la vivienda.

La casa romana no comunicaba con el exterior más que por la puerta. Toda la ventilación y toda la luz entraba por el atrio. No había, pues, ventanas. La casa, de una sola altura, disponía de distintos tipos de habitáculos: un *tablinum* (espacio utilizado como lugar de trabajo y también de recepción de visitas), el *triclinium* o comedor y los *cubicula* o habitaciones.

Cuando en Italia se fue difundiendo la cultura griega, los romanos pudientes ampliaron y enriquecieron sus viviendas; añadieron, por ejemplo, pórticos con ventanas, patios rodeados de columnas con hermosos jardines, etc. La vivienda particular, ocupada por una sola familia, se llamaba *domus*. Las viviendas construidas para cobijar a un cierto número de familias diferentes se llamaban *insulae*. Los ricos vivían en *domus*. Los más humildes, se apiñaban en las *insulae* construidas con materiales de mala calidad, equivalentes a los bloques de pisos que actualmente estamos ya tan acostumbrados a ver en las ciudades.

Los primitivos romanos formaban un estado de campesinos y de pastores, que conservaron su forma de vida aun en las épocas en las que Roma ya había emprendido la conquista del mundo. A la primitiva casa romana hay que añadir ahora las dependencias propias de su condición, los establos, las cuadras y cercados para el ganado, los pajares y los graneros. El dueño vivía con los trabajadores. No olvidemos que la palabra familia contiene, precisamente en su etimología, el conjunto de personas que habitan bajo un mismo techo: padre, madre, hijos, hijas, esclavos, animales de tiro y carga y mobiliario doméstico.

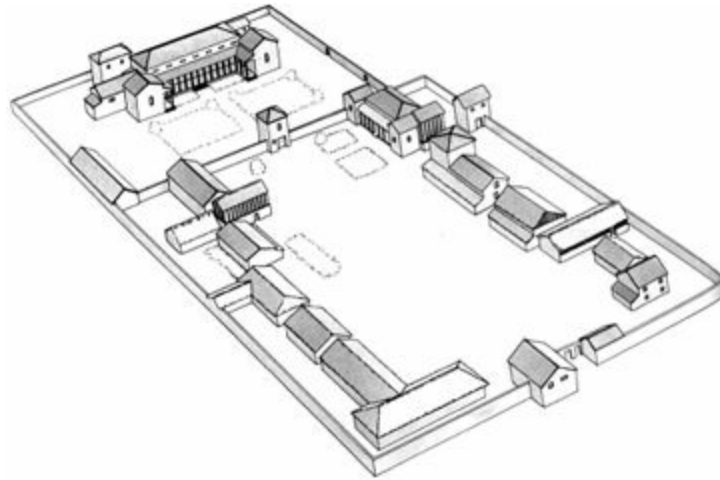
El dueño de una finca en el campo tenía siempre su casa en Roma, pues participaba activamente en el desarrollo de la vida social con sus etapas de vida política intensa y sus épocas de vida castrense. Los romanos consideraban como modelo ideal de vida la combinación de vida urbana y rústica. Quienes se lo podían permitir, tenían ambas viviendas, construidas con el lujo que cada economía permitiera.



Los romanos ricos solían vivir en domus romanas muy parecidas a las que aparece en esta imagen.

Para construir una villa buscaban sobre todo el emplazamiento, un paraje desde donde se gozara

de un bello panorama, ya fuera hacia la campiña, ya hacia el mar. No era preciso que estuviera situada en un predio, sino que se alzaba donde parecía más conveniente para el placer y las buenas vistas, en medio de los bosques, en los parques o en los jardines. Lo esencial era que estuvieran bien aireadas en verano y bien expuestas a los rayos del sol en el invierno.



Reconstrucción de una gran villa rural del norte de Francia a partir de sus restos arqueológicos.

LA FAMILIA

Para un romano, por encima de la patria nada había más importante que su casa y sus hijos. Solo un hombre podía ser jefe de familia, si bien la mujer podía adquirir y poseer bienes. La mujer pertenecía a la casa, no a la ciudad, y en la casa siempre tenía a un dueño (ya fuera su padre, ya fuera su marido). La mujer podía tener un patrimonio y ejercer su dominio de señora sobre sus esclavos, pero no podía tener la patria potestad sobre sus hijos.

El poder del jefe de familia era, jurídicamente hablando, el más riguroso y severo que conoce la historia. En la mayoría de las naciones, el poder del padre sobre sus hijos se limitaba a la protección, y terminaba con la mayoría de edad de los hijos. Pero entre los plebeyos la familia se organizó monárquicamente, a imitación del Estado, de manera que este estaba formado por células cerradas e interiormente independientes, a modo de verdaderos miniestados en cuanto a su vida familiar.

El rey de la casa era el *paterfamilias*, que al mismo tiempo era el sacerdote, y su casa un asilo inviolable. La ley aseguraba la conservación de las ideas religiosas por la unidad del culto privado; la continuidad de las fortunas por la unidad de patrimonio; la conservación de las costumbres y tradiciones nacionales por la soberanía de una sola voluntad. Cada familia era un reino, donde reinaba y gobernaba el padre.

El padre tenía, en definitiva, casi los mismos derechos sobre las personas que un magistrado. Podía tomar todo tipo de decisiones sobre las personas que tenía bajo su autoridad, incluido el derecho de vida o muerte y el de abandonarlos al nacer.

El padre podía mancipar a su hijo a un tercero, de lo cual resultaba que este tercero tenía su autoridad sobre el mancipado. La palabra mancipar equivalía al hecho de tomar a una persona a su servicio. Con ello la persona mancipada quedaba equiparada a un esclavo, del que se distinguía en que su condición era temporal. La mancipación era una verdadera venta que el padre hacía en casos de extrema necesidad, cediéndolo por dinero que recibía el padre, o bien entregándolo a un deudor como garantía.



Retrato de gran realismo de un matrimonio romano, Próculo y su mujer, hallado en Pompeya. En esta pintura al fresco el pintor ha recogido tanto los rasgos físicos como psicológicos de la pareja. Museo de Nápoles.

El abandono o exposición del recién nacido era una práctica legítima en Roma, que se producía cuando el recién nacido presentaba muestras de deformidad y por ello no era aceptado en el seno de la familia. Antes de exponerlo, acto que se realizaba con el simple abandono del recién nacido, el padre debía enseñarlo a cinco vecinos, para que lo declararan monstruoso o deforme. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que la sensibilidad de los romanos comprendiera que este era un acto horrible contra los seres humanos.

Una de las formas más definitivas de la manifestación de la patria potestad era que el cabeza de familia determinaba de forma incuestionable cómo dirigir a su familia. Como único responsable de la perpetuidad de su raza frente a los antepasados, ningún freno legal podía ponerle trabas en sus medios de conseguirla.

El hijo salía de la patria potestad en estos casos: si era mancipado tres veces seguidas, al casarse o al ser investido sacerdote de Júpiter (y las hijas, al ser elegidas vírgenes Vestales).

En cuanto al matrimonio, su fin primordial era la procreación de los hijos, con los que se aseguraba la perpetuidad de la familia. Por eso, el celibato estaba prohibido, y muy mal vistos los ciudadanos que llegaban a cierta edad y no se casaban. En este caso las leyes limitaban sus derechos.

Durante mucho tiempo, la celebración del matrimonio obedecía a una razón religiosa. El hombre se casaba a los 35 ó 40 años, aunque la edad legal estaba fijada en los 14. Para la mujer, la edad legal empezaba a los 12 años, y no solían casarse más allá de los 16. En el matrimonio, la mujer

siempre era mucho más joven que el hombre, y no faltaban quienes recomendaban escoger a una mujer joven para llevarla al matrimonio; si ya tenía cierta edad, sabía demasiado y eso podía resultar inconveniente para el marido.

El ciudadano romano tenía derecho a disponer de una mujer, a la que honraba con el título de esposa y en la que buscaba descendencia. La unión del matrimonio fue desde el principio considerada como una sociedad santa, consagrada por la religión del Estado, y durante una época se mantuvo indisoluble. Pero cuando empezó a ser aceptado el divorcio, muchos se apuntaron a lo que llamaban “repudio de la esposa”. Y este repudio, desde luego, jamás se le permitió a la mujer con la misma facilidad con que le fue permitido al marido.

La esposa disfrutaba un honor privilegiado en la casa y en la ciudad. Por efecto del matrimonio participaba del rango social del marido. La mujer entraba a formar parte de la familia civil del marido, que tenía sobre ella la misma autoridad que sobre un hijo, y se convertía en propietaria de todos sus bienes.

En cuanto a la elección de marido, se produjo un cambio importante entre los años de la Monarquía y los tiempos posteriores. En un principio, el padre era el único árbitro de las condiciones de validez del matrimonio, y él contrataba la esposa para sus hijos, aunque fuese –si lo consideraba necesario– contra la voluntad de estos. Las bodas eran concertadas por los padres de los novios, como si de una transacción comercial se tratase, y en no pocas ocasiones sin apenas conocerse entre ellos. Muchas eran las quejas al respecto, pero de nada servían.

Cualquier animal, cualquier esclavo, ropa o útil de cocina lo probamos antes de comprarlo; solo a la esposa no se la puede examinar antes de llevarla a casa. Si tiene mal genio, si es tonta, deforme, o le huele el aliento o tiene cualquier otro defecto, solo después de la boda llegamos a saberlo.

Hubo que esperar muchos años hasta que la ley estableció que fuese considerada condición indispensable para la celebración de una boda el consentimiento de ambos contrayentes.

LA REPÚBLICA



E

El año 509 a.C., una de las fechas más importantes en la historia de Roma, marcó el fin de la Monarquía y el comienzo de la República, la cual supuso un cambio radical en la forma de gobernar Roma. El nuevo régimen de la República tomó el nombre de sus protagonistas, esto es, *Res publica*, la “cosa del pueblo”, entendido este como el conjunto de los ciudadanos de Roma y no como sinónimo de plebe.

A partir del año 509 a.C., tras la caída del régimen monárquico y la expulsión de las familias etruscas que lo apoyaban, ya no hubo más mandato unipersonal y empezó el gobierno de dos cónsules, que serían los representantes del conjunto de los ciudadanos. Los dos gobernantes dirigían la ciudad de Roma, actuando siempre de común acuerdo. Ninguno de ellos podía tomar una decisión sin consultar a su colega (el término colega significa “asociado a otro”). Después de desterrar al último rey, Tarquino el Soberbio, los romanos no quisieron volver a ver el poder concentrado en manos de un solo gobernante. El consulado, origen de la República, representó esa nueva fórmula de poder colegiado que pronto demostró ser la forma más eficaz de dirigir la ciudad.



El patricio romano Lucio Junio Bruto, tras el suicidio de Lucrecia, se puso al frente de la rebelión del ultrajado pueblo romano que derrocó a Tarquino el Soberbio y acabó con la Monarquía; fue uno de los primeros cónsules elegidos tras la expulsión de los reyes etruscos. Se le considera uno de los fundadores de la República romana.

Los patricios organizaron el poder arrebatado a los reyes en beneficio propio y lucharon contra toda tentativa de reconstitución del poder personal; las luchas constantes de la época fueron buena ocasión para implantar la Dictadura, institución que recordaba la Monarquía militar. Pero los patricios se opusieron radicalmente a una recuperación del poder unipersonal

Paralelamente, los plebeyos aspiraban a obtener los mismos derechos que la ciudad concedía a los patricios exclusivamente. Todos contribuían con su dinero y con el servicio militar a la grandeza de Roma, de modo que no estaban dispuestos a permitir que solo unos cuantos disfrutaran del bienestar conseguido con el esfuerzo general. Durante los primeros siglos de la historia de Roma, la vida política estuvo dominada por grupos de familias poderosas, y fueron necesarios sucesivos enfrentamientos para conseguir pasar al sistema de los partidos políticos.



Moneda romana de la época de la República donde se representa a un ciudadano en el acto de depositar su voto.

Los dos cónsules tenían, ambos, el mismo poder. Pero la novedad en su forma de gobernar consistía en que uno podía oponerse a las decisiones del otro. La duración del consulado era de un año, al término del cual los cónsules estaban a disposición de la justicia para rendir cuentas de los errores cometidos durante su magistratura. Esto era algo que nunca había ocurrido antes con el rey, quien no podía ser llevado ante un tribunal.

Pero, al mismo tiempo, el poder excesivo que se atribuían los patricios fue motivo de agitaciones internas, que acabaron provocando la sublevación de la plebe contra los patricios, exigiéndoles cambios que permitiesen la mejora del nivel de vida de los ciudadanos romanos pobres: establecer un sistema de préstamo de dinero que resultase menos ruinoso para los deudores, y lograr la participación de los plebeyos en el reparto de los botines que se obtenían a través de las conquistas de Roma.

La gran arma de los plebeyos era la secesión, la amenaza de separarse de Roma. Esta fue la primera vez que la plebe amenazó con buscarse su propio territorio y fundar un nuevo poder político y urbano opuesto al Lacio. Esto era precisamente lo que los patricios no podían aceptar, por lo que tuvieron que ceder irremisiblemente, y así los plebeyos empezaron a adquirir en la ciudad una posición aceptable desde el punto de vista económico y político.

La estructura social del pueblo romano estaba organizada desde los orígenes de la ciudad en torno

a las asambleas de ciudadanos o Comicios (nombre que procede de comicio, que era el lugar del Foro donde se celebraban las asambleas primitivas). Los Comicios más antiguos, llamados Comicios Curiados, databan de los comienzos de la Monarquía; conferían mayor poder a las familias patricias que al resto de los ciudadanos.

A partir de la constitución de la República se estableció un nuevo sistema de asambleas ciudadanas, los Comicios Centuriados. Se elaboró una nueva distribución de la ciudad en cuatro distritos bien delimitados. Los ciudadanos que formaban el conjunto del pueblo, *populus*, fueron agrupados en cinco clases, según su fortuna en bienes inmuebles. La primera clase comprendía a los que tenían más de cinco hectáreas, con lo cual era evidente que se daba mayor importancia a los grandes propietarios y a la población campesina frente a la urbana.

Cada clase estaba dividida en centurias, término que tomaba el nombre de los 100 lotes del terreno conquistado perteneciente al Estado. Se reorganizó la ciudad distribuyendo las tierras dependiendo del censo, que se revisaba cada cinco años. Ciudadanos no eran solo los patricios sino el pueblo entero, patricios y plebeyos, estos últimos cada vez más fuertes ante quienes tradicionalmente se habían atribuido todos los privilegios. Los cónsules, elegidos en los Comicios Centuriados, ya no eran considerados señores, sino mandatarios del pueblo.

Esta distribución del pueblo en clases y centurias sirvió de base para la organización militar. Cada ciudadano debía proporcionarse su propio armamento en función de la clase a la que perteneciese. De esta manera, el pueblo se reunía equipado con sus armas respectivas y agrupado en centurias. Recibía las consignas, pero en un principio no tenía poder deliberante. Posteriormente, los Comicios Centuriados se convirtieron en verdaderas asambleas con voz propia.

Los Comicios, que en sus orígenes se reunían en el Foro, se celebraban fuera de las murallas de la ciudad, normalmente en el campo Marte, donde había un pequeño templo y un tribunal. Siempre debían ir precedidos de auspicios, es decir, de la observación de las aves por los augures para conocer el futuro. Un presagio fatal o desfavorable, así como cualquier defecto detectado por el colegio de los augures, imponía posponer la asamblea para celebrarla otro día. La estrategia patricia se servía a veces de estos subterfugios para descartar decisiones que podían resultar contrarias a sus intereses.



Los políticos romanos de la etapa republicana utilizaban tácticas electorales parecidas a las que se emplean en la actualidad, como

por ejemplo pintar sus nombres en las paredes de los lugares más concurridos de la ciudad.

Los primeros años de la República fueron difíciles. La ciudad tuvo que hacer frente a la hostilidad de las ciudades etruscas, las cuales reaccionaron con temor ante la expulsión del rey Tarquino, que era etrusco y que deseaban que siguiera en el poder. Y como es habitual en la historia de Roma, también los inicios de la República tienen un héroe cuyo nombre quedó eternamente ligado al honor patriótico y a la defensa de los valores de un buen soldado: Cayo Mucio Escévola, cuyo apellido guarda relación con su arrojo y valentía. Escévola (que significa “izquierda”) puso la mano izquierda en el fuego para demostrar la lealtad a su patria. De su admirable conducta procede, precisamente, la expresión “poner la mano en el fuego” utilizada para garantizar la confianza que uno tiene en otra persona. La diferencia entre este héroe y aquel legendario héroe troyano Eneas es su existencia real.

Parece ser que el general etrusco Porsena entró en Roma con el fin de expulsar a los romanos de sus posiciones en el monte Janículo, al oeste del Tíber. Pero aquellos lo impidieron cortando el puente de madera que atravesaba el río. Y mientras los romanos destruían el puente, un valiente soldado llamado Horacio Cocles mantuvo a raya al ejército etrusco. Cuando se rompió la última viga, Horacio se arrojó al Tíber y nadó hasta ponerse a salvo con toda su armadura. “Horacio en el puente” ha quedado desde entonces como frase para simbolizar el valor de una persona que se enfrenta sola a una situación peligrosa.

Después de las guerras con los etruscos, vinieron tiempos malos para los plebeyos. Las fincas habían sido saqueadas, los alimentos eran escasos y los pobres estaban endeudados. Pero, además de todo esto, a los patricios parecía no importarles la penuria de los plebeyos, que no podían afrontar las deudas cada vez mayores, hasta el punto de tener que venderse a sí mismos como esclavos por no poder pagar a los patricios. Entonces se produjo otro enfrentamiento entre patricios y plebeyos en el que estos últimos amenazaron por segunda vez con marcharse de la ciudad. Los plebeyos, viendo que nadie se hacía cargo de su dramática situación, decidieron plantearse abandonar Roma y fundar una ciudad propia donde tuvieran voz y voto.



Imagen de Horacio Cocles. Mantuvo a raya al ejército etrusco mientras sus compatriotas romanos demolían el puente Sublicio para impedir que los enemigos cruzaran el río Tíber hasta Roma.

Ante la amenaza de abandono masivo de Roma lanzada por los plebeyos, los patricios comprendieron que sin ellos no podían vivir; de modo que enviaron a un mediador, que resultó ser Menenio Agripa. Con un hábil despliegue de retórica, Agripa les contó una historia sobre las partes del cuerpo humano, haciendo referencia a la necesidad mutua que tienen los miembros entre sí para que el cuerpo funcione correctamente. Según este cuento, los brazos se quejaban de tener que hacer solos toda la tarea de levantar peso, las piernas de ser las únicas que caminaban, las mandíbulas de tener que masticar ellas solas, el corazón de tener que latir solo él, mientras el vientre, que no hacía nada, recibía todo el alimento. El vientre respondió que, si bien recibía el alimento, lo repartía a través de la sangre a todas las partes del cuerpo, que de otro modo no podría sobrevivir.

La moraleja consistía en ensalzar el valor de los patricios, quienes a pesar de acaparar todos los cargos usaban su poder para gobernar la ciudad, de lo cual se beneficiaban todos. Aunque reconocemos la belleza de esta fábula, seguramente hizo falta algo más para convencer a los plebeyos de su regreso a Roma. Fue necesario atender sus reivindicaciones, que se centraban en disponer de funcionarios que actuaran como defensores de sus derechos. Se creó entonces una nueva categoría de funcionarios, llamados tribunos de la plebe (471 a.C.), al servicio exclusivo de los plebeyos y elegidos por estos.

La misión de estos tribunos era defender los derechos de los plebeyos, proteger sus intereses e

impedir que los patricios aprobasen leyes injustas. Ni siquiera el Senado pudo aprobar leyes contra la opinión de los tribunos. Tal fue el trabajo que acumularon los nuevos funcionarios que necesitaron ayudantes, los ediles. Encargados inicialmente de recaudar las multas, su función principal fue el cuidado de los templos –de los cuales procede su nombre (*aedes* significa en latín “templo”)–, de las cloacas, del suministro de agua, de la distribución de alimentos y de los juegos públicos. Con los tribunos defendiendo los intereses de los plebeyos, resultaba más difícil que los patricios les engañasen.

LA LEY DE LAS DOCE TABLAS, EL PRIMER CÓDIGO DE LEYES ESCRITO

Cada vez más conscientes de sus derechos, los plebeyos solicitaron tener por escrito las leyes que regulaban los conflictos entre las personas. Hasta entonces solo existía la costumbre como ley, que era conocida e interpretada solamente por los patricios. En las leyes escritas veían los plebeyos, y con razón, la única garantía para la seguridad y la estabilidad. Entre los años 451 y 450 a.C. se preparó el primer documento que recogía por escrito las leyes romanas. Para elaborar este documento se eligió a una comisión excepcional de diez patriciosel decenviratoque se hicieron cargo de la redacción de este primer texto legal escrito investidos de los poderes necesarios para ello, al margen de los cónsules y los tribunos.

Dado que estos primeros preceptos legales fueron grabados en doce tablas de bronce, se les aplicó el nombre de Ley de las Doce Tablas, que durante siglos constituyeron la base del Derecho romano. Este texto legal, por lo tanto, puede ser considerado como el resultado del conflicto entre patricios y plebeyos. Expuestas en el Foro a la vista y a la disposición de todos los ciudadanos, las tablas fueron destruidas cuando los galos tomaron Roma, pero posteriormente fueron reconstruidas y de nuevo publicadas para que todo el mundo pudiese acceder a ellas y conocerlas.

Su contenido no es bien conocido del todo, ya que ha llegado a nosotros fragmentado. Pero gracias a las continuas citas que de sus principios jurídicos han hecho muchos escritores, sabemos que el texto estaba redactado en forma de frases breves para regular la resolución de diversos conflictos entre las personas.

La trascendencia de la Ley de las Doce Tablas se debe a que marcó el inicio del concepto de la ley como base del derecho. La ley, como principio objetivo al alcance de los ciudadanos y no sujeto a la decisión personal del rey ni a la celebración de ritos ni juramentos mágicos, supuso un cambio radical en la historia de las normas y prescripciones del derecho.

Ita ius esto, “así lo dice la ley”, he aquí el principio de la mayor revolución social que podemos atribuir a los romanos. El derecho existe porque la ley así lo dice y tal como la ley lo establece, y porque la ley está escrita y al alcance de todos: ésta ha sido la garantía y la victoria más sólida que ha logrado el ser humano a lo largo de la historia, en lo referente a derechos humanos.

Mientras tanto, los etruscos dejaron de molestar en Roma y se expandieron por el sur del Lacio, hasta llegar a la Campania. Sitiaron la ciudad de Cumas, en el sur de Italia y en la zona más septentrional de la Magna Grecia. Pero dicho asedio ocurrió en un mal momento para los etruscos y glorioso para los griegos, puesto que en Grecia el poderoso imperio persa había sido derrotado; en Sicilia, los cartagineses habían sufrido un demoledor ataque por parte de los griegos, que se sentían triunfantes. De manera que cuando fue necesaria más ayuda en Cumas, los griegos acudieron inmediatamente. Gelón, gobernante de Siracusa, envió sus barcos y los etruscos fueron totalmente derrotados.

Nunca más los etruscos se atrevieron a avanzar hacia el sur. En su lugar, las tribus nativas italianas pasaron a primer plano, como fue el caso de los samnitas, que se apoderaron de Campania y posteriormente de Capua. Así que Italia se vio libre del acoso de los etruscos por el sur, y también por el norte. Un pueblo vecino, los galos, ocupó buena parte de Europa al norte de los Alpes. Y a medida que los galos avanzaban a través del norte de Italia, los etruscos veían menguadas sus fuerzas hasta el punto de tener que abandonar sus fértiles tierras del valle del Po.

Reducidos los etruscos a sobrevivir dentro de sus propias murallas, resultó más fácil para los romanos enfrentarse a las otras ciudades del Lacio, especialmente los volscos y los ecuos, tribus que habitaban las regiones montañosas al este del Lacio. En una de las batallas contra los ecuos, los romanos solicitaron la ayuda de alguien que había luchado con gran valentía en tiempos anteriores. Era el patricio Lucio Quincio Cincinato. En el momento de anunciarle que él había sido designado mediador en el conflicto, Cincinato estaba trabajando en el campo, que era en realidad su verdadera afición. Dejó el arado, marchó al foro y reunió un ejército con el que atacó a los ecuos y los derrotó. A continuación, abandonó el cargo de dictador que se le había concedido para la ocasión, y regresó a su arado.



Imagen que presenta a un etrusco. Ellos finalmente decidieron no avanzar hacia el sur. Por ello, las tribus nativas italianas pasaron a primer plano, como fue el caso de los samnitas, que se apoderaron de Campania y posteriormente de Capua. De ese modo, Roma se vio libre del acoso de los etruscos por el sur, y también por el norte.

Este ejemplo de honradez (pues hubiera podido abusar de su poder de dictador que tenía una duración de seis meses) le valió a Cincinato el reconocimiento de todos los romanos, y también de las generaciones posteriores. En efecto, al final de la Guerra de la Independencia Norteamericana George Washington fue comparado con Cincinato. Por ello, los oficiales del Ejército Revolucionario formaron “La Sociedad de los Cincinnati” una vez terminada la guerra. En 1790, una ciudad de orillas del río Ohio fue reorganizada y ampliada por un miembro de la Sociedad, y fue llamada Cincinnati en honor del ciudadano romano. Esta honrosa conducta de Cincinato tal vez sea una más de las exageraciones patrióticas de los historiadores romanos, pero aun así resulta aceptable como ejemplo del amor que todo romano tenía por su patria.



Cincinato recibiendo a los senadores, obra de Félix Barrias que obtuvo el Premio de Roma de 1844. Barrias, representa la historia del patricio romano que dejó su arado a petición del Senado para liderar a las tropas en su lucha contra los ecuos, a los que derrotó, tras lo cual volvió a ocuparse de sus campos sin dejarse tentar por el poder.

Mientras Etruria era devastada por los galos, los ejércitos romanos se volvieron triunfalmente contra sus viejos opresores. La más meridional de las ciudades etruscas era Veyes, al norte de Roma. Por las fuentes que nos han llegado de los autores latinos, Veyes aparece como una ciudad siempre enemiga de Roma y en permanente guerra con ella. Pero ahora que Etruria estaba totalmente concentrada en la lucha contra los galos, Roma avanzó al ataque. Los romanos consiguieron sitiar la ciudad de Veyes, y al cabo de diez años de luchas continuas anexionaron su territorio a Roma.



Esta obra de Juan Antonio Ribera y Fernández titulada *Cincinato recibiendo a la delegación del senado romano* también muestra el mismo acontecimiento. Museo del Prado, Madrid.

Los galos dejaron claro que seguirían su avance hacia territorio romano; de manera que durante el verano del año 390 a.C. un ejército galo presentó combate a los romanos, al norte de Roma, y los derrotó completamente. Después de esta victoria, que tuvo lugar un 16 de julio, los galos marcharon hacia Roma y la ocuparon. Fue la primera ocupación extranjera de la historia de Roma. Los galos invasores saquearon e incendiaron la ciudad, y sitiaron el Capitolio después de una larga lucha que los dejó exhaustos. Sin apenas comida ni fuerzas, y sí muchas enfermedades, los galos negociaron con los romanos una paz de compromiso, que consistía en abandonar Roma si los romanos les pagaban mil libras de oro. Llevaron balanzas y empezaron a pesar el oro. El general romano que vigilaba la operación observó que un objeto de oro pesaba menos de lo que aparentemente debía.

Comprobaron que los galos usaban pesos falsos para obtener más de mil libras. Entonces el general romano protestó, pero el jefe galo respondió con la famosa frase *Vae victis!* (“¡Ay de los vencidos!”) y arrojó su espada sobre el platillo encima de los pesos, para dar a entender que los romanos tendrían que entregar una cantidad adicional de oro equivalente al peso de su espada, además de aceptar los pesos reconocidamente falsos.

Mientras tanto, los plebeyos de Roma seguían insatisfechos con su situación económica, pues no podían hacer frente a sus deudas. Fue entonces cuando un general romano llamado Camilo intervino a favor de los plebeyos. Gracias a él, se aprobaron las leyes Licinio Sextinas, que tomaron su nombre de los cónsules gobernantes. Estas leyes limitaron la cantidad de tierra que podía tener un hombre. Al impedir que una persona acumulara muchas propiedades, eliminaron uno de los factores que impulsaban a los terratenientes a ser implacables con los pequeños agricultores cuyas tierras deseaban anexarse. Pero el gran beneficio que reportaron estas leyes a los plebeyos fue que podían aspirar a ejercer el consulado, magistratura reservada a los patricios hasta su promulgación.

S.P.Q.R. EL SENADO Y EL PUEBLO DE ROMA.

A partir de entonces, la República parecía ser el sistema más perfecto de gobierno, ya que el Senado funcionaba contando con la opinión del pueblo. Y de ahí surgió la costumbre de promulgar las leyes y los decretos de Roma bajo el nombre de S.P.Q.R., iniciales de *Senatus PopulusQue Romanus* (“El Senado y el Pueblo Romano”).

De esta forma, la República se sostenía sobre tres pilares, que garantizaban el equilibrio de tres órganos políticos que se controlaban mutuamente: los magistrados equivalían al poder monárquico; el senado, al poder aristocrático, y la asamblea del pueblo, al poder democrático. O, dicho de otra manera:

Las magistraturas = poder ejecutivo.

Las asambleas = poder legislativo.

El Senado = control de la política exterior, la economía, la religión y las buenas costumbres.

El esplendor que alcanzó Roma desde la instauración de la República se basó precisamente en el equilibrio de sus tres órganos de gobierno, que se controlaban mutuamente.

Las magistraturas podían ser ordinarias o extraordinarias. Las magistraturas ordinarias englobaban a todas las que funcionaban en circunstancias normales. Las magistraturas extraordinarias solo funcionaban en situaciones excepcionales.

Los magistrados ordinarios eran elegidos por el período de un año, salvo los censores que lo eran para cinco, y no podían repetir el cargo hasta pasados diez años. La carrera política se iniciaba a los 27 años, después del servicio militar, y se convirtió en una de las mayores aspiraciones de los ciudadanos romanos.

LOS DEBERES DEL HOMBRE DE ESTADO

La conciencia cívica de los romanos constituía una cualidad que era constantemente ensalzada en los textos de la época. He aquí cuáles son según Cicerón los deberes del hombre de Estado:

Los que hayan de gobernar el Estado deben tener siempre muy presentes estos dos preceptos de Catón: el primero, defender los intereses de los ciudadanos de forma que cuanto hagan lo ordenen a ellos, olvidándose del propio provecho; el segundo, velar sobre todo cuerpo de la República, no sea que, atendiendo a la protección de una parte, abandonen las otras. Lo mismo que la tutela, la protección del Estado va dirigida a la utilidad no de quien la ejerce, sino de los que están sometidos a ella. Los que se ocupan de una parte de los ciudadanos y no atienden a la otra introducen en la patria una gran calamidad: la sedición y la discordia, de donde resulta que unos se presentan como amigos del pueblo y otros como partidarios de la nobleza: muy pocos favorecen el bien de todos. De aquí las grandes discordias de los atenienses, y en nuestra República no solamente sediciones, sino también pestíferas guerras civiles.

Cicerón, *Sobre los deberes* I, 25.

Clases de Magistraturas:

Cuestura

Edilidad

Pretura

Consulado

Ordinarias

Tribunado de la plebe

Censura

Extraordinarias

Derechos y obligaciones de un ciudadano romano:

A) Derechos políticos

- derecho de voto
- derecho de ser elegido
- derecho de participar en los ritos religiososderecho de apelación al pueblo en los juicios

B) Derechos civiles

- derecho de propiedad
- derecho al matrimonio
- derecho a intentar una acción judicial

C) Obligaciones

- obligación de servir en el ejército
- obligación de pagar impuestos
- obligación de presentarse al censo

Los romanos seguían fortaleciéndose de un modo imparable, y las ciudades latinas fueron obligadas a incorporarse a la confederación cono cida como la Liga Latina, que ya no fue una alianza en igualdad de condiciones sino claramente dominada por Roma. El poder de Roma se extendió a toda la Italia central; el norte estaba dominado por los galos, el centro por los samnitas, y el sur por los griegos.

Después de cuatrocientos años desde la fundación de Roma, el mundo sufrió numerosos cambios. El Imperio Asirio había desaparecido y fue olvidado. En su lugar, entró en escena el Imperio Persa. En Grecia, mientras los romanos luchaban por librarse del avance etrusco, Atenas florecía como la cuna de la cultura occidental. Hasta entonces, ninguna ciudad en el mundo había logrado alcanzar tanto esplendor. Pero su eterno rival, Esparta, estaba en constante guerra con la capital cultural hasta que llegó a derrotarla. La querella siempre viva entre las ciudades griegas fue una constante de la Hélade, y ello perjudicó enormemente su estabilidad. De repente, un pequeño territorio situado al norte de Grecia alcanzó un inesperado auge. Era Macedonia, cuyo dialecto siempre había sido mal visto por los griegos que consideraban a los macedonios casi bárbaros. De ser un rincón de tierra infravalorado por los cultos griegos del sur, Macedonia pasó a convertirse en un punto de referencia. Y todo, gracias a Filipo II.

LAS GUERRAS SAMNITAS

Tres guerras enfrentaron a romanos y samnitas por la expansión de su territorio, las cuales acabaron con el sometimiento de los samnitas al poderío romano. Los samnitas, descendientes de los sabinos, se habían establecido en la región del Samnio, en el Apenino central y meridional.

La Primera Guerra Samnita, que tuvo lugar entre los años 343 y 341 a.C., fue provocada por la alianza de Roma con la ciudad de Capua, alianza que los samnitas vieron como una amenaza directa. Los romanos, dirigidos por Marco Valerio Corvo, libraron pocos combates contra los samnitas. La guerra terminó con una paz de compromiso en la cual los samnitas reconocieron la adhesión de Capua a Roma.

La Segunda Guerra Samnita, entre el año 327 y el 304 a.C., tuvo como causa el apoyo de Roma a la ciudad de Nápoles, cuyo dominio pretendían alcanzar los samnitas. En los primeros años, los romanos trataron de cercar el territorio samnita. Posteriormente, los samnitas humillaron al ejército romano en las Horcas Caudinas, cuyas condiciones de retirada fueron de las más humillantes que Roma sufrió jamás. Los romanos, al acudir en ayuda de la ciudad de Apulia, fueron víctimas del engaño que les costó la derrota. Para llegar a Apulia, tenían que atravesar el Samnio. Al hacerlo pasaron por un estrecho valle situado inmediatamente al este de la ciudad samnita de Caudio, desfiladero al que se podía entrar por un solo camino y del que se salía por otro único sendero. Este desfiladero eran las Horcas Caudinas.

Tras la victoria que los samnitas obtuvieron sobre los romanos se abstuvieron de combatir con ellos, por el riesgo innecesario de sufrir bajas en sus propias filas. En vez de luchar decidieron esperar; esperar hasta que los romanos se muriesen de hambre. Y así ocurrió. El ejército romano consumió todos sus alimentos, y hubo de pedir la rendición. Los generales tenían que hacer la paz en nombre de Roma y comprometerse a ceder todo el territorio que le había sido arrebatado al Samnio. Bajo estas condiciones, el ejército sería liberado.

Sin embargo, los generales romanos no podían acordar la paz; solo el Senado podía hacerlo, y los samnitas lo sabían. Pero podían persuadir al Senado a que ratificase el tratado de paz firmado por los generales haciendo que ello mereciese la pena, para lo cual los samnitas tomaron como rehenes a seiscientos de los mejores oficiales romanos. Cuando los generales y su ejército retornaron a Roma, el Senado se reunió para tomar una decisión. Dos generales sugirieron ser entregados a los samnitas por haberlos engañado con un falso acuerdo y que los rehenes fuesen abandonados. Casi todos los senadores tenían parientes entre los rehenes, pero aprobaron la medida. Los generales fueron entregados a los samnitas y el acuerdo no fue ratificado.

Los samnitas objetaron que si los romanos no ratificaban el tratado, no solo tenían que poner nuevamente a los generales, sino también a todo el ejército derrotado, en las Horcas Caudinas. Los romanos no lo hicieron, y los samnitas mataron a los rehenes. Tuvieron que pasar veinte años hasta que el cónsul Papirio Cursor lograra expulsar a los samnitas de Campania, obligándoles a firmar la paz. Llegó así el fin de la Segunda Guerra Samnita.

La Tercera Guerra contra los samnitas tuvo lugar entre el 298 y 290 a.C., y acabó con la victoria de los romanos a pesar de que los samnitas se aliaron con los etruscos, los sabinos, los umbros y los celtas del norte de Italia.

Mientras, en Roma surgía una clase media, formada por mercaderes y artesanos cuya prosperidad provenía no de la agricultura sino de sus propios negocios. Los cónsules y demás magistrados empezaron a ser personas con formación cultural que abarcaba la gramática y la literatura, frente a sus antecesores cuyo interés se había centrado casi exclusivamente en el ejército. Con la llegada de Apio Claudio a la política, la cultura empezó a penetrar en la ciudad y fue prosperando la afición por las letras. Una de las acciones más importantes de Apio Claudio fue supervisar la construcción de una calzada que unía Roma y Capua, a lo largo de 211 kilómetros. Fue esta la primera vía pavimentada en su totalidad con grandes bloques de piedra, y marcó el comienzo de una magnífica red de comunicaciones que sirvió para que los ejércitos se pudiesen desplazar con facilidad.

Roma no había olvidado que los samnitas firmaron la paz bajo presión, y no porque hubiesen sido abatidos. Es más, sabían que los samnitas aprovecharían el tiempo de paz para fortalecerse y reanudar más tarde el combate. Y así fue. Unidos a los etruscos y a los galos, los samnitas se enfrentaron a los romanos en 298 a. C. en una tercera guerra.

En poco tiempo, la Tercera Guerra Samnita terminó con la total victoria romana, pues las pérdidas enemigas fueron tres veces superiores a las romanas. El Samnio fue obligado a entrar en alianza con Roma, que consolidó su dominación frente a los etruscos y los galos. Dos décadas después de la Tercera Guerra Samnita, Roma tenía bajo su control toda Italia, desde el límite meridional de la Galia Cisalpina hasta las ciudades griegas del sur.

Filipo II formó un gran ejército cuyo núcleo era una bien entrenada falange. Una falange consistía en soldados de infantería dispuestos en filas muy apretadas. Los de las filas traseras iban armados con largas lanzas que apoyaban sobre los hombros de los que formaban las filas delanteras. De este

modo, la falange podía destrozar, en cualquier dirección que tomase, a ejércitos enormes. Sin embargo, por mucho que oyeran hablar de las astutas formas de luchar de Filipo, a los romanos solamente les preocupaban las tribus galas del norte y las tribus samnitas del centro y del este. Su único objetivo era sojuzgarlas.

En dos batallas campales, los romanos derrotaron completamente a los aliados latinos. Y todas las ciudades latinas quedaron, una a una, sometidas al poder romano. Samnitas y galos cayeron bajo el dominio de los romanos, quienes se dedicaron a reorganizar su territorio conquistado. Todas las ciudades tuvieron que abandonar su autogobierno y se convirtieron en colonias de Roma, que era la que establecía las leyes. La dureza con la que Roma gobernaba a las ciudades sometidas era la misma con la que se gobernaba a sí misma.

SICILIA, LA GRAN DESEADA.

PIRRO, REY DE EPIRO

Mientras los romanos estaban empeñados en su guerra de medio siglo con el Samnio, Alejandro Magno llevaba a cabo la más asombrosa hazaña militar de todos los tiempos. Con su pequeño y bien entrenado ejército, Alejandro, hijo de Filipo de Macedonia, pasó a Asia Menor y atravesó todo el Imperio Persa. Ganó todas las batallas contra todos los enemigos. Llevó las armas griegas y la cultura griega a los desiertos de Asia Central, a la frontera noroccidental de la India y a Egipto. Todo el vasto Imperio Persa cayó bajo su dominio.



El rey Pirro de Epiro utilizó elefantes para luchar contra los romanos que se le enfrentaron en el sur de Italia. El año 281 a.C. desembarcó en Italia con 25.000 hombres y 20 elefantes.

Pero a la edad de 33 años, Alejandro Magno murió y sus generales se disputaron el Imperio, que a causa de las continuas luchas quedó dividido. La principal parte de Asia cayó bajo la dominación del general Seleuco, quien se proclamó rey. Sus descendientes iban a gobernar durante siglos lo que recibió el nombre de Imperio Seléucida.

Egipto cayó en manos de Tolomeo, otro de los generales de Alejandro Magno. Sus descendientes, todos los cuales se llamaron Tolomeo, gobernaron como reyes, y por eso aquel periodo de la historia

es conocido como el Egipto Tolemaico.

Macedonia estaba debilitada porque sus mejores generales habían marchado fuera para convertirse en gobernantes de vastos reinos, al Este y al Sur. A finales del siglo III a.C. Macedonia se encontraba en total anarquía y no podía ayudar a nadie. Y a esa anarquía ayudaba el Reino de Epiro, en la frontera occidental de Macedonia. El rey de Epiro, Pirro, había contribuido al infortunio de Macedonia invadiéndola en el año 286 a.C., para ser expulsado siete meses después. Los tarentinos, que conocían las ganas que tenía Pirro de estar siempre combatiendo, solicitaron su ayuda para combatir a los romanos. Pirro llevó a Tarento 25.000 soldados veteranos y entrenados en la técnica de la falange, a la que los romanos iban a enfrentarse por primera vez. Pero no solo llevó hombres, sino elefantes. Elefantes que Alejandro Magno había visto luchar en la India con sus grandes colmillos, y lo que más le impresionó fue cómo aplastaban al enemigo con su simple peso. Pirro era consciente de su superioridad frente a los romanos, cuya reacción al ver los inmensos animales no era difícil de imaginar. Así que, si los tarentinos querían que Pirro los ayudara, ellos tendrían que colaborar. Cerró los teatros y lugares de diversión, y empezó a entrenar a los ciudadanos. Los tarentinos reaccionaron horrorizados. Pero quienes así respondieron fueron expulsados a Epiro. El resto, aprendió con el ejemplo.

Los romanos, en efecto, contemplaron con horror a los elefantes. Sin embargo atacaron a la falange, que permaneció intacta. Cuando Pirro envió a los elefantes a la carga, los romanos tuvieron que retirarse. La primera batalla entre la falange y la legión romana acabó con la victoria de la primera, pero Pirro no pasó por alto un detalle. Cabalgó por el campo de batalla y observó que los muertos romanos tenían las heridas en la frente. Esto significaba que no habían huido ni siquiera ante los elefantes. No cabía duda acerca de su valentía. Pirro, que no deseaba seguir luchando contra los romanos, pensó que sería justo concertar la paz con Roma. Así que envió a un legado para negociar con los romanos.

El Senado parecía ya dispuesto a aceptar, pero Apio Claudio (el de la Vía Appia y héroe de la Segunda Guerra Samnita) se negó a aceptar la paz mientras hubiese un solo soldado de Pirro en suelo italiano. Así que Pirro tuvo que combatir no una, sino dos veces contra los romanos. El resultado fue una victoria para Pirro, que recibió la felicitación de uno de sus compañeros. A lo cual Pirro contestó: “Otra victoria como esta y volveré a Epiro sin un solo hombre”. De ahí viene la expresión *victoria pírrica* que alude a una victoria tan costosa que equivale a una derrota.

Pero el espíritu de superación de los romanos no iba a permitir que esto quedara así. Después de enfrentarse con los elefantes y con la falange dos veces, idearon una defensa contra ellos. Se situaron en una zona montañosa, sin permitir a Pirro formar una falange en terreno llano. Antes de atacar hicieron que los arqueros arrojasen a los elefantes flechas bañadas en cera ardiente; estos, heridos por el fuego, rompieron las propias filas de Pirro. La falange quedó dispersa e inermes. Las legiones romanas atacaron, y la tercera batalla de Pirro terminó en completa derrota para él.

Pirro volvió a Tarento y renunció a cualquier intento de volver a luchar contra los romanos. Luchó siempre con valentía desmedida, pero al final la vida le fue injusta. Dicen que murió por la herida

que le causó una teja que una mujer lanzó sobre su cabeza.

Los romanos tomaron Tarento. Tarentinos, samnitas, etruscos fueron completamente aniquilados, y en el año 265 a.C. Roma dominaba toda Italia al sur de la frontera de la Galia Cisalpina. No toda Italia romana era gobernada del mismo modo, pero sí bajo el mismo principio; es decir, las ciudades podían cambiar de rango, según su conducta, y recibir mayores derechos como recompensa por su lealtad o degradadas como castigo a su deslealtad. En todos los casos, Roma tenía las riendas y arreglaba las cosas de un modo que impidiera que las ciudades hicieran causa común. Divide y vencerás..., he aquí un principio genuinamente romano.

Roma ejercía ahora su dominación sobre más de 130.000 kilómetros cuadrados, con una población de unos 4.000.000 de habitantes. Un siglo después de ser arrasada por los galos había llegado a ser una potencia mundial, capaz de equipararse con la poderosa Cartago. Y Cartago, en efecto, comprendió el peligro que suponía tener tan cerca la amenaza de un enemigo que había demostrado tan extraordinarias virtudes militares.

CARTAGO. LAS GUERRAS PÚNICAS

¿Qué era en realidad Cartago? Lejos de su origen mítico que la relaciona con la reina Dido enamorada de Eneas, Cartago fue en principio un ciudad colonial del Mediterráneo fundada por los fenicios. Cuando, siglos atrás, el rey de Babilonia Nabucodonosor conquistó Fenicia y la destruyó, las colonias fenicias se agruparon alrededor de Cartago, cuya flota se convirtió en la más poderosa de Occidente.

Al principio, los griegos fueron los principales enemigos de Cartago por el hecho de acercarse a Italia y Sicilia. Así que Cartago tenía que derrotar a los griegos a cualquier precio. Su primer líder, Magón, se propuso alcanzar la gran isla de Cerdeña y las islas Baleares. En una de ellas fundó una ciudad a la que puso por nombre *Portus Magonis*, actualmente llamada Mahón.

Cartago estableció puestos comerciales en las costas del Mediterráneo Occidental, y sus primeros enemigos fueron los griegos de Sicilia que habían ocupado gran parte de la isla. Fue, precisamente, esta isla de Sicilia la causa de graves conflictos para todos los que anteriormente habían intentado conquistarla. Y Sicilia seguiría siendo, durante mucho tiempo, la causa de varios enfrentamientos entre romanos y cartagineses.

Los cartagineses eran indudablemente superiores a los romanos en la lucha por mar, pues tenían la mayor flota naval del Mediterráneo Occidental. Los romanos siempre habían ganado sus batallas en tierra. Tenían barcos, pero pequeños. Enfrentarse a los cartagineses era arriesgado y peligroso. Pero merecía la pena intentarlo, dado lo mucho que había en juego.

Ocurrió algo que puso la suerte del lado romano. Un quinquerreme cartaginés, barco con cinco

hileras de remos, naufragó y fue arrojado a la costa, donde los romanos aprovecharon para estudiarlo y aprender cómo construir uno similar. Rápidamente se pusieron manos a la obra, y en poco tiempo construyeron barcos con cinco hileras de remos, pero con una novedad. Añadieron garfios a sus barcos, con el fin de adherirse a los barcos cartagineses y así hacer pasar a sus hombres a los buques enemigos. De esta forma, los romanos podrían luchar en las cubiertas de los barcos en condiciones parecidas a las de una batalla en tierra. Los romanos, pues, estaban preparados para su osada hazaña.

Algunos de sus pequeños barcos fueron capturados por los cartagineses, quienes ya vislumbraban una victoria fácil sobre su enemigo romano. Pero la sorpresa no se hizo esperar. Los barcos recién contruidos salieron de los bosques italianos, bajo el mando de Cayo Duilio Nepote, que fue quien tuvo la idea de añadir los garfios a su armamento. Eran vigas con largas púas fijadas por debajo. Se las levantaba cuando el barco romano se aproximaba y se las dejaba caer pesadamente cuando estaba junto al enemigo. Los pinchos se clavaban en la cubierta enemiga y los dos barcos quedaban firmemente unidos.

De esta manera, catorce barcos cartagineses fueron hundidos y treinta y uno capturados. Roma dio un ejemplo al resto del mundo: nunca se debe subestimar al enemigo, por pequeño que parezca.

Tras esta victoria inicial vinieron varias derrotas, en las que murieron ahogados en el mar miles de romanos, debido a su desconocimiento de las señales que anuncian tormenta. No una, sino dos veces, se atrevieron los romanos a adentrarse en alta mar y luchar, a pesar de que las condiciones atmosféricas recomendaban la retirada. Pero los romanos estaban decididos a obtener la victoria, ahora que habían aprendido a luchar en los barcos.

Los cartagineses, por fin, encontraron un líder que dirigiera sus batallas con brillante estrategia. Se llamaba Amílcar Barca. Ante la sorpresa de todos, Amílcar Barca resultó victorioso en lugares tan difíciles como Palermo y gran parte de la costa siciliana. Sin embargo, Lilibeo, en el extremo occidental de la isla, seguía sin poder ser conquistada ni por los romanos ni por los cartagineses.

Todos ellos lo intentaron una y otra vez, pero los cartagineses finalmente renunciaron a perder más hombres. No así los romanos, que no pensaban en las bajas de su ejército. Como consecuencia de este empeño, Amílcar decidió firmar la paz, en los términos que fuera. Y así terminó la Primera Guerra Púnica, que duró veintitrés años.

Con la derrota de los cartagineses, los romanos expulsaron de Sicilia a sus odiados enemigos. Sicilia fue completamente romana, y Cartago tuvo que pagar una fuerte indemnización.

Sicilia, la isla más deseada del Mediterráneo, pasó a ser la primera provincia romana fuera del territorio de la bota italiana. Entendemos por provincia un territorio poseído y gobernado directamente por romanos, fuera de Italia, y sometido al impuesto romano.

Los romanos eran reacios a extender fuera de Italia su territorio. Más bien tendían a conservar sus

fronteras; pero las circunstancias y la evolución de las cosas los llevó a combatir en diversas tierras que, tras conquistarlas, anexionaron a los dominios de Roma. La primera provincia incorporada fue Sicilia, pero no fue la única. Lucio Escipión, por ejemplo, fue enviado a operar en Asia. Cada provincia tenía sus condiciones especiales, recogidas en una *ley de provincia*, desde el momento en que se incorporaba al territorio romano. La ley era redactada por el general que la había conquistado, acompañado de diez delegados del Senado. Luego la provincia se dividía de acuerdo con su geografía física y humana, procurando que las secciones no coincidieran con las que había antes y que las presidiera una ciudad que organizara la región o comarca. La ley marcaba también en qué ciudades establecería su tribunal el gobernador.

Roma trataba a cada pueblo según la altivez o la resistencia que hubiese opuesto en el momento de su conquista. En cuanto al tributo a pagar, o bien se establecía una cantidad fija o se calculaba una décima de los productos de la tierra. Y quedaban enteramente sometidos al derecho romano. Sin embargo, los romanos eran comprensivos con la religión y las instituciones familiares de los pueblos sometidos.

La larga guerra que llevó a Cartago al borde de la ruina había paralizado su comercio, y ahora apenas tenía dinero para pagar a sus mercenarios. Estos se rebelaron, saqueando la ciudad. Amílcar tomó el mando de las tropas leales que le quedaban, y derrotó a los mercenarios. Roma, mientras tanto, observaba desde lejos y esperaba el momento en que Cartago llegase a su fin. En el año 239 a.C. los mercenarios de Cerdeña ofrecieron a Roma entregarle la isla, pues temían ser destruidos por Amílcar. Y Roma aceptó.



El objetivo de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.) es conquistar Sicilia, en poder de Cartago. Roma obtuvo inicialmente varias victorias, muestra de su adaptación al mar (toma de Agrigento en 262, triunfo de Duilio en Milas en 260, desembarco de Régulo cerca de

Clupea, África, en 256), pero tuvo que hacer frente a algunas dificultades (fracaso en África, defensa de Sicilia por Amílcar Barca). Su victoria de las islas Egotes permite a Roma imponer un tratado a Cartago, que pierde Sicilia, Córcega y Cerdeña.

Cartago protestó, argumentando que eso era una ruptura del tratado de paz. Roma le declaró la guerra, y ofreció a Cartago anular la declaración de guerra solo si cedía Cerdeña y también Córcega. A Cartago no le quedó más remedio que aceptar las condiciones de Roma. Así pues, Sicilia, Córcega y Cerdeña se convirtieron en territorio romano.

ANÍBAL, EL ENEMIGO DE ROMA

Viendo el extenso territorio de Roma, y considerando sus continuas victorias sobre samnitas, galos, griegos y cartagineses, nadie diría que los romanos estaban al borde del de las tres. Y lo estaban, algo que tuvo su origen en un general cartaginés, Amílcar Barca.

En el año 236 a.C., el general cartaginés convenció a su gobierno para que lo pusiera al frente de una expedición hacia España. Cartago ya tenía puestos avanzados en la costa española, y el propósito de Amílcar era ampliar esos puestos y extender la influencia cartaginesa al interior de la Península. Durante varios años, Amílcar se ocupó de ir afianzando sus fuerzas en el interior de la Península. Fundó *Barcino* (que sería Barcelona), nombre que tomó del suyo propio. Al morir Amílcar Barca, le sucedió su yerno Asdrúbal, quien extendió su dominación cartaginesa sobre España. Fundó *Carthago No va*, la actual Cartagena.

Cuando los romanos hubieron terminado de guerrear con ilirios y galos, se encontraron con que Cartago era más fuerte que nunca. Pero quisieron ver en ello el lado positivo: los cartagineses estaban ocupados en lugares lejanos a Roma. Pero por si acaso, tomaron precauciones. Roma obligó a Asdrúbal a admitir que el poder cartaginés quedaría limitado al sur del río Ebro. Asdrúbal fue asesinado en 221 a.C., y le sucedió en el mando el hijo de Amílcar, Aníbal.

Desde muy pequeño, Aníbal supo cuánto odia ba su padre a los romanos De hecho, fue obligado a jurar odio eterno a Roma. Aníbal tomó bajo su mando el ejército cartaginés, y con él conquistó regiones de España que aún no eran cartaginesas. Sagunto, que era ciudad griega, al ver cómo aumentaba el peligro de caer en manos de Aníbal, pidió ayuda a Roma. Pero Aní bal marchó sobre Sagunto, sin temor al im ponente ejército romano. Tras ocho meses de asedio, Aní bal tomó definitivamente la ciudad de Sagunto. Con ello, naturalmente, declaraba la guerra a Roma, que había impuesto como límite para la expansión de los cartagineses el río Ebro Y Sagunto estaba a solo 130 kilómetros al sur del Ebro. La conducta de Aníbal era, por lo tanto, una clara provocación de guerra. Y así empezó la Segunda Guerra Púnica.

En el año 218 a.C., Aníbal cruzó el río Ebro con un ejército de 92.000 hombres y algunos elefantes. Roma envió a España al cónsul Publio Cor ne lio Escipión a luchar contra Aníbal. Pero cuan do Escipión y sus hombres abandonaron Italia por mar y navegaron hacia España, Aníbal los evitó. No quería recibir al enemigo en Es paña, sino cerca de Roma.

Aníbal bordeó los Pirineos, avanzó por el sur de la Galia, y luego hacia los Alpes. He aquí la gran sorpresa para los romanos, que no esperaban ningún ataque desde el Norte, pues los Alpes eran una muralla protectora que pocos hombres se atrevieron a cruzar. Aníbal lo hizo. Llevó su ejército a través de los Alpes y también a sus elefantes, en una de las grandes hazañas militares de la historia que ha quedado inmortalizada en obras maestras de la pintura europea.

Cuando Escipión desembarcó en España, se llevó la gran sorpresa de su vida. Aníbal había desaparecido con todo su ejército. Fue en su busca, pero no lo alcanzó. Y no se le pasó por la cabeza cruzar los Alpes, algo que Aníbal había conseguido a costa de muchas vidas. Pero a cambio pudo comprobar que los hombres del ejército cartaginés que quedaban vivos habían recibido el mejor entrenamiento que jamás tendrían. La travesía por los Alpes los había convertido en los mejores soldados, y a su general en el mejor general de todos los tiempos.

En el año 218 a.C. Escipión se enfrentó a un ejército cartaginés imbatible en la desembocadura del río Po. A pesar de la perfección militar que había caracterizado a los romanos, no había duda de la superioridad de los cartagineses, que avanzaban sobre Italia a un ritmo feroz. Una de las batallas más cruentas que se libró durante este avance por parte del bando cartaginés fue la que tuvo lugar en Cannas, cerca del mar Adriático y al sudeste de Roma. La estrategia de los cartagineses de desplegar su ejército en forma de *U* forzó a los romanos a cerrar filas de tal modo que apenas tenían espacio para luchar. A una señal de Aníbal, los extremos del ejército cartaginés se cerraron, y los romanos sucumbieron. La batalla de Cannas ha quedado para la historia como ejemplo de un ejército que aniquila completamente a otro más poderoso solamente por el genio de su general.

La derrota sufrida por los romanos en Cannas puso a los aliados de Roma en alerta. Tal vez sería mejor estar del lado de los cartagineses, pensaron los pueblos que hasta entonces admiraban el valor del ejército romano. Pero esta última derrota romana, tan desastrosa, hizo dudar a muchos. Capua fue una de las ciudades que abrieron sus puertas a los cartagineses. Macedonia y Siracusa también se pasaron al bando de Aníbal. Roma tenía ahora enemigos por todas partes. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y empezó a formar un nuevo ejército. Dado que Aníbal había demostrado ser un general invencible, era inútil enfrentarse a él, de manera que los romanos vieron más provechoso seguir preparándose para situaciones futuras, sin pensar por el momento en enfrentarse a Aníbal ni a los cartagineses. En todo caso, veían como buena medida dejar que el tiempo mermase las fuerzas del ejército enemigo. Además, los romanos aumentaron sus esfuerzos para combatir fuera de Italia.

En España, los dos generales enviados por Roma contra Aníbal murieron en la batalla, pero el hijo de uno de ellos asumió el mando de las tropas. Como primera medida, el joven Escipión vigiló que Aníbal no recibiera refuerzos de Macedonia. Esperar a que Aníbal se agotase por sí mismo era el propósito de los romanos. Y así ocurrió. Cuando por fin Aníbal decidió atacar Roma, los romanos no se alteraron sino todo lo contrario; reaccionaron con una especie de resignación frente al ataque enemigo. Pero Aníbal supo que el terreno sobre el que había acampado su ejército había sido puesto en venta y comprado por un romano. Por lo tanto, aquella tierra seguiría siendo romana, a pesar de los ataques de Aníbal. Ante esta situación, Aníbal se retiró.



Roma se impuso primero a sus vecinos latinos y etruscos (406–396 a.C.), aunque fue vencida por los galos en 390 a.C. Los samnitas fueron derrotados después, tras largos enfrentamientos (Sentinum, 295 a.C.). La conquista del sur de Italia terminó con la toma de Tarento (272 a.C.). Las ciudades de las primeras zonas conquistadas se integraron en Roma como municipios, prefecturas, mientras que en el resto del país se les aplicó el estatus de colonias, ciudades federadas o libres, siempre bajo las condiciones impuestas por Roma.

Y pidió ayuda a las fuerzas cartaginesas de España, donde estaba al mando su hermano Asdrúbal. Para evitar que ambos planearan acciones conjuntas contra Roma, el ejército romano los asedió por separado, obligándolos a luchar. Capturaron a Asdrúbal, y lo mataron. Entonces Aníbal comprendió que era inútil seguir peleando, y se retiró a Bruttium, en la punta de la bota italiana. Allí permaneció durante cuatro años, y los romanos no le atacaron.

Mientras tanto, el joven Publio Cornelio Escipión aprendía a ser un buen estratega. Durante el tiempo en que permaneció en España, llevó a la práctica una política de conciliación con los nativos para ganarse su simpatía. Les necesitaría más tarde.

En el año 206 a.C. los cartagineses enviaron refuerzos a España con el fin de atacar a Escipión. Los ejércitos enemigos se reunieron cerca de Hispalis, la actual Sevilla. Aunque los cartagineses eran superiores en número, el general romano superaba al cartaginés en astucia y habilidad, durante varios días, unos observaban a otros sin atacar, esperando el momento oportuno para el ataque. Escipión sorprendió a los cartagineses, repentinamente, al amanecer de un día en que el ejército cartaginés aún no había desayunado. Avanzando por los flancos, los romanos sorprendieron a los cartagineses, que estaban sin fuerzas para luchar. Y los derrotaron en poco tiempo. El resultado de esta victoria romana fue la retirada del ejército cartaginés, que tuvo que marchar de España veinte años después de empezar a construir su imperio en la Península.

Por fin los romanos tenían un general que a los ojos del mundo era equiparable a Aníbal. Derrotado este, vio cómo sus aliados lo abandonaban para pasar al bando romano. Entre ellos, Masinisa, rey de Numidia, cerca de la actual Argelia. Masinisa se unió al plan de Escipión de atacar a los cartagineses en su terreno, es decir, en la propia Cartago. Miles de hombres se unieron al general romano, y provocaron el terror allá por donde pisaban.

A Cartago acudió Aníbal, y se encontró con Escipión frente a frente. En Zama, ciudad al sudoeste de Cartago, se libró la batalla final de la mayor guerra de la antigüedad. Aníbal era un gran general, pero Escipión era superior por su mejor ejército. Aníbal tenía ochenta elefantes, que si antes habían sido de gran ayuda para los cartagineses ahora se convirtieron en su ruina. Los romanos hicieron sonar sus trompetas, que asustaron a los elefantes y los hicieron retroceder sobre la caballería de Aníbal, causando un desastre irreparable. Las líneas delanteras de los cartagineses huyeron, y los soldados de Masinisa atacaron por la retaguardia. Aníbal fue derrotado. Esta batalla de Zama fue tan cruenta que borró todas las victorias anteriores de Aníbal. Cartago tuvo que rendirse incondicionalmente.

El territorio de Cartago quedó limitado a sus dominios africanos; es decir, el norte de la actual Túnez. Tenía que entregar su flota y sus elefantes, y pagar una indemnización durante cincuenta años. No podría hacer la guerra, ni siquiera en África, sin el consentimiento de Roma.

Aníbal reaccionó rápidamente a estas condiciones tan duras impuestas por Roma, y reorganizó las finanzas y su administración a un ritmo tan acelerado que Roma sospechó de sus intenciones. Pensó incluso que se preparaba para una nueva guerra. Y para evitar ser capturado por los romanos, Aníbal escapó a los reinos helenísticos del Este y permaneció en el exilio hasta su muerte. Jamás dejó de odiar a Roma.

Escipión regresó a la capital de Italia como el más grande héroe de todos los tiempos. Se le dio el nombre de “Africano” por su victoria sobre Aníbal, que los romanos jamás olvidarían.

Escipión heredó los dominios cartagineses en España. Formó con ellos dos provincias: Hispania Citerior e Hispania Ulterior, que abarcaban la parte meridional de la Península Ibérica. El norte siguió durante dos siglos más en manos de las tribus nativas, hasta que por fin pudo ser conquistada por los romanos. Tras su victoria en Hispania, los romanos soñaban con otra victoria, las monarquías helenísticas, en especial Macedonia, gobernada con sagacidad por su rey Filipo V con el objetivo de convertir Macedonia en el centro de dominación romana sobre Grecia. Roma tenía razones para mantener su hostilidad con Macedonia. Filipo había ayudado a Aníbal en la batalla de Zama, y eso era algo que nunca le perdonaron. Por otro lado, desde que derrotó a Pirro y conquistó las ciudades griegas de la Magna Grecia, Roma sintió fascinación por la belleza de la cultura griega. Las familias nobles romanas hacían educar a sus hijos por maestros griegos, y les hacían leer la literatura griega y aprender su mitología.

Escipión, flamante vencedor de Zama, se embarcó hacia Sicilia. Su triunfo fue reconocido absolutamente por todos. Ningún ciudadano había prestado a la patria servicios tan eminentes.

Escipión había librado el suelo de Italia de una invasión de dieciséis años; había dado Hispania a Roma y vencido a aquella Cartago que se había atrevido a herir a la República en el corazón de su poder, a aquella simple ciudad mercantil que llegó a ser durante siglos metrópoli de África y soberana del Mediterráneo occidental. Roma iba a ser su sucesora. Pero así como este colosal desarrollo de poder exterior de Roma no había estado exento de grandes sacrificios, así sus futuros progresos no lo estarán de graves daños y peligros. Los primeros tres años de la guerra de Aníbal habían costado la vida a más de 100.000 hombres, entre romanos y sus aliados, y las listas del censo que dos años antes de la llegada de aquél sumaban 270.213 ciudadanos, al noveno año de la guerra solo fueron 137.108. Al sacrificio de las vidas humanas se había unido el de las pequeñas fortunas. Si los ricos soportaron sin gran esfuerzo las graves exacciones impuestas por las necesidades de la patria, la clase media había sido arruinada por ellas. Y esta es la razón del poco precio que tuvieron después de la guerra las pequeñas propiedades, lo que envolvía el germen de nuevos antagonismos entre las clases sociales, cuyo desarrollo ocasionará para Roma la guerra civil, el fin de la República y el advenimiento del Imperio. Se calcula una destrucción de 400 aldeas y villas durante la contienda. La Italia meridional fue particularmente perjudicada. Para remediar tanta ruina, era necesario dar tregua a las conquistas y dirigir la actividad del pueblo al cultivo de los campos.

En adelante las guerras romanas no obedecerán solo a un fin ambicioso, sino a la vez a un fin económico; deberán buscar en la victoria el bienestar del pueblo. Pero pronto se vio que este deseo no era más que una utopía, pues las guerras se convirtieron en una escuela de corrupción. El general que iba al frente de su ejército se dejaba dominar fácilmente por la tentación de acumular riquezas, y la sed del oro llegó a ser la pasión de la joven aristocracia que encontraba acceso fácil a los vicios y a los excesos. Pocos años después de la segunda guerra púnica, en Roma había 7.000 personas afiliadas a la sociedad secreta de Baco. Las orgías llegaron a ser sinónimo de la forma de diversión propia de la aristocracia.

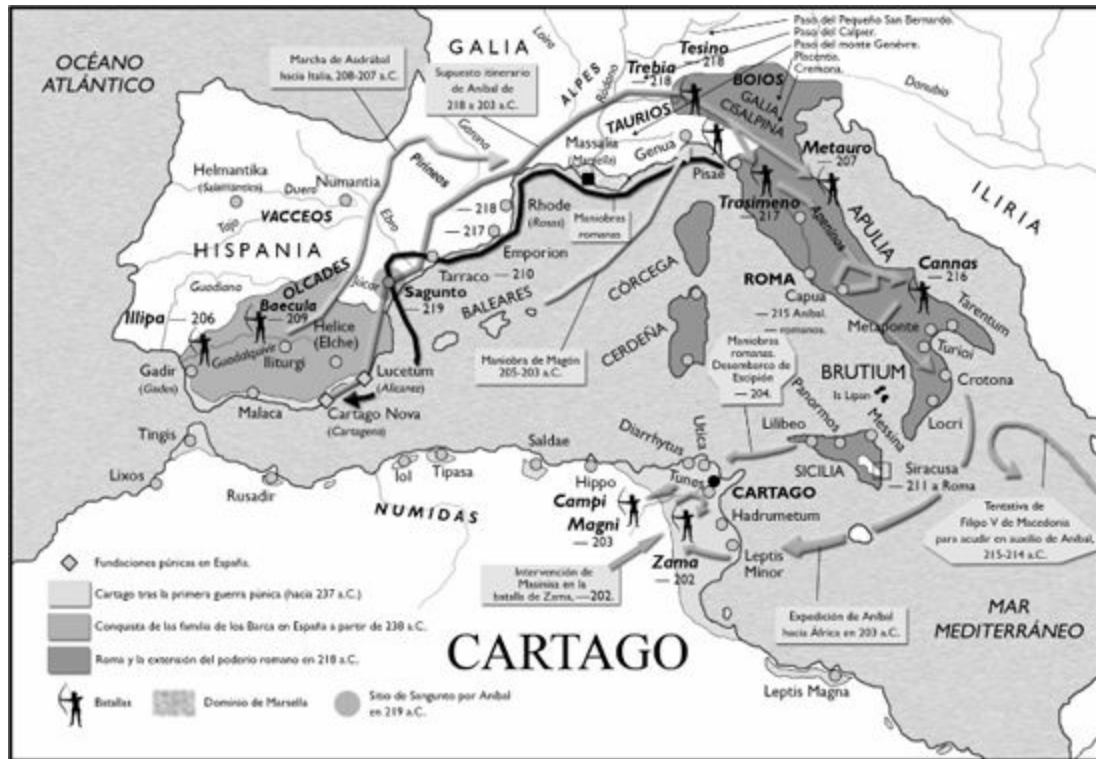
CARTAGO DEBE SER DESTRUIDA

Se había desatado de forma irremediable el gran duelo entre Roma y Cartago, es decir, entre los dos más grandes poderes del antiguo occidente, que imprimieron a su lucha una importancia histórica universal. Del resultado de su contienda dependía de quién sería la dominación occidental, si de Roma o de Cartago.

La frase *Carthago est delenda* (Cartago debe ser destruida) ha quedado para la historia como ejemplo del odio eterno que sintieron los romanos hacia sus enemigos los cartagineses. Pronunciada por el censor Catón, romano conservador y rencoroso por la superioridad que un día Aníbal demostró frente a Escipión, constituyó durante mucho tiempo el final de todos sus discursos ante el Senado.

La frase de Catón, en realidad, encerraba al go más que rencor por el pasado. La prosperidad que había alcanzado Cartago en los últimos años inquietaba a aquellos que vieron siempre en ella un rival. Con su comercio floreciente, Cartago competía con Italia en la venta de vino y aceite. Esto

disgustaba enormemente a los grandes propietarios romanos, entre los cuales estaba Catón.



El objetivo de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.) era el dominio en el Mediterráneo occidental. Aníbal llega a los Alpes y, gracias a sus mercenarios consigue una serie de victorias en Italia. Mientras descansa en Capua, Roma se refuerza y contraataca en España. En Metauro el ejército de Asdrúbal resulta destruido (207 a.C.). Aníbal es derrotado en Zama (202 a.C.) por Escipión, aliado con Masinisa.

En 149 a.C., Cartago declaró la guerra contra Masinisa, y esta acción tuvo consecuencias graves para los cartagineses, a quienes los romanos habían prohibido declarar la guerra sin su consentimiento. Así que Roma entendió esta acción como una provocación de Cartago, que pagó muy caro su atrevimiento. Primero, porque Cartago perdió la guerra contra Masinisa; y segundo, porque Roma aprovechó la ocasión de atacar a una Cartago debilitada y sin armas. Con ello se aseguraba la rendición de sus eternos rivales. Pero eso no era suficiente. Roma exigió que Cartago fuese abandonada, y que sus habitantes construyesen una nueva ciudad a no menos de 15 kilómetros del mar. Los cartagineses, que hicieron caso omiso a esta imposición, preferían morir en su ciudad antes que abandonarla por orden del enemigo. Así que durante dos años aguantaron el ataque de los romanos, que asistían atónitos a la demostración más asombrosa del coraje púnico.

Al tercer año de desesperada lucha fue enviado al combate el joven Escipión, quien dio el golpe final y definitivo a Cartago, dejándola completamente destruida. Y en España, las tribus nativas que ocupaban el territorio del actual Portugal se rebelaron contra la crueldad de los gobernadores romanos. Dirigidas por Viriato, un pastor lusitano, las tribus se enfrentaron a los romanos. Finalmente, tras el soborno de uno de los hombres de Viriato, los romanos conquistaron el territorio deseado, a excepción de Numancia, que se resistía de un modo feroz. Pero de nuevo actuó la astucia de los romanos, quienes sometieron a los numantinos a la presión de la sed y el hambre.



La muerte de Viriato, por Federico Madrazo (1815-1894). Madrazo, con esta representación de la muerte de uno de los grandes líderes guerrilleros de España, rinde tributo indirectamente a la resistencia de las guerrillas españolas frente a las tropas napoleónicas.

Los primeros veinte años del siglo III a.C. fueron para Roma los más fecundos en acontecimientos de su historia exterior; comprendían el período de transformación de los Estados clientes en provincias romanas. El primero fue Macedonia, y después Grecia. A finales del mismo año en que Grecia perdió su libertad y su nombre histórico, Cartago fue reducida a un montón de ruinas: poco después la independencia de España recibió con la destrucción de Numancia el último golpe y desapareció aquel reino de Pérgamo, que Roma había hecho un día grande y glorioso. Y así, en el solo espacio de dieciséis años, Grecia, Asia Menor, Africa cartaginesa y España se vieron sometidas a la República Romana como provincias suyas.

En realidad, la Tercera Guerra Púnica apenas merece nombre de tal. Fue más bien un acto de violencia que se desarrolló gradualmente, hasta acabar por la debilitación de las fuerzas. Bajo el punto de vista militar, la Tercera Guerra Púnica no fue más que un gran asedio.

LA ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS TRAS LAS GUERRAS PÚNICAS

La cesión de Sicilia, Cerdeña y Córcega por Cartago planteó a Roma el problema de desarrollar una administración fuera de Italia. Roma aplicó en un principio el sistema de la anexión, es decir, anexionó a Roma los habitantes y el territorio. Los pueblos vencidos tenían la doble posibilidad de establecer un tratado con Roma o de ponerse en las manos del pueblo romano. Esta entrega no comportaba ninguna idea de infamia o de humillación. Los pueblos así sometidos no eran maltratados, eran clientes, pero a tales habitantes no se les podía conceder la ciudadanía romana ni administrarlos desde Roma por medio de magistrados romanos. En consecuencia, se crearon dos pretores provinciales, uno para administrar Sicilia, y otro para Córcega y Cerdeña.

Más adelante, Roma intentó aplicar otro sistema, el protectorado, que era una extensión del régimen de las federaciones. El régimen de protectorado se aplicó a Marsella, a Cartago y a Macedonia. Consistía en lo siguiente: El Senado ejercía su vigilancia sobre los países protegidos; actuaba por medio de frecuentes embajadores, pero sin intervención directa en la política de los Estados. La competencia de estos embajadores era comparable a la de los cónsules. Tenían un derecho de jurisdicción sobre todos los habitantes de la provincia, pero dejando a salvo la

posibilidad de apelación de los ciudadanos romanos, que no podían ser juzgados en materia criminal más que en Roma.

LOS PEREGRINOS

Al conjunto de habitantes de las tierras conquistadas o sometidas a protectorado se les denominaba *peregrinos*, y no eran ni ciudadanos ni latinos. Su condición jurídica era variable, pues dependía del tratado impuesto a su país. Se distinguían dos tipos de peregrinos: los ordinarios y los dediticios

Los peregrinos ordinarios eran aquellos cuya ciudad no había sido políticamente destruida por Roma, pero carecían del derecho a casarse, a realizar gestiones comerciales y, por supuesto, de los derechos políticos romanos. Seguían sometidos a su Derecho local, con capacidad para votar en su ciudad. En su relación con los romanos, se regían por el Derecho internacional (llamado *Derecho de gentes*), común a todo el territorio romano.

Los peregrinos dediticios eran aquellos cuya ciudad y país habían sido destruidos desde el punto de vista político y administrativo. Esto sucedía generalmente a los pueblos que resistían frente a Roma hasta el final, en cuyo caso sufrían el castigo correspondiente a su resistencia después de su rendición, se privaba a su país de toda vida política, y a sus habitantes, de su Derecho nacional. El peregrino dediticio no tenía patria potestad ni el derecho a hacer testamento y era totalmente imposible que llegara a ser ciudadano romano.

LAS GUERRAS CIVILES

Las armas romanas recorrían victoriosas Asia, África y Europa, sembrando en su camino la destrucción y la servidumbre; pero en la misma Roma se preparaban los efectos inevitables de aquel desequilibrio social, engendrado por la política militar y la clase imperante a quien representaba. De esta decadencia interior de Roma se ha culpado a la influencia griega; pero tal vez sea más efecto que causa. Con razón ironizaba Juvenal en sus versos:

Tú preguntas, ¿de qué provienen estos desórdenes?

Un patrimonio modesto era otras veces el sostén de la inocencia de las mujeres latinas: largas vigiliias, manos encallecidas en la labor, Aníbal a las puertas de Roma y los ciudadanos en armas, protegían contra el vicio las sencillas casas de nuestros padres... Después que Roma ha perdido su noble pobreza, Síbari, Rodas, Mileto y Tarento, coronados de rosas y henchidos de perfumes, han pasado dentro de nuestros muros.

Juvenal puso el dedo en la llaga; pero cuando se le preguntaba quién la había producido, él no acertaba en la respuesta. Repetía, con muchos otros escritores, que los vencidos se habían vengado

diseminando los vicios en el campo de los vencedores, abriendo el paso a la lujuria, más terrible que la espada.

Muchos estaban convencidos de que fue el oro de los vencidos lo que provocó la disolución social de Roma y sepultó bajo las ruinas de la guerra civil las libertades republicanas. En un siglo de guerra, aquella clase en que se reclutaban las legiones desapareció casi del todo, y con ella desaparecieron el patriotismo, la disciplina y la austeridad de las antiguas costumbres; con ella se tambaleó el equilibrio del Estado que, abandonado a sanguinarias facciones políticas, osciló durante un tiempo entre el despotismo de las masas y el de los grandes, hasta el día en que todos, nobles y proletarios, ricos y pobres, buscaron el reposo en un amo.

Nació una nueva clase de terratenientes que fue el origen de la ruina económica y social de Italia, porque los nuevos señores cambiaron los campos de siembra en dehesas de pasto, que exigían poca labor y escaso gasto, y donde ocupaban a los esclavos, pues costaban menos y no podían ser reclamados por el Estado para el servicio militar.

El aumento de los esclavos en Italia data de la conquista de Cerdeña. En el mercado de Roma se hicieron famosos los *sardi venales* (“sardos a la venta”). A continuación, llegaron en gran número esclavos de África al final de la segunda guerra púnica, y luego los de Grecia y los de todo el mundo sometido a Roma.

Como consecuencia, los cultivadores libres se quedaron sin posibilidad de subsistir en el campo; y huyeron a la capital, donde cayeron presas del ocio y se convirtieron en elemento de turbulencias contra la paz ciudadana y la seguridad pública. Para satisfacer a esta masa humana, el Estado tuvo que introducir como regla la distribución gratuita de trigo. De esta manera, al correr el rumor de que el pueblo soberano podía vivir a expensas del mundo conquistado, se apiñaba en Roma gente vagabunda que pasaba la vida oyendo a los oradores en el Foro y adulando su palabrería.

Así pues, el resultado de tantos años de guerra supuso para Roma grandes beneficios, hasta el punto de que los ciudadanos fueron liberados de pagar impuestos directos. La riqueza de los territorios conquistados permitió sobradamente tomar esta medida. Y la agricultura sufrió un cambio considerable, ya que los que amasaron grandes fortunas lograron enormes extensiones de terreno comprándoselo a quienes estaban arruinados por la guerra. Había terminado el tiempo de la agricultura en manos de pequeñas familias, y entraron en escena los grandes terratenientes. Esto provocó la reacción de muchos campesinos que, descontentos con su nueva situación, abandonaron el campo y se marcharon a Roma. Así surgió una clase social llamada proletariado, cuya etimología es debida a la función que tenían asignada: criar hijos para el Estado (prole en latín significa “hijos”).

Al estar en Roma, les fueron concedidos todos los derechos de un ciudadano, sin importar que fuesen pobres. Ello significaba que su voto contaba igual que el voto de un rico. Los políticos encontraron en esta realidad una rápida fuente de popularidad, y ofrecieron comida y espectáculos a esta nueva clase social, que sabía apreciar el valor de un plato de comida a cambio de un voto. Muchos políticos alcanzaron la popularidad deseada a base de pan y espectáculo, sin dar

importancia a que los ricos cada vez fuesen más ricos y los pobres cada vez más pobres. Los agricultores iban desapareciendo, al tiempo que sus tierras caían en manos de ricos terratenientes. Los esclavos eran traídos en gran número como mano de obra barata para trabajar las tierras; pero pronto se produjo una insurrección de estos esclavos, que ahora eran esclavos por el simple hecho de haber vivido en tierras conquistadas por su enemigo. Se rebelaron, liderados por un tal Antíoco, pero lo único que consiguieron fue una matanza multitudinaria en la que perecieron miles de esclavos.

En medio de esta difícil situación, los hermanos Graco sintieron la necesidad de unirse a la causa. Hijos de Cornelia, y nietos de Escipión el Africano, los hermanos Graco habían demostrado su valor luchando en el ejército. Formados en la exquisita educación griega, los Graco tenían una visión del mundo que iba más allá de Roma. Llevar el apellido Graco era una gran responsabilidad. Un Graco no podía vivir en el ocio, ni dejarse corromper. La conducta del paterfamilias había sido todo un ejemplo de dignidad patriótica.

Al presenciar la terrible situación de los esclavos, los hermanos Graco comprendieron que era necesario introducir un cambio en su ciudad. Tiberio Graco, después de ser elegido tribuno de la plebe, emprendió una reforma agraria. Su primera medida fue reducir y limitar el tamaño de las propiedades, y dividir las en pequeñas granjas para distribuir las entre los pobres. Una vez repartida la tierra, no se podía vender, para evitar que de nuevo se formasen grandes propiedades. Obviamente, esta medida chocó con la postura del segundo tribuno (las magistraturas eran colegiadas), que se opuso a que dicha reforma fuese aprobada. Entonces se vio claramente cuáles eran los intereses del segundo tribuno, quien cedió a cambio de dinero a mantener las cosas como estaban.

Sucesivas revueltas promovidas por los terratenientes conservadores, que veían en Tiberio Graco a un peligroso enemigo, acabaron con la vida de este tribuno que defendió la justicia social, pero las circunstancias le fueron adversas. Al cabo de unos años, fue elegido tribuno Cayo Graco, hermano menor de Tiberio, quien se propuso continuar lo iniciado por su hermano. Consiguió que fuese aprobada la reforma agraria, y pronto impuso medidas de control de precios a fin de impedir que la distribución de alimentos sirviese para enriquecer a los grandes terratenientes. Reformó el sistema de votación en Roma para dar mayor poder al proletariado, y reformó el sistema de impuestos de las provincias. Inició muchas obras públicas, dando así trabajo a muchos ciudadanos.



Cornelia, madre de los Gracos. Cavelier, 1861. Museo de Orsay, París. Este grupo escultórico de Cornelia con sus dos hijos representa uno de los valores más intrínsecos del carácter romano: la *pietas*, el sentimiento de devoción, generosidad, entrega y amor familiar. Dicen de Cornelia que, estando con una amiga que presumía de sus valiosas joyas y tesoros frente a Cornelia que vivía de un modo más humilde, contestó: he aquí mis dos tesoros, enseñando con orgullo a sus dos hijos.

Cayo Graco quiso poner en práctica un plan que al final fracasó. Graco ideó un sistema de colonización por el cual algunos de los sitios arruinados por Roma, entre ellos Tarento y Cartago, recobraran vida y esplendor gracias al trabajo de los colonos romanos. Su objetivo era convertir a los proletarios en ciudadanos útiles, pero entonces se encontró con una reacción imprevista. Los proletarios se encontraban a gusto recibiendo gratuitamente el pan que el gobierno les repartía, y se negaron a trabajar las tierras que se les ofrecieron. La popularidad de Graco subió al mismo ritmo que de repente bajó. Y tal fue la oposición que encontró por parte de los conservadores, que sus medidas fracasaron. Los senadores se aferraban fuertemente al poder, y no consentían que ningún defensor del pueblo les arrebatara sus privilegios.

Roma perdió, entonces, la oportunidad de sanear su economía agraria y de potenciar las mejores cualidades de sus ciudadanos. Pudo más el conformismo que las ganas de cambiar las cosas.

LAS FUENTES DEL DERECHO

En el ámbito del Derecho, se separaron el Derecho público y el Derecho privado; el Derecho sagrado (concerniente a las relaciones con los dioses) ya estaba separado, y no formaba parte de las disposiciones que realizaban los magistrados. El Derecho público concernía a la organización del

Estado, y tenía un carácter social y político. El Derecho privado concernía a la organización de las relaciones entre particulares.

Hablando con propiedad, solo alcanzaban el rango de leyes las decisiones votadas por los comicios. Se consideraba también ley el conjunto de disposiciones tomadas por los magistrados en virtud de poderes delegados en ellos por el pueblo, bien para organizar una provincia o para conceder la ciudadanía. Si bien estas disposiciones recibían el nombre de edictos o decretos, equivalían a leyes.

La norma habitual era la ley votada por los comicios; la iniciativa pertenecía al magistrado que proponía la ley. Antes de la votación, la ley se presentaba al Senado, donde era discutida. Después, el proyecto se publicaba tres semanas antes del día de la votación. Podían entonces celebrarse asambleas de centurias o de tribus para discutir el proyecto. En principio, todo el pueblo debía conocer el texto. Inmediatamente después de la votación de los comicios, la ley entraba en vigor, a no ser que contuviese una disposición especial que estableciera un plazo antes de la entrada en vigor. Por último, la ley votada se publicaba. Los textos más importantes se publicaban por medio de carteles en el Foro, para conocimiento de todos los ciudadanos.

El Derecho, a partir del siglo III, adquirió un carácter formalista, con actos y gestos rituales tomados de los ritos religiosos. El poder de la palabra fue cada vez mayor en el procedimiento jurídico; palabra y fórmula eran los dos pilares del nuevo Derecho. Pero, ante todo, era consuetudinario (*consuetudo* significa “costumbre”); y atribuía una importancia especial a la personalidad de los negocios jurídicos, y a la realidad particular de cada caso.

El principio central de la organización de la Justicia era la separación entre el magistrado y el juez, lo cual correspondía a una división del proceso en dos fases: la fase ante el magistrado y la fase ante el juez. El magistrado organizaba el proceso, formulaba las normas jurídicas que había que aplicar, precisaba la misión del juez en el procedimiento, y situaba el proceso bajo la autoridad pública, pues el magistrado actuaba como representante del Estado.

El juez examinaba los hechos y las pruebas, y luego pronunciaba la sentencia. Era, por excelencia, el ciudadano que juzgaba a los ciudadanos.

HACIENDA:

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA Y COBRO DE IMPUESTOS

El Senado decidía acerca de los impuestos y de los gastos. Los cuestores centralizaron la recaudación de los ingresos y pagaban lo que el Senado ordenaba. Los publicanos, que eran una categoría de funcionarios odiados por todo el mundo, percibían los impuestos por cuenta del Estado.

El principal impuesto directo era el tributo por el censo, es decir, un tipo de impuesto que equivalía a un 1 por 1000 del capital. Con arreglo a esta declaración, el censor clasificaba a los ciudadanos en centurias según su fortuna, y a cada centuria correspondía una parte determinada del tributo a pagar.

Un segundo impuesto directo era el impuesto pagado por todos los ciudadanos, y destinado a la manutención de los caballos de la caballería. Más tarde este impuesto fue suprimido, como consecuencia del enriquecimiento del Estado debido a los tributos pagados por los pueblos vencidos o por los botines de guerra.

En cuanto a los impuestos indirectos, todos los habitantes de Italia estaban obligados a pagar un impuesto indirecto, las aduanas. Había redes de puestos aduaneros alrededor de Roma y en la frontera de la Galia, entre otros. Los italianos estaban, además, obligados a pagar prestaciones en especie para alimentar y costear los gastos de los magistrados romanos que viajasen por Italia y de las tropas que fuesen de paso. Y otro impuesto indirecto era el que se pagaba por la venta del esclavo al que se daba la libertad, y que consistía en pagar la vigésima parte del dinero obtenido.

LA ADMINISTRACIÓN DE ITALIA

Mientras Roma se limitó a tierras cercanas a la capital, las incorporaba a su propio dominio. En el siglo V a.C., la incorporación se efectuaba bajo dos formas: o bien se anexionaba el territorio, expulsando a sus habitantes (que eran vendidos como esclavos o trasladados a Roma), o bien se anexionaba la ciudad, dejando en ella a sus habitantes. En ambos casos, Roma confiscaba parte del territorio y disponía de él, convirtiéndolo en *ager publicus*, es decir, tierra dada en arrendamiento a la ciudad vencida a cambio del pago del impuesto. Estos territorios incorporados eran los que proporcionaba tierras a las 35 tribus romanas.

El sistema general de organización en Italia era la organización entre ciudades. Roma conservó este sistema durante mucho tiempo, y estableció una confederación latina mediante la cual reconocía autonomía a las ciudades latinas. Roma era igual al resto de ciudades. Esta federación igualitaria fue rota en el 390, fecha en la que Roma dejó de ser igual a las demás ciudades. A partir de entonces, cada ciudad continuaba siendo soberana, pero estaba unida a Roma por un tratado. Cada una conservaba su administración, sus magistrados, sus impuestos y su moneda. Este conjunto es lo que se llamaba *nomen Latinum*. Entre estas ciudades había, en principio, una relación de ciudadanía, de manera que cada ciudadano era también ciudadano en las otras ciudades. Pertenecían todos a la gran ciudad de Roma; de ahí su denominación de *nomen Latinum* con el que se identificaban como miembros de una misma comunidad.

Poco a poco, se hizo necesaria la creación de un Derecho común a todos los pueblos, que fue llamado *ius gentium* (equivalente al Derecho internacional).

MARIO

Por muy orgulloso que sea un pueblo, tiene los ojos puestos sobre los adelantos en las técnicas militares y armamentos de los demás pueblos.

Roma, abierta a cualquier ventaja que advirtiera en los pueblos vecinos, no podía rechazar toda mejora que observara en los pueblos con los que entraba en contacto. Y los senadores, viendo que Roma pasaba por un momento de incertidumbre, cayeron en la cuenta de que tenía pocos generales valiosos. Valoraron la presencia de Quinto Cecilio Metelo, sobrino del general que había ganado la Cuarta Guerra Macedónica. Bajo las órdenes de Metelo, combatía Cayo Mario, hombre de carácter inflexible y escaso intelecto, pero un duro combatiente con gran capacidad para odiar. Hijo de un granjero pobre, odiaba a los aristócratas, había sido tribuno de la plebe y gran defensor de los derechos del pueblo.

Con firme determinación, Mario reunió voluntarios, pronunció encendidos discursos contra los conservadores y consiguió formar un ejército contra la prohibición del Senado. Escogió para su ejército hombres de las clases pobres, e hizo su lugarteniente a Lucio Cornelio Sila. Mario y Sila, juntos, vencieron contra Numidia y capturaron a su rey Yugurta. Este se rindió a Sila, pero no a Mario, lo cual provocó posteriormente cierta rivalidad entre ambos líderes.



Moneda acuñada el año 101 a.C. Representa el triunfo de Mario tras sus campañas contra los Cimbrios y los Teutones.

Llegó entonces a Roma una nueva amenaza de los bárbaros, procedentes del norte de Europa, gentes rudas que no habían oído nunca hablar de Roma. Los romanos los llamaron *cimbrios*, y tal vez procedieran de las zonas escandinavas. Alrededor del año 113 a.C. cruzaron el Rin y entraron en la Galia. En sus enfrentamientos con los romanos, los cimbrios salían victoriosos. Jamás mostraron intención de entrar en Italia, pero sí en España.

Mientras tanto, en Roma cundía el pánico. La situación iba empeorando, y el Senado no se atrevió a contradecir al pueblo que pedía con insistencia que se nombrara cónsul a Mario. Y así lo hizo;

durante seis veces consecutivas Mario ejerció el consulado. Rápidamente organizó su ejército, cuya fidelidad se aseguró eligiendo hombres de las clases más humildes. Mario condujo su ejército hacia la Galia, y allí se enfrentó a los bárbaros a los que venció en una total victoria gracias a la disciplina y el orden del ejército romano.

Las reformas de Mario se centraron fundamentalmente en el ejército. El servicio militar se había hecho odioso a la mayor parte de los ciudadanos que buscaban el medio de escapar de él. Mario dio un paso decisivo y no dudó en alistar a los proletarios que prestaban su servicio durante largas temporadas. Poco a poco, el ejército se hizo permanente, el oficio de soldado se hizo lucrativo y los soldados empezaron a sentir que eran parte del Estado.

Hasta entonces cada ciudadano sabía por su censo y por su edad hasta la fila que le correspondía en la legión y las armas que había de llevar. Si era aristócrata, sería jinete; si era de la clase media, sería lancero, y así sucesivamente. Con Mario todo eso cambió. Todo el que fuera admitido como legionario podía entrar en cualquiera de las secciones; todos pasaban por la misma escuela y llevaban las mismas armas.

Los soldados no tenían tiempo de descanso, y trabajaban sin cesar. Ya lo había anunciado Mario en el discurso que dirigió al pueblo cuando tomó posesión de su primer consulado: “He aprendido otras muchas cosas óptimas para la República: a herir a los enemigos, a atacar las fortalezas, a no temer más que a la mala fama, a sufrir igual los rigores del frío que los del calor, a descansar en la tierra desnuda y a sufrir al mismo tiempo el hambre y la fatiga. Con estos principios exhortaré yo a los soldados; y no les impondré a ellos las privaciones reservándome para mí la abundancia; no me atribuiré a mí toda la gloria y a ellos les dejaré el trabajo. Este es un modo justo de mandar a los ciudadanos. Vivir uno mismo en la molición y someter a su ejército a los duros rigores de la disciplina militar, esto es ser un tirano y no un buen jefe”.

En el año 100 a.C. Roma pudo respirar otra vez. Yugurta estaba muerto; los bárbaros del norte habían sido aniquilados. Los esclavos estaban en calma. Parecía el momento adecuado para retomar el asunto de la reforma.

Mario estaba ejerciendo su consulado por sexta vez, y se encontraba en la cima de su popularidad. Le pareció un buen momento para tener un gesto de generosidad hacia sus soldados. Por ejemplo, darles un lugar en que poder establecerse. Para ello necesitaba granjas, y ello suponía dividir las grandes propiedades y fundar colonias. Es decir, aplicar el plan propuesto por Cayo Graco.

Dada la poca formación cultural de Mario y su escasa habilidad para hablar en público, buscó ayuda para poder convencer a los senadores y así conseguir sus objetivos. Buscó la ayuda del tribuno Lucio Apuleyo Saturnino, cuya astucia resultó útil, pues amenazó al Senado con movilizar a la población si no aprobaba las leyes que quería Mario. Pero esta amenaza de nada sirvió, pues se produjeron igualmente disturbios violentos entre la población. Mario fue llamado por el Senado, quien le pidió que mediara en calidad de cónsul y pusiera orden en aquel caos. Pero no lo consiguió, y su popularidad cayó estrepitosamente.

Sin embargo, nadie puede negarle el mérito de haber renovado casi completamente el ejército romano. La nueva organización militar alcanzó con Mario un signo de unidad y de genio práctico inigualables. Y fue Mario quien introdujo el águila como insignia de la legión. Se suprimieron las cuatro insignias de las antiguas divisiones de la legión, el lobo, el jabalí, el minotauro y el caballo; a cada cohorte (un total de 600 hombres) se le designó un estandarte. De esta forma, la legión pasó a tener una sola insignia, el águila de plata en un principio, y luego de oro. Dejarse arrebatar el águila por el enemigo era la mayor ofensa para una legión. Desde entonces, el águila ha sido el símbolo de victoria militar en todos los tiempos.

Mario no era un genio extraordinario de la guerra, como sí lo había sido Aníbal y lo sería después César, pero era un general que creció en el ejército desde los 16 años, y se distinguió siempre por su honradez y su valentía. Y aunque sobresalieron otros generales después de Mario, no hubo necesidad de modificar la organización del ejército ideada por él.

Mientras tanto, entre la población crecía el malestar debido a la acumulación de riquezas en manos de unos pocos y a la asfixiante exacción de impuestos. Durante el periodo de las conquistas surgió en Roma una clase de hombres que se habían enriquecido por la especulación, el comercio o la recaudación de impuestos. Roma subastaba el derecho a recaudar impuestos, y lo otorgaba al que ofrecía más. De este modo obtenía dinero sin tener que cargar con todos los detalles administrativos de la recaudación. El que obtenía tal derecho esquilmaaba a la provincia que había comprado. Todo lo que reunía por encima de lo que había pagado era su beneficio, por lo que trataba de exprimir al máximo a los infelices provincianos. Si era necesario, les prestaba dinero para que pagasen los impuestos, pero a una elevada tasa de interés.

Los ricos no eran los senadores, pues esta forma de enriquecerse no estaba permitida a los patricios. De hecho, las actividades relacionadas con el comercio eran consideradas innobles para un patricio. Los senadores eran ricos porque poseían grandes propiedades de tierra. Pero esta nueva clase de ricos espontáneos eran los caballeros, cuyo nombre proviene de la posesión de un caballo.

El Senado miraba despectivamente a estos hombres que se enriquecían con actividades comerciales, pero al mismo tiempo se entendía bien con ellos. Mientras el recaudador de impuestos hacía dinero, el gobernador de la provincia se llevaba un pellizco a cambio de hacer la vista gorda. Al final, tanto los senadores como los caballeros resultaron ser igual de corruptos.

A finales del siglo I a.C. el tribuno de la plebe Sulpicio Rufo presentó una serie de leyes con las cuales pretendía remediar los males de la República. Era la última tentativa que se hacía. Propuso al pueblo varias medidas, entre las cuales prosperaron las siguientes: que se expulsara del cargo de senador a quien tuviera deudas; que los libertos tuvieran derecho al voto, y que todos los ciudadanos tuvieran los mismos derechos.

LUCIO CORNELIO SILA

Ahora ya no era Mario el defensor de las causas plebeyas, sino que por encima de Mario sobresalió un caudillo mucho más capaz y ambicioso que él. Era Lucio Cornelio Sila, quien se atribuyó el nombre de dictador en un momento en que Roma necesitaba a un líder capaz de tomar grandes decisiones. Por vez primera en la historia de Roma, Sila hizo intervenir al ejército en los conflictos políticos. Actuaba con tal seguridad que nadie se atrevió a enfrentarse a él. Mató, robó, confiscó bienes, sobornó de todas las maneras posibles. Pero nadie discutió sus actuaciones. Ni tampoco las de sus sicarios, que se lanzaban sobre cualquiera que tuviese propiedades o grandes sumas de dinero.

Con este perfil, Sila tomó el mando del Estado. Entre sus acciones cabe mencionar las siguientes: mantuvo el reconocimiento de ciudadanía romana concedida a las ciudades itálicas. Para administrar justicia nombró unas comisiones especiales, apoyadas por piquetes de soldados. Castigó a las ciudades a su voluntad, negándoles la ciudadanía, imponiéndoles tributos, derribando sus fortalezas, confiscando los territorios que le pareció conveniente. Arrasó ciudades que dejó convertidas en desiertos. Sobre ellas instaló a miles de veteranos suyos, junto con miles de esclavos a quienes concedió la ciudadanía y llamó Cornelios en su nombre. Con ellos, un total de 130.000 hombres, formó su ejército permanente para proteger a la aristocracia.



Lucio Cornelio Sila pertenecía a una rancia familia patricia. Destacó junto a Mario en el conflicto contra Yugurta, cuya gestión le fue encargada finalmente a Mario después de realizado un plebiscito al respecto. Tras una campaña de cuatro años en Oriente regresó a Italia y se hizo con el poder en Roma, ejerciendo una dictadura implacable.

Sin duda la aristocracia estuvo muy agradecida a Sila en toda Italia. Pero, por encima de todo, consiguió algo que no fue posible durante siglos: la igualdad entre todos los italianos ante la ley. Para ello hizo derramar mucha sangre, pero no pareció importarle en absoluto. Hacía medio siglo que el poder de Roma venía decayendo, por la anarquía resultante de la mezcla del régimen senatorial y la constitución de los Gracos. La República estaba minada en sus fundamentos, y sin la intervención de Sila tanto en Asia como en Italia se hubiera derrumbado definitivamente.

Sila es, por esta razón, un personaje de la historia de Roma que inspira doble sentimiento; de reconocimiento y también de odio. Cometió numerosos actos criminales y ofreció recompensas a los verdugos, incitó al vandalismo y dio legitimidad a la matanza a sangre fría; pero, ante todo, inventó

el cruel castigo de la proscripción. Como dueño absoluto del imperio romano hizo suya la máxima fundamental del absolutismo: “La ley no obliga al príncipe”.

La constitución de Sila fue atacada al año siguiente por el cónsul Emilio Lépido, quien se constituyó en jefe del partido popular y presentó las siguientes proposiciones:

Que se llamara a los desterrados por Sila y se les restituyera los bienes confiscados. Que se devolviera a los tribunos las facultades de que se les había despojado. Que se concediera a los senadores el exclusivo cargo de jueces.

Bajo el mandato de Sila, el ejército se convirtió en la máxima fuerza organizada de Roma, y era inevitable que sus jefes no se limitaran a representar la potencia militar del Estado sino que tomaran en sus manos la dirección política, desplazando a la clase senatorial y a la asamblea popular de Roma. La misión principal que estos nuevos gobernantes hallaron entre sí fue la adaptación del sistema del Estadociudad a las necesidades de un Estado mundial, la transformación de su constitución en forma que le permitiera gobernar los vastos territorios que ahora comprendía el imperio. De este modo, la lucha que los Gracos habían iniciado como una campaña por la restauración del antiguo Estado campesino y que había sido reñida por las masas de proletarios y campesinos pobres, bajo el antiguo lema del reparto de la tierra, se convirtió en una lucha por la refundición completa del Estado y por la conversión de su mecanismo en un instrumento mejor adaptado a las necesidades de un Imperio mundial

Lucio Cornelio Sila fue el primero en comprender el nuevo aspecto de la lucha y en utilizar para sus propios fines políticos el nuevo factor surgido en la vida política de Roma. Su propio papel en el nuevo Estado era el de un elemento moderador, cuya influencia en los negocios públicos reposaba en su popularidad personal en el ejército y entre un gran núcleo de ciudadanos romanos pertenecientes a las clases superiores. Puede extrañar que en una lucha de este orden fuese apoyado por un ejército formado por proletarios y campesinos pobres, gentes que más bien habrían debido situarse al lado de sus adversarios. Pero es que el nuevo ejército miraba siempre sus intereses personales, y Sila prometía a las tropas ventajas mayores que sus adversarios: botín de guerra, tierras y dinero, así como una alta posición social para el resto de su vida.

Sila explicó ante el Senado su programa, que se resumía en dos frases: exterminio de sus enemigos y disminución de poder del tribunado de la plebe. Para dar cierto aspecto de legalidad, tanto a sus venganzas como a la nueva organización que pensaba dar al Estado, hizo que el pueblo le otorgase la dictadura. Hacía 120 años, desde el tiempo de la Segunda Guerra Púnica, que Roma no había tenido un dictador. Ahora lo tuvo, parecido solo en el nombre a los antiguos; porque la dictadura de Sila era bien distinta de aquella suprema magistratura cuya base jurídica estaba amparada en la *lex de dictatore creando* (“ley para nombrar a un dictador”).

A la muerte de Sila resurgió inmediatamente la guerra civil, convirtiéndose en una lucha por el poder. Se vio con ello cuán frágil y caduca era su obra. Los combatientes no defendían ningún programa político definido ni reforma social determinada. Luchaban más bien por conseguir la

influencia personal y ambiciones personales.

Roma conquistó Italia, destruyó Cartago y se apoderó de Grecia, de Macedonia, del Asia Menor y de España; pero continuó siendo una simple ciudad. Conservó sus tres elementos constitucionales: magistrados, Senado y comicios. Los plebeyos habían conquistado el poder y podía hablarse de democracia. Pero, en realidad, la Asamblea de ciudadanos era una ínfima minoría de la población sometida al dominio de Roma. Los pueblos de las provincias no tenían derecho a intervenir en nada y habían de limitarse a soportar la legislación de Roma. Roma obedecía a un doble imperialismo, militar y económico, con poder suficiente para hacerlo realidad. Pero no se supo adaptar políticamente. Concibió su dominio como una simple extensión de la Roma primitiva y aplicó a la nueva situación los mismos procedimientos que a la anterior, tales como ligas y federaciones. Aun así, se puso de manifiesto que todo esto eran instrumentos ineficaces, del mismo modo que las magistraturas tradicionales eran un instrumento inadaptado a las nuevas realidades.

LA REBELIÓN DE LOS ESCLAVOS. ESPARTACO

Los piratas, envalentonados por la muerte de Sila, saqueaban las costas del Mediterráneo, y en Italia comenzaba la rebelión de los esclavos. Hartos de ser motivo de cruel diversión para el pueblo, los esclavos se rebelaron. El fiero Espartaco representa no solo la reivindicación del hombre embrutecido por la esclavitud, sino también la nacionalidad subyugada y despreciada por Roma.

La rebelión empezó en Capua, donde estaba la principal escuela de gladiadores. Comenzó con la revuelta de 70 esclavos, que se refugiaron en las laderas del monte Vesubio capitaneados por Espartaco. El propio Espartaco había desertado de las filas romanas, y en castigo había sido hecho gladiador. Numerosas bandas acudieron a su llamamiento. Cercados por las tropas del pretor Varinio Glabro, consiguieron romper el cerco y ahuyentarlas; este suceso animó a otros muchos esclavos a seguir su ejemplo. Espartaco fue a Lucania persiguiendo a Varinio, lo derrotó y se apoderó de la región. Pero no era en Italia donde Espartaco quería formar su dominio; sus gentes, galas en su mayoría, querían volver a la patria para darle la libertad. Roma lo impidió, cerrándoles la salida de los Alpes. Con un golpe de destreza, Espartaco logró escapar de la trampa, y huyó a Lucania. Pero esta victoria dejó muy pronto de serlo, pues fue perseguido y alcanzado por Craso en el camino de Brindisi, vencido y muerto. Más que como gladiador, el caudillo murió como héroe: herido mortalmente, de rodillas y con el escudo en alto, siguió combatiendo hasta que cayó muerto.

El fin de Espartaco, que combatió y murió por la libertad, dejó una mancha indeleble en la historia de la altiva Roma, y nos hizo asistir sin compasión a la expiación tremenda que ella misma empezaba a sufrir por su ambición insaciable. La ruina de la libertad, que en cualquier otra nación aparecería como una gran desgracia, reviste en ella el aspecto de vengadora justicia. La rebelión de los esclavos tuvo además en Italia un triste epílogo, con el fin despiadado que Craso hizo sufrir a los 6.000 prisioneros de Brindisi. El feroz y soberbio Craso convirtió la vía Appia en inmenso féretro a cuyos bordes aparecieron crucificados aquellos cuerpos; seis mil cruces flanqueaban los caminos

por donde él regresó a Roma y luego a Capua.



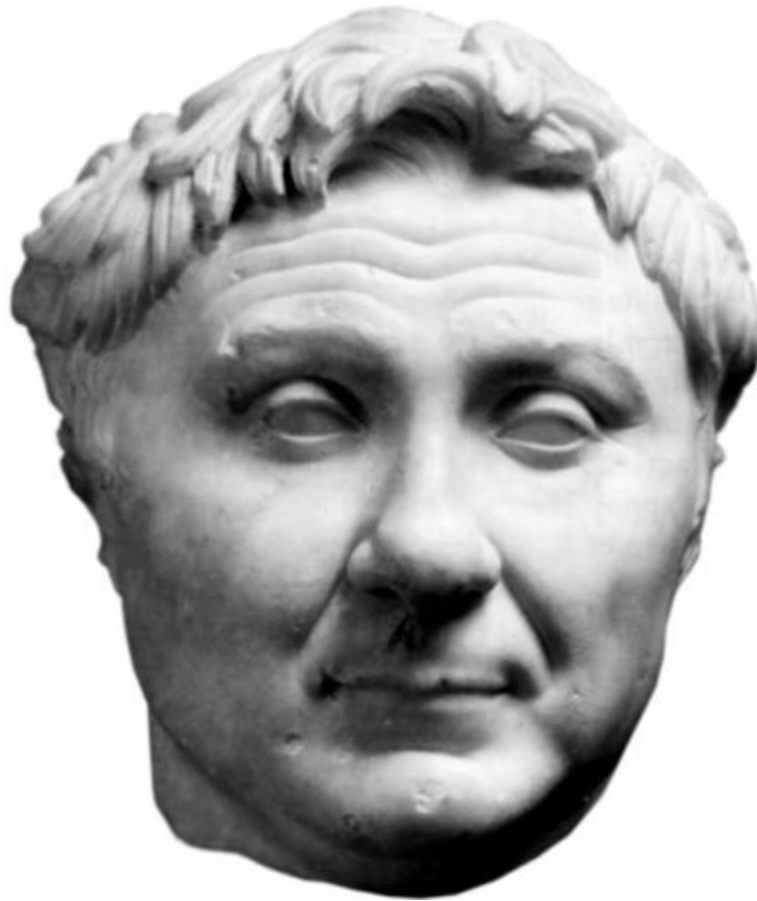
Los gladiadores constituían el núcleo de las aguerridas fuerzas de Espartaco. Gracias a su alto nivel de entrenamiento eran un enemigo temible para las legiones romanas, pero fueron derrotados por las tropas de Craso.

Pompeyo llegó en aquel tiempo de España. El Senado lo había mandado en auxilio de Craso, todavía no victorioso. Pompeyo no llegó a tiempo para compartir con este el honor de la victoria, pero sí de exterminar en su camino a 5.000 fugitivos; escribió al Senado diciéndole que si Craso había vencido al enemigo en campo abierto, él tenía la gloria de haber arrancado de cuajo la raíz de la rebelión. Y se presentó a las puertas de la ciudad con las insignias desplegadas al viento.

POMPEYO

En medio de esta complicada situación los hombres más grandes que había en Roma eran: César, Pompeyo, Craso, Catón y Cicerón. Quien fuese capaz de tomar las riendas de Roma se convertiría en su dueño, pues la República ya no existía. Catón era demasiado austero y poco astuto para afrontar la vida pública. De él decía Cicerón: “Habla como si viviera en la República perfecta de Platón y no entre las heces de Rómulo”. Cicerón hizo cuanto pudo, pero no consiguió sino prolongar una República agonizante. Pompeyo era un general afortunado y ambicioso, pero un pobre político incapaz de dirigir un partido. Craso era un ambicioso aprovechado y enriquecido con las proscripciones de Sila. Y César, de origen aristócrata, heredó el espíritu de Mario. Pronto se convirtió en el caudillo del partido popular.

Pompeyo y Craso eran los favoritos de la aristocracia, pero poco pudieron hacer por ella. Ambos fueron atraídos hábilmente por César hacia el partido popular, para derribar la constitución de Sila. César se convirtió en el favorito del pueblo. Fue cuestor en España, luego Pontífice Máximo y pretor. Conquistó las Galias, puso el pie en Britania, y pasó el Rin.



Pompeyo, nacido el 106 a.C, pertenecía a una familia romana de rancio abolengo aristocrático. Luchó junto a Mario contra Sila. Estableció con Julio César y Craso el pacto secreto del Primer Triunvirato, sellado mediante su matrimonio con Julia, la hija de César. Tras la muerte de Julia, Pompeyo se enemistó con César, y al estallar la Guerra Civil (año 49 a.C.) era jefe del partido senatorial, que propugnaba la legalidad republicana. Fue derrotado por las tropas de Julio César en la batalla de Farsalia (48 a.C.) y luego asesinado en Egipto. Museo de Nápoles.

Craso fue uno de los que se enriqueció como resultado de las proscripciones de Sila. Reunió todas las propiedades que pudo de las que habían sido confiscadas y no vaciló en hacer ejecutar a personas inocentes cuyas propiedades codiciaba. Se ganó la reputación de ser un monstruo de la codicia, pero se convirtió en el hombre más rico que había existido nunca en Roma. Uniendo sus fuerzas Craso y Pompeyo, empezaron una campaña para obtener el consulado, y una vez cónsules se propusieron debilitar al Senado.

Pompeyo y Craso reformaron los tribunales, que Sila había dejado exclusivamente en manos del Senado y que seguían siendo corruptos. A este período corresponde el proceso contra uno de los hombres más corruptos de toda la historia de Roma: Cayo Verres, individuo sin escrúpulos cuya única afición era robar. Partidario de Mario en un principio, se pasó al bando de Sila cuando supo que este iba a ganar. Sila le perdonó los robos y lo envió a Asia para formar parte del equipo del gobernador de esta provincia. Ambos robaron a los impotentes provincianos, pero cuando fueron llevados a juicio en Roma, Verres presentó documentos oficiales contra el gobernador, y él quedó libre de cargo.



El más célebre representante del arte de la palabra fue Cicerón, pero él no era más que el heredero de una larga tradición de oradores, cuyo talento se basaba en el perfecto dominio de los efectos de la voz y de los gestos y en una sólida formación filosófica.

En esta época surgió el nombre de Cicerón, un intelectual que se formó con los mejores maestros de Italia. Orador excepcional, llegó a ser el más grande orador de la historia romana. Las decisiones legales tomadas por los tribunales no siempre dependían de los elementos de juicio. A menudo los jueces eran persuadidos por la oratoria de los abogados, quienes trataban de despertar los prejuicios y las emociones en beneficio de sus clientes. Cicerón lo conseguía de maravilla, y pronto se convirtió en un abogado muy cotizado. Y fue el elegido para defender a los sicilianos contra Verres, que les había robado cuanto pudo. A pesar de todas las estratagemas utilizadas por Verres para destruir pruebas contra él, finalmente Cicerón logró su condena.

Mientras tanto, Pompeyo se había convertido en el favorito del pueblo. Sus medidas contribuyeron a disminuir la corrupción en la que había caído Roma. Limpió de piratas el Mediterráneo occidental; navegó hacia el Este, derrotó a la flota pirata frente a Cilicia y logró la rendición con promesas de perdón.

Paulatinamente, Pompeyo se dedicó a limpiar el Oriente. El Ponto fue convertido en provincia

romana. Casi toda la costa de Asia Menor era romana. Pompeyo se dirigió al Sur y marchó a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo. Allí encontró el último resto del Imperio Seléucida que años antes, bajo Antíoco, había osado desafiar a Roma. Pompeyo derrocó a Antíoco y anexionó el territorio a Roma con el nombre de Provincia de Siria.

Pompeyo estaba entonces en la cima del mundo. A la edad de cuarenta años, retornó a Italia y recibió el triunfo más espectacular que Roma había visto hasta entonces. El Senado sentía terror antes la posibilidad de que Pompeyo utilizase su ejército para imponerse como dictador en Roma, a la manera de Sila; sin embargo, Pompeyo no tenía el temperamento de Sila. Y tampoco tenía la cabeza fría necesaria para ello; mucho menos aún un ejército en condiciones.

¿HASTA CUÁNDO, CATILINA...?

Mientras Pompeyo estaba en Asia, Craso había estado ascendiendo como líder del partido popular. Tenía como partidario al aristócrata Julio César, quien a pesar de su origen aristocrático siempre tuvo predilección por el partido popular, quizás por simpatía con Mario

Después de un enfrentamiento con Sila, en el cual perdió muchas propiedades, César abandonó Italia para incorporarse a los ejércitos romanos que combatían en Asia Menor. Pronto se hizo famoso por su habilidad en la oratoria. Cuando volvió a Roma decidió entrar de lleno en la política. Se hizo elegir para diversos cargos, comprando popularidad. Repartía dinero a todo el mundo, para que nadie quedase sin muestras de su generosidad. Patrocinó juegos para el pueblo y sedujo a todos con su alegre y social carácter.

Julio César reivindicó la figura de Mario, cuya memoria todavía estaba viva para muchos. Hizo reponer la estatua de Mario en el Capitolio, que Sila había ordenado quitar. Craso supo ver enseguida las ventajas de contar con un hombre como César, extravagante, dadivoso, extrovertido, y lleno de deudas. Este último rasgo podría solventarlo fácilmente Craso, que sabía valorar el ingenio y el encanto de César.

El partido popular atrajo a muchas personas que querían socavar la sociedad romana y poner en marcha algún género de revolución. No siempre era por idealismo o por simpatías hacia los pobres y oprimidos. A veces, quienes deseaban un cambio solo lo deseaban para obtener riqueza, poder o venganza.

Uno de esos revolucionarios egoístas era un noble cargado de deudas, Lucio Sergio Catilina. Como César, pertenecía a una familia aristocrática, y se había arruinado por sus extravagancias. Pero carecía del atractivo y la simpatía de César. Catilina había sido partidario de Sila y miembro del partido conservador. Pero cuando su situación financiera tocó fondo no vaciló en volverse violentamente contra los conservadores para salir del paso.



Cicerón en el Senado acusando a Catalina de conspiración (detalle de un fresco de Césare Maccari, 1889). A pesar de su falta de rigor histórico, esta imagen constituye una excelente descripción visual de cómo la capacidad oratoria de Cicerón consiguió aislar a Catilina.

Pensó que el único modo en que podría liberarse de sus deudas era hacerse elegir cónsul. Para lograrlo cortejó al partido popular, favoreciendo su programa de división de la tierra entre los que carecían de ella y de saquear las provincias en beneficio de Roma.

Craso le apoyó, pero Catilina no logró el consulado. Elaboró un plan mucho más desesperado: asesinar a los cónsules y saquear la ciudad. En esta conspiración se vieron injustamente envueltos Craso y César, acusados por los conservadores de haber tomado parte en ella.

Contra Catilina se alzó Cicerón, que se presentó como candidato al consulado, y fue elegido. Como cónsul, Cicerón emprendió rápidamente la acción. Cicerón se las ingenió para conocer los planes de conspiración de Catilina, que incluía el asesinato de Cicerón. Así que, una vez conseguidas pruebas irrefutables contra él, Cicerón reunió al Senado.

Sin miedo alguno, Catilina se presentó en el Senado, pues a fin de cuentas él era senador. Cicerón se levantó y pronunció el discurso más elocuente y eficaz de su vida, exponiendo a Catilina todos los planes que él mismo tenía previsto llevar a cabo. A medida que hablaba, los senadores que estaban sentados cerca de Catilina se alejaron de él, dejando al conspirador solo y rodeado de asientos vacíos.

Las apasionadas palabras de Cicerón le dieron el triunfo, y Catilina escapó por la noche para unirse al ejército que estaban reclutando sus asociados. Ahora estaba en abierta rebelión contra Roma, cuyo pueblo fue enfurecido por un segundo discurso de Cicerón pronunciado en el Foro.

Cicerón descubrió pruebas de que los amigos de Catilina dentro de Roma estaban en conversaciones con representantes de las tribus aún no conquistadas de la Galia Central y Septentrional. El plan era que los galos atacasen las fronteras romanas, mientras Catilina daba el golpe en el corazón de Roma.

Los conspiradores que estaban en la ciudad fueron inmediatamente capturados, y entonces se planteó el problema de qué hacer con ellos. Según la ley romana, debían ser juzgados, pero Cicerón los hizo ejecutar enseguida por miedo a que escapasen. Craso se mantuvo al margen, pues conocía

los rumores sobre sus relaciones con la conspiración.

Un ejército romano se enfrentó con el de Catilina a 360 kilómetros al norte de Roma y Catilina fue derrotado. A los pocos días se suicidó. El fin de la conspiración de Catilina llevó a Cicerón a la cúspide de su carrera política.

Mientras esto sucedía, César estaba en España, donde derrotó a algunas tribus rebeldes en el oeste de la península. Con ello logró la fama de buen militar. Cuando regresó a Italia en el año 60 a.C. encontró una situación favorable a él. Pompeyo, frustrado, estaba dispuesto a cualquier cosa para vengarse de los conservadores del Senado. César aprovechó la ocasión para aconsejarle qué debía hacer. César le propuso unir sus fuerzas. Solo necesitaban dinero, y Craso lo tenía. Así que César trató de limar las asperezas entre Pompeyo y Craso, y se formó el Primer Triunvirato.

El triunvirato no fue solamente una unión de tres hombres, sino la combinación de tres capacidades. El dinero de Craso, la competencia militar de Pompeyo y la capacidad política de César; todo ello combinado, permitió a los tres hombres el dominio de Roma. Julio César, ejemplo de ambición sin límites, soñaba con obtener el imperio del mundo. Para los que habían seguido atentamente los pasos de su carrera no resultaba difícil comprender su gran pensamiento: cuando murió su tía Julia, él aprovechó la ocasión del elogio fúnebre de la difunta para hacer saber a los romanos que su familia tocaba con una mano al cielo y con la otra al trono de Rómulo. A nadie escapó la simpatía que tenía César por recuperar la monarquía.

JULIO CÉSAR, CONQUISTADOR DE LAS GALIAS

Antes de Julio César, los generales se limitaron a rechazar a los galos, sin llevar la guerra a su propio país. Solamente César se atrevió a acometer tal hazaña.

Tal vez porque los generales romanos tuvieran preferencia por las campañas de Oriente, tal vez porque temían a sus enemigos celtas, lo cierto es que Roma no mostró interés por enfrentarse a la Galia. Sin embargo, ocurrieron ciertos sucesos en la Galia Transalpina que obligaron a Roma a intervenir



Estatua que se supone representa a Julio César, procedente de Otricoli, lugar cercano a Roma. Al igual que de todos los líderes políticos de Roma, de Julio César se esperaba que dirigiese los asuntos de los ciudadanos de Roma no solo en el Senado, sino también en el campo de batalla. Julio César tenía asegurado el poder absoluto, y era dueño indiscutible del mundo mediterráneo. Hizo celebrar en Roma su quinto triunfo. Sin haber abolido manifiestamente las instituciones de la República, detentaba el poder de forma individual, hasta que decidió adoptar a su sobrino Octavio.

En realidad, César aprovechó una larga ausencia de Pompeyo para dirigir los asuntos romanos. Desde hacía algún tiempo, Julio César venía observando que las condiciones políticas y morales en que se encontraba la República anunciaban que era necesaria una revolución. El lujo oriental lo había invadido y corrompido todo. La aristocracia ya no tenía interés en la política sino como medio para prosperar, tal como denunciaban las cartas de Cicerón, que estaban llenas de alusiones al imparable tren de vida que habían adoptado Lúculo, Pompeyo, Catón el Joven (el caso de Catón escandalizaba a Cicerón, pues la fama de austero que tenía por tradición familiar se fue al traste cuando, después de haberse divorciado de Marcia volvió a unirse a ella cuando esta quedó viuda de un rico y poderoso romano).

La emancipación de las matronas, iniciada un siglo antes de César, había dado como resultado modelos de mujeres perfectas, intelectuales y refinadas. La más destacada fue Cornelia, madre de los Gracos. Sin embargo, esta tendencia a la emancipación trajo posteriormente, según los moralistas, un aumento evidente de corrupción sin límites. Liberadas de la tutela civil de sus maridos, por un tipo de matrimonio que se llamaba “sin mano”, es decir, sin poder del marido sobre su mujer, administraban sus bienes, contraían deudas, especulaban con su dinero. Aparecieron en escena muchas mujeres que hicieron uso del derecho que les concedía la ley para evitar pasar a ser propiedad de su marido: el derecho de las tres noches. Según el derecho romano, si una mujer se ausentaba de su hogar durante tres noches al año, evitaba convertirse en propiedad de su marido; y lo que era mucho peor, las mujeres decidían con total libertad cuándo querían divorciarse. Asimismo, cada vez iba en aumento el número de mujeres que acudía al Foro a escuchar los

discursos, y de este modo poder tener opinión propia. De todo ello se escandalizaban muchos hombres, quienes no comprendían cómo sus maridos no eran capaces de retener a sus esposas en casa.

En cuanto a las tendencias de la literatura, las artes, la filosofía y la religión, era obvia la influencia oriental y la introducción de cultos esotéricos. Julio César percibió, antes que nadie, lo que estaba sucediendo y siguió el instinto que empujaba a su pueblo a conservar la felicidad que estriba en la conservación del Imperio. Ese instinto no era otro que el suyo propio de gobernar a todos los romanos. Por encima de todo, César estaba convencido del valor imprescindible de la disciplina para conseguir sus fines. Y con esta convicción, empezó a concebir sus planes.

Tenía entonces treinta años. Ninguno de los que lo rodeaban sospechaba nada de él. Y pudo trabajar fácilmente porque la disipación de su juventud sirvió para enmascarar su verdadera naturaleza y sus ambiciones. Mientras César tuviera la fama de juerguista y mujeriego, no tenía que preocuparse de que descubrieran sus planes. César era, por encima de todo, un hombre sobrio y disciplinado, hábil en el uso de la palabra, y con una cultura universal y refinada que quedaba fuera de toda duda. Tenía una memoria infinita, que le permitía retener cuanto leía. Inteligente, sagaz, sutil, y tremendamente previsor. Así era Julio César, tan prudente como audaz, tan enérgico como inflexible. Y sobre todo, fiel a sus amigos que llegaron a ser muchos.

Tal vez por encima de sus cualidades personales, lo que aseguró su superioridad sobre los demás fuera que en política César tenía ideas propias, en lugar de facciones donde alistarse o ambiciones gregarias que satisfacer. La experiencia había demostrado a Julio César que era el momento ya de escoger entre el imperio de la República romana y la propia República, cuyas instituciones habían perdido ya su eficacia. Empujado por el instinto de su orgullo patricio, y sobre todo por su razón, César había consagrado una pasión sin límites a la causa de la mayor grandeza de Roma.

Cuando le parecía que estaba en juego el destino de su pueblo, César hacía el sacrificio de su destino propio. Para conseguir la soberanía de Roma sobre el Universo se dispuso fríamente a sacrificar una constitución antigua, cuyos caducos órganos no servían sino para hundir la ciudad en la desmoralización y consumir la desdicha de los súbditos. Y, como ya había querido hacer Lucio Cornelio Sila, soñaba en salvar Roma mediante la monarquía.

Desde muy temprana edad, César ya estaba convencido de que la única vía posible para mantener el imperio de Roma en el mundo era mediante la monarquía. Consciente de que era demasiado joven, dejó el puesto libre a Pompeyo, convencido de que este fracasaría en su intento. Dejó que Pompeyo se enfrentara a los piratas y al rey Mitrídates, y estaba informado de las luchas de Pompeyo en los mares y continentes. Mientras tanto, él aguardaba su turno para ejercer el máximo cargo como dirigente de Roma.

UNOS MANDAN, OTROS OBEDECEN

César tenía claro que la naturaleza ha dividido a la humanidad en dos grupos de personas: los que están hechos para obedecer y los que están hechos para mandar. Sin embargo, no estaba dispuesto a humillar a la plebe. Su sentido de la justicia era en él un sentimiento fuertemente ligado a su propia tradición familiar. Sin justicia no puede existir un poder sólido ni duradero; he aquí la primera enseñanza que había aprendido César en el seno de su familia aristocrática.

Las masas oprimidas fueron desde siempre su máxima preocupación. Retomó, por lo tanto, las reivindicaciones que desde los Gracos la plebe venía haciendo: la extensión del derecho de ciudadanía, las distribuciones de trigo, las asignaciones de tierras, el derecho de apelación como máximo paladín de las libertades cívicas. César expuso sus principios, y jamás los traicionó. Conociendo la dificultad que tendría en ganarse el apoyo de los oligarcas, prestó toda su atención a la plebe, de la que obtendría con más certeza el apoyo definitivo. Trabajando con eficaz propaganda, repartiendo donativos, seduciendo con su talento y aclamado por sus triunfos, cuando él estuviera en posesión de las armas y del prestigio de las victorias que proporcionan dinero, gracias al apoyo de la plebe obtendría irrevocablemente el poder supremo. He aquí el nacimiento del Cesarismo, que no es aplicable a ningún otro momento de la historia. El Cesarismo fue, sin duda, una nueva forma de gobierno inventada por Julio César.

LA TÁCTICA DE JULIO CÉSAR

El año 66, los proyectos de César no formaban más que un sueño cuya realización lejana tropezaba con dos obstáculos inmediatos: la resistencia al Senado y el poder de Pompeyo, cuyos éxitos militares iban en aumento pero cuyo alejamiento de Italia paralizaba en Roma toda acción eficaz. César sabía que tenía que reducir a toda costa estas dos fuerzas para dar paso a la suya. Buscó alternativamente atacarlas en conjunto allí donde ambas llegaban a converger, y una vez encontrado el punto exacto de su antagonismo, procuró que se enfrentasen. *Divide et impera* (“divide y gobierna”) demostró muy pronto ser un principio infalible.

Mientras se sucedían las intrigas electorales en Roma, César perseguía sus propios objetivos. En el año 65, desempeñando el cargo de edil, le correspondía organizar los juegos romanos, y lo hizo con un derroche de generosidad y esplendor. Ofreció un número de gladiadores no alcanzado jamás. 320 parejas de gladiadores salieron a luchar a la arena, provocando el entusiasmo desbordado de la multitud enloquecida, para quien no existía nadie más en el mundo que César. Tal despliegue de gladiadores produjo estupor en el Senado, que elaboró un decreto urgente limitando la cantidad de gladiadores permitida. Sin embargo, era tal el frenesí entre la multitud ante aquel espectáculo que el Senado obligó en vano a César a cumplirlo. Contra la masa popular enloquecida no conviene actuar, pensó prudentemente el Senado. Julio César era, de forma indiscutible, el ídolo popular.

Como César no tenía más que treinta y seis años y le faltaban dos para poder solicitar legalmente una magistratura superior, no sintió escrúpulos en dificultar la carrera de otros para impedir que alcanzasen lo que él anhelaba y no podía ostentar todavía. Con estratagemas y astucias, entretuvo a la

aristocracia causando disturbios en su propio beneficio. Levantaba a la plebe contra los nobles, causaba revuelo en el Foro hasta lograr que la anarquía se convirtiera en amenaza contra el Imperio de Roma. Trataba, en suma, de hacerse indispensable para el buen funcionamiento de la ciudad. Provocaba en la sombra problemas que, a la vista de todos, solo él podía resolver.

En el verano del 62 se observaba ya la agitación que anunciaba la proximidad de las elecciones. Por parte de los nobles se presentaba Porcio Catón, y por el partido popular el indiscutible César. Catilina, vencido ya en tres ocasiones, volvía al ataque con más ira que nunca. Contra sus rivales, Catilina movió sus últimos recursos, desde la banda de secuaces que se unían ciegamente al carro de su fortuna hasta los argumentos del programa democrático que más pudiera conmover el corazón de la multitud. Este patricio enarbolaba la bandera de la plebe contra el Senado, de los miserables contra los nobles, de los pobres contra los ricos; prometía una revisión de las deudas que reprimiría la avaricia de los prestamistas usureros; la reforma agraria, que expulsaría de las tierras a los terratenientes inactivos, y la abolición del privilegio hereditario que, bajo la capa de elecciones falseadas, reservaba a un pequeño número de familias, siempre las mismas, las magis traturas y los altos cargos.

Catilina era un vivo ejemplo de ambición desmedida y de megalomanía. Mentiroso, manipulador y presa de sus propios instintos, Catilina se lanzaba a la lucha como si prefiriese quedar atrapado bajo los escombros de Roma antes que perder el consulado. Su campaña electoral tomaba cariz revolucionario. Lanzaba en público gritos de odio no solo contra los senadores sino contra todos los ricos, y prometía a los caídos en desgracia los beneficios del poder si él ganaba las elecciones. A quien le pedía moderación en sus discursos incendiarios Catilina respondía que el Estado se compone de dos cuerpos: uno débil, que es la aristocracia; el otro es la plebe, lleno de vigor y energía pero falto de cabeza. Él se ofrecía a suplir esa cabeza ausente y tan necesaria para dirigir el Estado con solidez. De nada le sirvieron tanta retórica y rebuscadas metáforas. Por cuarta vez Catilina fue derrotado. Los comicios, presididos por Cicerón, dieron la victoria a otros candidatos, Silano y Murena. En apariencia, el triunfo se obtuvo gracias a Cicerón y al Senado. Siguiendo los buenos consejos de su hermano Quinto, Cicerón aplicó los tres principios básicos con que uno puede derrotar al contrincante: para ganar, piensa primero quién eres (aconsejaba Quinto a su hermano Marco Tulio en las campañas electorales); en segundo lugar, a qué aspiras; y por último, ten muy presente qué ciudad es ésta. En efecto, Roma no era una ciudad cualquiera.

Pero, en realidad, los triunfadores habían ganado la partida gracias a la connivencia oculta de Craso y César. César, había obrado tan hábilmente que fue elegido pocos días después pretor, a los treinta y ocho años y dos meses, es decir, con el mínimo de edad requerido por la ley.

Catilina, ebrio de rabia tras su estrepitoso fracaso, juró venganza con el puñal y la antorcha: Roma ardería en la conflagración que él iba a desatar para conquistar por la violencia ese poder que los escrutinios le habían negado. Ya hacía mucho tiempo que Catilina había perdido la noción del bien y del mal. Impulsivo y apasionado, estaba a punto de perder también la noción de lo real y lo posible. Pensó que con la ayuda de unos veinte hombres y unas bandas que pudiera reclutar entre los pobres infelices de la ciudad podría llevar a cabo la operación que deseaba y sembrar el terror de su peor

conjura. Pero todo ello, antes de que regresara Pompeyo. Preparó rápidamente la guerra civil en una especie de alucinación, con un grupo de aristócratas agobiados de deudas y ansiosos de lujo. En la mente de todos ha quedado el recuerdo de aquella frase que Cicerón hizo famosa en forma de pregunta ante el Senado: ¿Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia..? La conjura de Catilina no fue, en realidad, sino un conciliábulo de rencores y voracidades, el intento de una camorra que, por vía del asesinato y el robo, habría entregado el Estado a una pandilla incapaz de merecer el poder.

César fue fácilmente elegido cónsul para el año 59 a.C y como cónsul defendió lealmente los intereses de los otros miembros del triunvirato. A pesar de la obligación que afectaba a todas las magistraturas, es decir, la de ser colegiadas, lo cierto es que el otro cónsul era un conservador y trató de poner obstáculos a los planes de César. Así que este sencillamente lo expulsó del Foro y lo obligó a permanecer en su propia casa. César actuó como si fuera único cónsul. El hombre con valentía suficiente para resistir a César fue Catón. Por ello, César lo hizo nombrar gobernador de la lejana isla de Cirena, y tuvo que marcharse. Cicerón representaba también un inconveniente para sus planes, aunque con menor riesgo que Catón porque era menos valiente. Para debilitar a Cicerón, César recurrió a un hombre depravado: Publio Clodio.

Publio Clodio era un aristócrata sin escrúpulos, autoritario y desenfrenado. En cierta ocasión protagonizó una broma que causó gran revuelo entre las mujeres de Roma, y especialmente entre la esposa de César. Durante la celebración de unos ritos religiosos, exclusivamente para mujeres, que se celebraban en la casa de Julio César, Publio Clodio entró disfrazado de mujer y quiso intervenir en los ritos, pero al hacer algunas preguntas su voz lo delató y fue descubierto por la madre de César. Esta broma le costó un juicio por sacrilegio. Se libró del castigo mediante sobornos suculentos.

Después de lo sucedido, corrieron rumores de que había podido efectuar su broma porque se entendía con la segunda mujer de César, Pompeya. César declaró inocente a su mujer, pero se divorció de ella. La mujer del César debe estar por encima de toda sospecha, y no basta con que sea inocente. Debe, además, parecerlo.

Cuando ya eran de todos conocidas las cualidades de César en lo referente a la astucia, valentía y popularidad, quedaba todavía la más importante, la gloria militar. Si lo conseguía, podría gobernar solo.

Se fijó como objetivo la Galia. La Galia Meridional era una provincia romana, pero al Norte había vastas extensiones de territorios no conquistados que él podría dominar. Seguramente otros lo miraban con cierta reserva, dada su edad. Por entonces, tenía cuarenta y cuatro años. Hasta ese momento tenía poca experiencia en batallas, y sí en cambio muchísima en comodidades y lujo. Pero tenía lo más importante: confianza en sí mismo.

En 58 a.C. se hizo asignar las provincias de la Galia Cisalpina y Transalpina por el período de cinco años. Antes de marcharse quiso asegurarse de que en su ausencia Pompeyo no se volvería enemigo suyo. Para ello arregló el casamiento de su hija Julia con Pompeyo. Y el propio César se

casó de nuevo, esta vez con Calpurnia, hija de un amigo de Pompeyo.

LA GUERRA DE LAS GALIAS

César se estableció en la Galia Meridional y esperó la oportunidad para ganar la gloria militar. No tuvo que esperar mucho tiempo. El Rin separaba a las tribus galas del Oeste de las tribus germánicas del Este, y éstas empezaron a agitarse.

Ariovisto, uno de los jefes germánicos, cruzó el Rin y conquistó varias regiones de la Galia. La tribu gala de los helvecios decidió no enfrentarse a Ariovisto, abandonar su patria y migrar hacia las costas atlánticas. Los helvecios pidieron permiso a César para atravesar el territorio romano.

César tomó la postura de no permitir una invasión de casi 400.000 galos salvajes, y con una táctica excepcional los derrotó en una batalla librada a 160 kilómetros de la actual Suiza. El hombre acostumbrado al lujo y los placeres mundanos demostró ser muy capaz de llevar una vida dura y peligrosa, y de manejar a sus soldados con firmeza.

Las tribus galas pidieron entonces ayuda a César contra Ariovisto. Esto era exactamente lo que deseaba César. Envío mensajes a Ariovisto en un tono arrogante, obligándolo así a replicar de modo arrogante. Inmediatamente pasaron a intercambiar amenazas. César marchó hacia el norte y en una batalla librada cerca de la moderna Besançon derrotó a Ariovisto y lo obligó a atravesar de vuelta el Rin. Desde entonces, César desempeñó el papel de protector y patrón de las tribus de la Galia Cisalpina. Hizo esto en todos los inviernos siguientes, mientras duró la Guerra de las Galias, pues de esta manera podía estar al tanto de lo que sucedía en Roma.

En 57 a.C. César combatió en la Galia Septentrional y obligó a someterse a casi toda la región. Al año siguiente, las tribus de lo que es ahora Gran Bretaña se rebelaron y César las aplastó y vendió al por mayor a sus miembros como esclavos. Al poco tiempo se produjo una nueva invasión germánica a través del Rin. César fue a su encuentro y sostuvo una conversación con los germanos en territorio de la actual Bélgica. En un acto de mala fe capturó a los jefes germánicos. Luego atacó a las hordas germánicas, pues tenían la ilusión de que estaba en vigencia una tregua mientras sus jefes conferenciaban con César.

Después de exterminar al ejército germánico, tendió un puente sobre el Rin y penetró un poco en Germania. Su objetivo no era conquistar Germania, sino exhibir simplemente el poderío romano ante los germanos. Más tarde hizo otra demostración de poderío al otro lado del Rin, pero las tribus de la Galia Central, cansadas de la dominación romana y de las penurias que suponía ser protegidas por César, se lanzaron de nuevo a una peligrosa revuelta, esta vez conducidas por Vercingetórix. César, cogido de sorpresa en la Galia Cisalpina, tuvo que volver a toda velocidad, deslizándose a través del ejército de Vercingetórix para incorporarse al suyo. César consiguió aplastar la revuelta final. En el año 50 a.C. la Galia estaba en calma. César la declaró provincia romana, y desde entonces y

durante quinientos años iba a ser una de las regiones más valiosas de los dominios romanos.

César se ganó finalmente la gloria militar, pues toda Roma vibró ante sus espectaculares hazañas. Y para asegurarse de que esto fuera así, escribió un libro titulado *Comentarios sobre la Guerra de las Galias*.

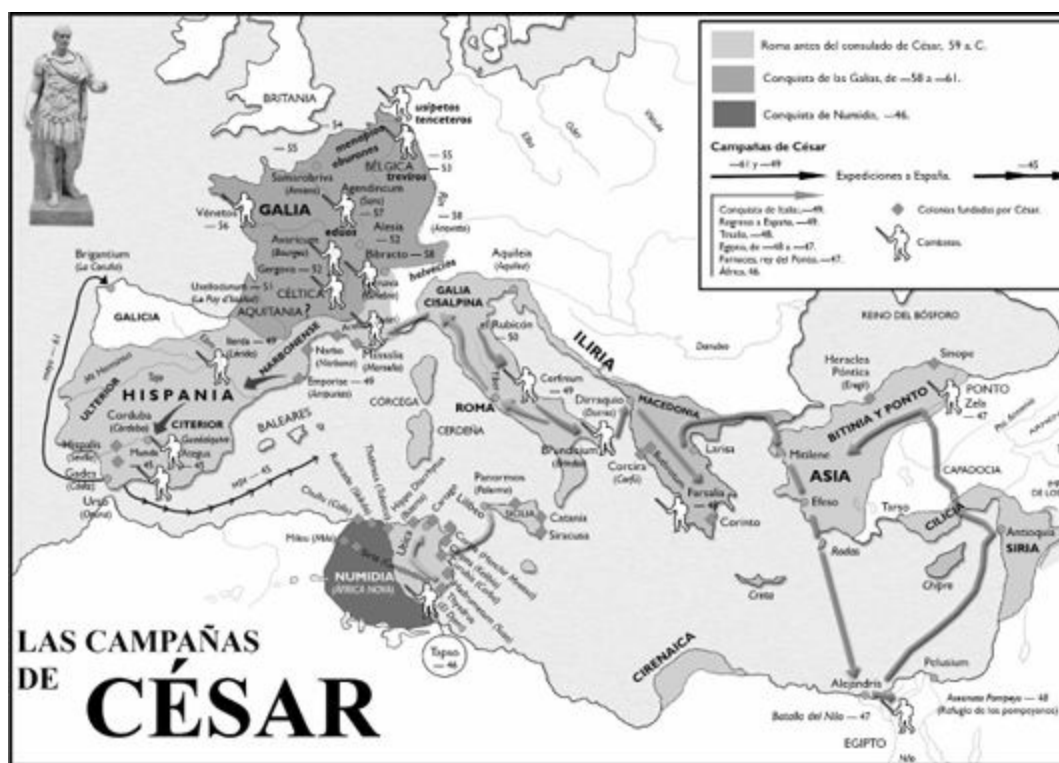
Los ocho años que César pasó en la Galia fueron años agitados también en Roma. Tan pronto como César partió para la Galia, los conservadores del Senado empezaron a hacer progresos. Catón volvió de Chipre llevando consigo una gran cantidad de dinero que había reunido legalmente y que depositó en el tesoro de la ciudad sin tomar nada para sí (Catón era el único romano incapaz de robar).

Catón desde el principio se opuso al triunvirato, y a César en particular. Cuando César capturó a los jefes germanos y destruyó a sus fuerzas mediante traición, Catón se levantó para denunciarlo tan pronto como las noticias llegaron a Roma. Hasta afirmó que el honor romano no quedaría lavado mientras César no fuera entregado a los germanos. Pero el pueblo romano estaba dispuesto a pasar por alto la traición mientras fuera practicada contra el enemigo.

Pompeyo había estado observando los triunfos de César en la Galia y sentía envidia. César sabía que sus éxitos despertarían exactamente ese sentimiento en Pompeyo, envidia. Y también en Craso, que tendría que tratar de apaciguar a sus dos asociados. César se encontró con Pompeyo y Craso al sur de la Galia Cisalpina.

Convinieron que Pompeyo y Craso serían cónsules, y que obtendrían gloria militar. César conservaría la Galia durante cinco años más, pero Pompeyo tendría España y Craso podía tener Siria.

Esto le venía bien a Craso. Mientras Pompeyo había ganado mucha gloria en Asia y César la estaba ganando en Galia, Craso solo tenía en su haber una victoria sobre esclavos. Así que Craso pensó que ahora le había llegado la hora de mostrar lo que podía hacer. Su objetivo era Oriente, y sobre todo la enorme riqueza de Oriente. Puestos sus ojos en Ctesifonte, la capital de Partia, Craso se dejó guiar por un jefe árabe que, sin él saberlo naturalmente, estaba al servicio de los partos. El árabe persuadió a Craso a que atacara más al Este, en regiones desérticas. El ejército parto esperaba cerca de la ciudad de Carres con una fuerte caballería, extremadamente hábil en el uso del arco. Esta caballería aparecía como el rayo, hacía todo el daño posible y luego daba media vuelta para huir. Y cuando el ejército enemigo se lanzaba en su persecución, cada jinete se elevaba en su silla y lanzaba una flecha hacia atrás por encima del hombro. El enemigo, cogido de sorpresa a menudo, quedaba sumido en la confusión por este repentino e inesperado ataque. Por esta razón, la frase “flecha del parto” llegó a significar todo dañino golpe de último momento. Craso luchó como si estuviese combatiendo al ejército de esclavos conducido por Espartaco. Su hijo se lanzó al ataque con toda su valentía, pero su arrojo le duró más bien poco. En cuestión de minutos los partos lucieron la cabeza del hijo de Craso clavada en la punta de una lanza. En el momento de tratar de llegar a una tregua, mataron a Craso.



La conquista de las Galias fue la primera gran guerra que ganó César. Después, en la Guerra Civil, César se enfrenta a Pompeyo, líder de la aristocracia conservadora. César entra en Italia (49 a.C.). Cinco días más tarde, Pompeyo huye de Roma y se embarca hacia Grecia. César ocupa Italia y luego se dirige a España, donde derrota a los pompeyanos en Ilerda. Regresa a Roma y es nombrado cónsul (48 a.C.). A continuación se dirige a Egipto y luego a Tesalia, donde derrota a Pompeyo, que huye a Egipto, donde es asesinado. César se queda en Egipto con Cleopatra, y la instala en el trono. El 47 a.C. César deja Egipto para enfrentarse con Farnaces, rey del Bósforo cimerio; le derrota en Zela, en el extremo de Anatolia. En el año 46 a.C. se desplaza a África y derrota a los Pompeyanos en Tapso. En la ciudad de Utica, sitiada por César, se suicida Catón. Después se dirige a España, donde se han refugiado los últimos pompeyanos bajo el mando del hijo de Pompeyo, Cneo; los derrota en Munda, donde sus tropas matan a 33.000 hombres.

Partia quedó siendo el límite oriental permanente en el que tuvo que detenerse la expansión romana. Los romanos nunca conquistaron su país. Esta batalla de Carres, en el año 53 a.C., tuvo lugar precisamente siete siglos después de la fundación de Roma. La muerte de Craso dejó solos a César y a Pompeyo.

La anarquía se apoderó de las calles, y Pompeyo se frotaba las manos ante esta situación, pues esperaba el momento de entrar en escena como dictador. El Senado lo nombró cónsul. Y restableció el orden, con lo cual el Senado le pidió que fuese su protector contra el temible César. Pompeyo se dejó convencer, y se volvió enemigo de César.

César necesitaba entonces buscar amigos, y no amigos cualesquiera sino alguien a quien le uniera el odio hacia la misma persona. Y pensó en Marco Antonio. El padre adoptivo de Marco Antonio había sido mandado asesinar por Cicerón, por haber participado en la conspiración de Catilina. Marco Antonio creció odiando a Cicerón. Así que alguien que sintiera un odio tan implacable tenía que ser necesariamente buen amigo de César.



Los partos, nómadas y originarios de Turquestán, se convirtieron en uno de las pesadillas de Roma. En el año 53 a.C. infligieron una tremenda derrota a las tropas romanas de Craso en Carres. Años después, Augusto recuperó las enseñas romanas perdidas en aquella batalla. Esta personificación de Partia en un plinto de mármol procede del año 145 a.C. En una mano la figura lleva un falo (representación de la fortuna de los dioses y de la fertilidad) y en la otra un arco.

El 10 de enero del año 48 a.C. César tomó una decisión. Esa noche atravesó el río Rubicón, que separaba su provincia de la Galia Cisalpina de Italia, y con esta acción dio comienzo a la Segunda Guerra Civil (la 1ª había sido la de Mario y Sila). Desde entonces se ha usado la frase “atravesar el Rubicón” para referirse a una acción que obliga a tomar una decisión trascendental. Se dice que mientras atravesaba el río, César murmuró: “la suerte está echada”.

Tres meses después, César dominaba toda Italia. Necesitaba vencer a los ejércitos pompeyanos de allende los mares. Marchó a España, y en Lérida derrotó a los pompeyanos fácilmente. No así en África, donde fue atacado por el ejército al mando de Juba, rey de Numidia. César entonces se dirigió hacia Grecia para atacar al propio Pompeyo, pero la flota de Pompeyo le hizo frente. César renunció a seguir luchando. Pero Pompeyo ya había acumulado odio contra César, y quiso demostrar al mundo quién era el gran general.

Así que Pompeyo se lanzó a perseguir a César. Lo alcanzó en Farsalia de Tesalia. El ejército de Pompeyo era muy superior al de César, de modo que Pompeyo estaba confiado en su victoria. Sin embargo, no hizo bien sus cálculos, centrados en la superioridad de la caballería. La infantería de César se enfrentó a los jinetes pompeyanos, y los derrotó en una cruel batalla. Pompeyo huyó, el ejército se derrumbó y César obtuvo una completa victoria.



Busto de Marco Antonio (83-30 a.C.) realizado en basalto y encontrado en Egipto. Marco Antonio fue nombrado tribuno de la plebe gracias a César, y tras la muerte de éste tomó partido contra Octavio, enfrentándose por ello con Cicerón. Formó con Octavio y Lépido el Segundo Triunvirato. Al final, Octavio le derrotó en Actium (31 a.C.), lo que provocó su suicidio y el de Cleopatra.

Pompeyo se alejó a territorio no romano para estar a salvo. Fue a Egipto, último de los reinos macedónicos. Reinaba el linaje de los Tolomeos, pero su gobierno no pasaba por el mejor momento. Su gran ciudad, Alejandría, rivalizaba con Roma en dimensiones y la superaba en cuanto cultura y ciencia.

Pompeyo esperaba ser bien recibido en Egipto, pues un Tolomeo había recibido favores de él. Se trataba de Tolomeo Auletes (cuyo único talento era tocar la flauta). Había reclamado el trono, pero necesitaba el respaldo romano. Repartió sobornos entre los romanos para recibir el apoyo necesario. Pero gastaba tanto, que tuvo que subir los impuestos. El pueblo, enfurecido, lo expulsó del trono y acudió a Roma para que los romanos lo repusiesen en el trono. Pompeyo le ayudó, también mediante sobornos, y Tolomeo ocupó el trono. Por eso Pompeyo estaba seguro de ser bien recibido en Egipto.

Tolomeo Auletes había muerto, y en el trono estaba su hijo pequeño. Pero aun así, Pompeyo creía que este le ayudaría a quedarse en Egipto donde permanecería como base desde la cual recuperar su poder en Roma.

Egipto estaba entonces sumido en el caos. El joven rey tenía solo trece años de edad, y gobernaba con su hermana de veintiún años, Cleopatra. La cabeza pensante del joven rey era Potino.

Potino se había enemistado con Cleopatra, inteligente mujer y muy sagaz. Esta había huido de la

capital y reunió un ejército. Así que cuando Pompeyo llegó, Egipto estaba en medio de una guerra civil. Y Potino, en un aprieto. Necesitaba la ayuda romana contra Cleopatra, pero no sabía cómo conseguirla, pues ignoraba cuál de los dos generales iba a sobrevivir. Si se negaba a permitir el desembarco a Pompeyo, este volvería para vengarse. Si dejaba desembarcar a Pompeyo, César podía seguirle y, si ganaba, efectuar él la matanza en Egipto. Se le ocurrió la solución. Envío un bote al barco de Pompeyo. Este fue saludado con gran alegría y le dejaron desembarcar. Y allí lo mataron, apuñalado.

Muerto Pompeyo, ya nunca podría vengarse de Egipto. César estaría agradecido por la muerte de su enemigo, de modo que no tendría motivo para vengarse de Egipto.

Mientras, Tolomeo fue tras los pasos de Pompeyo. No quería permitirle que aglutinase a nuevos ejércitos para seguir la lucha. Los egipcios mostraron la cabeza de Pompeyo para mostrar su lealtad a César y ganar su gratitud. César se conmovió ante la vista de la cabeza de su asociado y yerno de antaño, muerto a traición después de una vida de lucha.

Cleopatra se propuso conversar con César para ganarse su simpatía. Se las ingenió para entregarle como regalo una gran alfombra. La sorpresa fue que en ella iba también Cleopatra. Los planes de Potino y de Tolomeo para impedir el efecto que ese encuentro tendría (de sobra eran conocidas las técnicas de seducción de su hermana) fracasaron. Potino provocó una rebelión contra César, que fue rápidamente aplastada y Tolomeo escapó a la persecución de César, pero lo hizo en una pequeña barca que se inundó en el Nilo. César quedó en Egipto para poner orden a la situación generada por tanto caos. Buen amigo de Cleopatra, estaba decidido a mantenerla en el trono. Pero una reina necesita un asociado masculino. Su hermano menor tenía solo diez años de edad, pero fue nombrado rey también con ella.

Muy pronto, nuevos ataques se produjeron en Asia Menor. Al norte del Mar Negro, Farnaces, hijo de Mitrídates del Ponto, el cimerio (viejo enemigo de Roma), se había convertido en aliado de Pompeyo, pero a la vez reivindicaba los territorios perdidos de su familia. Así que invadió el Ponto, pero fue derrotado por el ejército romano. César marchó a Asia Menor y encontró a Farnaces en la frontera del Ponto. La batalla fue breve. Los hombres de Farnaces huyeron, incapaces de enfrentarse a César. Fue este el último bloqueo al Ponto, al término del cual César envió un breve mensaje a Roma: *Veni, vidi, vici* (“llegué, vi, vencí”).



Busto en mármol de Cleopatra VII de Egipto. A pesar de su imagen romántica como una hermosa mujer fatal, Plutarco la describe como no demasiado atractiva. Era, sin embargo, muy inteligente. Tuvo un hijo con Julio César, Césarión.

Tras esta rápida victoria, César regresó a Roma después de una ausencia de un año. Durante ese tiempo, Marco Antonio (que luchó junto a César en la batalla de Farsalia) había sido enviado a Roma mientras César marchaba a Egipto. Marco Antonio mantuvo el dominio en Roma, aunque carecía de la capacidad de César, y era demasiado precipitado para mantener tranquila la situación. Pero el retorno de César devolvió la seguridad a Marco Antonio.

Aunque Pompeyo ya había muerto, el partido pompeyano tenía aún un ejército en Dirraquio, a cuyo frente se hallaba Catón. Este llevó sus tropas a África para unirlas a las de Juba de Numidia. Pero los legionarios de César, más deseosos que nunca de demostrar a su general que estaban dispuestos a todo por mostrarle su lealtad, atacaron con tal rapidez y decisión que derrotaron al enemigo en un combate espectacular. La victoria de César fue completa.

Cuando los restos del ejército derrotado volvieron a Útica, Catón les pidió que se reorganizaran para defender la ciudad, pero estaban desanimados. Así que Catón hizo que los barcos de la flota los llevaran a España. Él se quedó, y se suicidó. Y también Juba. El Reino de Numidia llegó a su fin. César volvió a Roma, más poderoso que nunca. Fue elegido dictador por un plazo de diez años. En el año 46 a.C. César celebró cuatro triunfos sucesivos en Roma, en cuatro días sucesivos de homenaje a sus victorias sobre los galos, los egipcios, los del Ponto y los númidas.



Roma, capital de la República. Al extremo occidental de una llanura volcánica, en la orilla izquierda del Tiber, siete colinas (Capitolio, Palatino, Aventino, Caelius, Esquilino, Viminal y Quirinal) rodean una depresión (Forum) que vio nacer la ciudad. Poblada en sus orígenes por itálicos y etruscos, Roma cumple diversas funciones: políticas (Forum) y económicas (Forum Emporium). El papel religioso se hace evidente en el Capitolio. No hay muchos lugares de ocio.



Suicidio de Catón, obra de Guillaume Guillon Lethière (1760-1832). Catón de Utica fue tribuno militar, cuestor y tribuno de la plebe. Estuvo en el bando de Pompeyo durante la Guerra Civil.

César comprendió que el vasto dominio romano no podía ser gobernado por la ciudad de Roma solamente. Aumentó el número de senadores a 900. Debilitó a los conservadores, pues el Senado ya no representó los estrechos intereses de una cerrada oligarquía. Pero fortaleció el dominio romano, pues las provincias tuvieron voz en el gobierno. César también trató de ayudar a las provincias de otro modo: reformando el sistema de impuestos.

Inició la reconstrucción de Cartago y Corinto, las dos ciudades destruidas por Roma un siglo antes, poblando a la primera con romanos y a la segunda con griegos. Trató de organizar mejor el

sistema de distribución de cereales entre los ciudadanos. Creó la primera biblioteca pública de Roma; esbozó planes para realizar mapas que abarcaran todo el territorio romano, diseñó un proyecto para mejorar los puertos, modificar el código de leyes, etc.

Pero su reforma más duradera fue la del calendario. Hasta el año 46 a.C. el calendario romano se regía por la Luna, según un sistema que parece haber sido gestado por el rey Numa Pompilio. Doce meses lunares dan solo 354 días (un mes dura 29 días y medio, de luna nueva a luna nueva). Para que la siembra, la cosecha y otras actividades agrícolas cayeran en el mismo mes cada año, era necesario insertar un mes adicional al año de tanto en tanto. Los babilonios habían inventado un complicado sistema para que esto funcionase bastante bien, sistema que había sido adoptado por los griegos y los judíos.

Los romanos no adoptaron este sistema. Pusieron el calendario en manos del *Pontifex Maximus*, un político que, entre otras funciones, se ocupaba de arreglar los puentes, y de ahí el nombre de Pontífice (que hoy todavía conserva el Papa aunque en sus funciones no esté incluida precisamente la construcción de puentes). Tal como estaba entonces, el calendario presentaba mucha confusión. César prestó atención al calendario egipcio, y para que le ayudara a arreglar el calendario romano buscó a un astrólogo egipcio, llamado Sosígenes.

A partir del 1 de enero del 45 a.C., el año tuvo doce meses, y no diez hasta entonces. Los meses tuvieron treinta o treinta y un días (excepto febrero, que no gustaba a los romanos y por eso no le añadieron más días). La extensión total del año fue de 365 días, y fue ignorado el calendario lunar anterior. Por eso, los nombres que actualmente tienen los meses presentan confusión a quien no conoce la historia del calendario. Es decir, el mes de septiembre por ejemplo debe su nombre al número siete que ocupaba en el calendario antes de que fuesen añadidos los dos meses: enero y febrero. El año empezaba en marzo, y contando a partir de marzo, naturalmente septiembre ocupaba el número siete, octubre el número ocho, y así sucesivamente. Lo que demuestra, una vez más, que las palabras tienen toda una historia, y no son mera combinación de letras.

Para impedir que el calendario se retrasase un día cada cuatro años con respecto al año solar se introdujo un año bisiesto cada cuatro años, en el que se añadía un día adicional, el 29 de febrero.

LA REVOLUCIÓN DE CÉSAR

Julio César consiguió reunir el máximo poder al que hasta entonces había podido aspirar un gobernante; fue dictador y cónsul, es decir, tuvo en sus manos todo el poder legal. Sin embargo, ese poder no es nada comparado con el poder real que le valieron sus victorias y que él debía convertir en autocracia de derecho divino. Jefe único de los ejércitos victoriosos, César había abatido por sí solo las coaliciones adversas, y por la derrota de éstas se halló investido de una autoridad sin límites.

Tenía a sus pies el fanatismo de miles de legionarios. Disponía incalculables sumas de dinero que había reunido en sus campañas victoriosas y que le habrían permitido comprar a los comicios si la multitud no se hubiese precipitado por iniciativa propia a la adoración de su fuerza personal. Para enriquecerse, no tuvo necesidad de proscribir a nadie como sí hizo Sila. Le bastó con ejercer el derecho de la guerra en todos los países donde había combatido y vencido. Había sometido a su voluntad los recursos del mundo. Las riquezas de los tres continentes en los que luchó afluyeron a sus cofres en cantidades ingentes. Y para demostrar al mundo la inmensidad de su poderío, hizo gala de una extrema opulencia en el cortejo triunfal. Así, su entrada en la Galia la hizo en un carro triunfal construido con madera de tuya; en Egipto, la cambió por la madera de acacia; en el Ponto, combinó la madera con conchas de tortuga; y para África escogió el marfil. La entrada en España la hizo en un carro de plata bruñida.

Vestido con la toga púrpura, conducido por hermosos caballos blancos y escoltado por cuarenta elefantes, Julio César llegó a tocar el Olimpo del poder con la punta de sus dedos.

Si César fue revolucionario en su modo de luchar, no lo fue menos en el disfrute de los placeres. En banquetes y espectáculos, ningún emperador le superó jamás. En el año 46 celebró el mayor banquete conocido en la historia de Roma: 22.000 triclinia, 66.000 invitados, 6.000 lampreas de un peso que excedía los dos mil kilos, regado con decenas de litros de vino de Falerno, Kíos, Lesbos y Mesina, marcaron un estilo de prodigalidad muy difícil de superar.

EL FINAL DE CÉSAR

Los territorios bajo dominio romano alcanzaron tal extensión que el gobierno que los regía no fue capaz de adaptarse a su crecimiento. Roma empezó siendo una pequeña ciudad, y el mismo gobierno que la dirigía se vio en la tarea de gobernar enormes dominios. Podían votar solo los que habitaban en Roma, y gran parte del poder estaba en manos del Senado, que representaba los intereses de solo una reducida clase de la sociedad.

Tal vez nos sorprenda que los romanos no pensasen en un sistema de gobierno representativo, nombrando a personas que representasen a quienes vivían fuera de Roma, y así frenaran el poder ilimitado del Senado. Pero debemos recordar que los medios de comunicación de la época eran lentos, y tardarían semanas, tal vez meses en realizar su viaje.

Así que cuando analizamos los sistemas de gobierno que hubo en Roma no debemos comparar entre Monarquía y República, sino entre un gobierno eficaz y honesto y otro ineficaz y deshonesto. La mejor manera de lograr un gobierno no eficiente y honesto era concediendo el mando a alguien eficiente y honesto, que tuviese suficiente energía y capacidad para dominar a otros hombres haciéndolos igual de honestos que él mismo. Julio César no era ideal para tal fin. Sin embargo, fue uno de los hombres más capaces de la historia de Roma. Por encima de todo, quería ver Roma bien gobernada, y para ello necesitaba afirmarse en el poder. No veía otro camino. Puesto que era dictador vitalicio, poseía

todo el poder, pero quería ser rey. La ventaja de ser rey estaba en que podría ser sucedido por un hijo o pariente cercano, mientras que como dictador se produciría, a su muerte, otra lucha por el poder.

Ya solo ante la palabra rey los romanos sentían horror, pues pensaban en los Tarquinos. Desde niños, los romanos aprendían en la escuela la historia de Roma y diferenciaban entre los malos reyes y los buenos magistrados. Aprendían a detestar la Monarquía y ver la República como la mejor forma de gobierno. Poco a poco se fue gestando entre la gente una fuerte oposición a César.

Las magistraturas propiamente dichas entraron gradualmente bajo la tutela de Julio César. Nombrado dictador a finales del año 49, César presidió las designaciones que hizo el pueblo para el año 48; no presentaron candidatura más que aquellos que fueron previamente autorizados por él. Así pues, ya se dibujaban las condiciones anormales de lo que iba a llegar a ser el orden nuevo. En el año 48, la ausencia del cónsul entorpeció, conforme a la regla, el funcionamiento de los comicios de centurias. El año 47 empezó sin cónsules ni pretores, ni tampoco cuestores. Esta irregularidad alertó a la población, que veía en la actitud autoritaria de César un peligro inminente.

Algunos, pertenecientes al viejo partido senatorial, identificaban las reformas de César con la destrucción de viejas tradiciones romanas. Otros simplemente tenían miedo de un nuevo retorno de la monarquía. Al ver cómo el pueblo veneraba a su César como a un dios, temieron que se despertaran viejas formas de ejercer el mando.



Moneda, acuñada el 54 a.C., de Marco Junio Bruto, descendiente de Junio Bruto, considerado libertador de Roma por haber dado muerte al último rey, Tarquino el Soberbio. Bruto fue lugarteniente de César en la Galia y comandante de su flota en Marsella (49 a.C.).

Entre los que conspiraban contra César estaba Marco Junio Bruto, sobrino de Catón el Joven, y del bando de Pompeyo. Cuando Bruto fue hecho prisionero en Grecia, durante la batalla de Farsalia, César lo perdonó y lo liberó.

Antes de marcharse a África para combatir con las fuerzas de Catón, César puso a Bruto al frente de la Galia Cisalpina. Mientras Catón se suicidaba para evitar someterse a César, su sobrino estaba colaborando con César en el Valle del Po.

Cuando César volvió de España, Bruto se casó con su prima, Porcia, hija de Catón, y César lo nombró para un alto cargo en Roma. Luego, Bruto se unió a la conspiración contra César, tal vez porque sospechaba de sus pretensiones de convertirse en rey.



Busto de Julio César. Parece ser que Calpurnia, la esposa de César, tuvo un mal sueño y le suplicó que no acudiese al Senado, pero fue inútil. César llegó a dudar, pero Décimo Bruto lo convenció de que su prestigio estaría en juego si se quedaba en casa. Así que César se dirigió al Senado al encuentro de su muerte.

Otro de los conspiradores fue Cayo Casio Longino, que había luchado junto a Pompeyo. Él fue el cabecilla de la conspiración. Otro conspirador fue Décimo Junio Bruto, uno de los generales de César en la Galia, a quien este incluso había nombrado uno de sus herederos. Por último, Lucio Cornelio Cinna, hermano de la primera mujer de César.

En febrero del año 44 a.C. los conspiradores pensaron que debían apresurarse. Ya César estaba tanteando el terreno para ver cómo caía al pueblo romano la idea de la monarquía. En una fiesta celebrada a mitad de febrero, Marco Antonio, fiel amigo de César, le ofreció una diadema como símbolo de la monarquía. Siguió un tenso silencio, y César la rechazó diciendo: “Yo no soy rey, sino César”. Siguieron aplausos.

Pero los conspiradores sabían que César lo intentaría de nuevo. El Senado había sido convocado para el 15 de marzo, y todos sabían que ese día César trataría de proclamarse rey, pues en breve marcharía más allá del Adriático para emprender una campaña contra los partos.

Parece ser que su esposa Calpurnia tuvo un mal sueño la noche anterior, y suplicó a César que no acudiese al Senado, pero de nada sirvió su ruego. Es cierto que César llegó a dudar de si ir o no,

pero lo visitó Décimo Bruto, y este lo convenció de que su prestigio estaría en juego si se quedaba en casa. Así que César se dirigió al Senado.

Cuando se acercaba al Senado, alguien puso en su mano un mensaje en el cual se delataba la conspiración, pero César no tuvo ocasión de leerlo. Los conspiradores lo rodearon. Marco Antonio, el único que lo hubiese podido proteger, fue llamado aparte por uno de los conspiradores para desviar su atención. En un rápido movimiento, todos se abalanzaron contra César, y le asestaron 23 puñaladas. Antes de morir reconoció a Marco Junio Bruto. Y sin que importe mucho averiguar si ciertamente dijo “¿Tú también, Bruto?”, César cayó herido de muerte en un charco de sangre en las escaleras del Senado, a los pies de la estatua de Pompeyo. Precisamente de Pompeyo.

Muerto César, Bruto se levantó de un salto blandiendo un puñal manchado de sangre, y gritó a los senadores que él había salvado a Roma de un tirano. Después de un revuelo y gran confusión en toda Roma, Marco Antonio recuperó la calma y actuó con frialdad. Cogió los tesoros que César había reservado para la campaña militar que estaba a punto de emprender, y convenció a Calpurnia de que le entregase los documentos de César.



La muerte de César, por Jean-Léon Gérôme, 1867. Nos muestra a César con la cabeza discretamente cubierta, yacente a los pies de una estatua de su antiguo enemigo, Pompeyo.

Los asesinos, mientras tanto, hacían lo posible para convencer a Cicerón de que reorganizase el gobierno. Entre todos llegaron a un compromiso, para evitar una guerra civil. El Senado ratificaría todas las reformas emprendidas por César, y se consideraría válido el testamento de César. A cambio, se asignarían provincias a los conspiradores, lo cual era sinónimo de poder y también distanciamiento de Roma.

Hechos estos acuerdos, se realizó un funeral público a César, en el cual Marco Antonio pronunció una oración fúnebre. Relató las hazañas de César y leyó su testamento, en el cual donaba sus jardines para uso público; daba un donativo a cada ciudadano romano, que consistía en una cantidad de dinero. Este gesto conmovió profundamente al pueblo.

Marco Antonio siguió describiendo las heridas que César había recibido como recompensa de toda su grandeza y generosidad, y entonces el público clamó venganza contra los conspiradores. Por el momento, Marco Antonio se había convertido en el amo de Roma, al agitar a la multitud elogiando a un personaje que (él lo sabía) dividía las opiniones

Mientras tanto, llegaba a Roma un joven de 17 años llamado Cayo Octavio. Nieto de Julia (la hermana de Julio César), Cayo Octavio era sobrino nieto del dictador desaparecido. Puesto que César no tenía hijos, Octavio era su heredero natural.

Octavio era un joven enfermizo y poco dotado para la guerra. Por ello, cuando César preparaba su campaña contra los partos ordenó a Octavio que se trasladase a Apolonia, ciudad situada al sur de Dirraquio, donde pudiera completar sus estudios.

Estaba allí cuando le notificaron el asesinato de César, y enseguida marchó hacia Italia. Su llegada no gustó a Marco Antonio, quien se consideraba el heredero del dictador. Y no deseaba compartir el poder con un joven débil y enfermizo. Según el testamento de César, Marco Antonio adoptaría a Octavio como hijo. Y este pasó a llamarse Cayo Julio César Octaviano.



Busto de Marco Antonio (83-30 a.C), militar * competente y político hábil, que formó con Octavio y Lépido el Segundo Triunvirato. Antonio, sin embargo, no mostraba una gran capacidad como administrador y tenía cierta debilidad por la buena vida. Hizo que Octavio ordenase la muerte de Cicerón, su enemigo.

Pero Marco Antonio empezó a incomodarse cuando vio que las tropas sentían simpatía por Octavio, tal vez porque les recordaba a César. Así que decidió actuar y ganarse el apoyo del pueblo, a través de victorias militares. Estando fuera los conspiradores, cada uno en su provincia respectiva, eligió a Décimo Bruto como primera víctima, pues se encontraba en la provincia más cercana a Roma.

Aún no había tenido tiempo de dar su primer paso, cuando el Senado declaró a Marco Antonio enemigo público, tras escuchar las razones de Cicerón y del propio Octavio que lo acusaron de querer actuar contra Roma. El Senado envió un ejército en su búsqueda. Y enseguida fue apresado.

Con ello, Octavio había frustrado la oportunidad para Marco Antonio de ganar gloria militar, y el ejército quedó a su mando. Volvió a Roma y convenció al Senado para que ratificase su condición de hijo adoptivo de César. Inmediatamente se hizo nombrar cónsul. Con este cargo, pudo actuar contra los conspiradores. Primero se dirigió a la Galia Cisalpina para enfrentarse a Décimo Bruto, cuyos

soldados abandonaron al ver quién se acercaba y lo dejaron solo ante Octavio, que lo mató.

Mientras tanto, Marco Bruto y Casio estaban reuniendo hombres y dinero en sus provincias respectivas con el fin de adquirir poder. Octavio y Marco Antonio luchaban entre sí, sin darse cuenta de que sus enfrentamientos les quitarían poder. Lépido intentó unirlos a ambos en un encuentro organizado en Bolonia, en el norte de Italia. Así surgió el Segundo Triunvirato formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido.

Octavio abandonó el Senado, dejando así a Cicerón en una situación adversa puesto que lo había defendido con sus discursos encendidos contra Marco Antonio. Y ahora veía cómo ambos se unían contra él. Cicerón huyó de Italia, pero fue alcanzado en su huida. Una vez asentados en Italia, los triunviros fueron a por Bruto y Casio. Se enfrentaron a ellos en una batalla que se libró en Filipos, al norte del mar Egeo. Ni Bruto ni Casio pudieron superar las fuerzas de sus rivales, y ambos se suicidaron.

Los triunviros ahora dominaban Roma, y el partido senatorial estaba acobardado por el terror. Los tres decidieron separarse, para ejercer individualmente su poder en áreas distintas. Lépido recibió el Oeste, Antonio el Este, y Octavio se quedó en Roma.

Marco Antonio se dirigió hacia Egipto, que era aún la nación más rica del mundo mediterráneo. Desde que César había puesto a Cleopatra y su hermano menor en la posesión conjunta del trono, Egipto estuvo en calma. Al poco tiempo, cuando su hermano menor cumplió catorce años y exigió una participación en el gobierno de su país, Cleopatra le respondió rápidamente. Le hizo envenenar, para gobernar ella sola.

Marco Antonio pidió a Cleopatra que acudiera a Tarso, donde se encontraba, al sur de Asia Menor. Cleopatra llegó en la barcaza real con la intención de persuadirle de que todo lo que ella había hecho era correcto; tenía entonces veintiocho años, y una capacidad de seducción fuera de lo común. Como resultado de sus encantos, Marco Antonio decidió que Cleopatra no estaba obligada a pagar tributo. De vuelta a Alejandría, viajaron juntos disfrutando del amor, de los placeres del ocio y de los beneficios de la buena compañía.

Entretanto, la esposa de Marco Antonio estaba furiosa. Fulvia, una mujer de mucho carácter, temía que Octavio gobernara sobre todos los dominios romanos, y además estaba enfurecida por las vacaciones que su esposo se hallaba disfrutando junto a Cleopatra.

Así que Fulvia convenció a un hermano de Marco Antonio para que reclutase un ejército y marchara contra Octavio. Deseaba debilitar la fuerza de Octavio y obligar a Antonio a enfrentarse a él. Fulvia murió y no pudo ver el resultado de esta lucha. Los triunviros decidieron reunirse y distribuir de nuevo los dominios romanos. Marco Antonio conservó el Este, Octavio se quedó con Italia, Galia y España. Lépido tuvo que conformarse con África. Traiciones y venganzas impidieron la armonía entre los triunviros, y las tropas de Lépido se pasaron al bando de Octavio, que pronto se

erigió en amo de Occidente. A partir de ahora, solamente Marco Antonio podía disputarle el poder. Sin embargo, esta no parecía tarea fácil, sobre todo porque su único interés por el momento estaba en Cleopatra y en Alejandría. Cuando por fin tuvo que emprender una campaña militar, contra los partos, su éxito fue escaso. No consiguió derrotarlos, y volvió a Alejandría con su reputación militar disminuida. Octavio, por el contrario, llegaba a la cúspide del poder en Occidente.

Octavio comprendió que era el momento para enfrentarse a su rival, el único que le quedaba. Entre el pueblo romano gozaba de máxima popularidad, pues había conseguido eliminar los actos de pillaje en Italia, había restablecido la paz y la prosperidad, y sus edificaciones en Roma eran muestras más que suficientes de su valía como gobernante juicioso y amante de Roma. En el año 38 a.C. se casó con Livia, matrona romana de gran valía y sensatez, que aconsejaba a su esposo en todo lo relativo a sus acciones políticas.

Al pueblo romano le pareció que Antonio había descuidado sus obligaciones como gobernante del Este, y le reprocharon su tiempo junto a Cleopatra. Corrieron rumores de que estaba prometiendo a Cleopatra todo lo que esta le pedía, incluso el gobierno de Roma.

Marco Antonio tenía planes de boda con la reina de Egipto, y esta noticia llegó a oídos del pueblo romano, que reaccionó furibundo contra la reina que más odiaban. Entre todos, pidieron al Senado que declarase la guerra a Marco Antonio. Dado que Egipto poseía una gran flota naval, Cleopatra aconsejó a su amante que presentase batalla por mar, pues sus barcos eran mucho más grandes y más numerosos que los romanos.

La batalla empezó el 2 de septiembre del 31 a.C., frente a Accio, promontorio de la costa meridional del Epiro.

La victoria de Octavio fue debida, tal vez, al menosprecio del rival grande ante el pequeño. Infravalorar la capacidad del enemigo costó, en este caso, un alto precio. Presa del pánico al ver cómo avanzaban los barcos de Octavio, Cleopatra huyó, y Marco Antonio corrió tras ella en lugar de seguir luchando con sus hombres. Así llegó la derrota para los dos amantes. Ambos huyeron a Alejandría, esperando que Octavio se presentase algún día. Y así fue, en efecto. El 1 de agosto del año 30 a.C. Octavio entró en Alejandría, y Marco Antonio se suicidó.

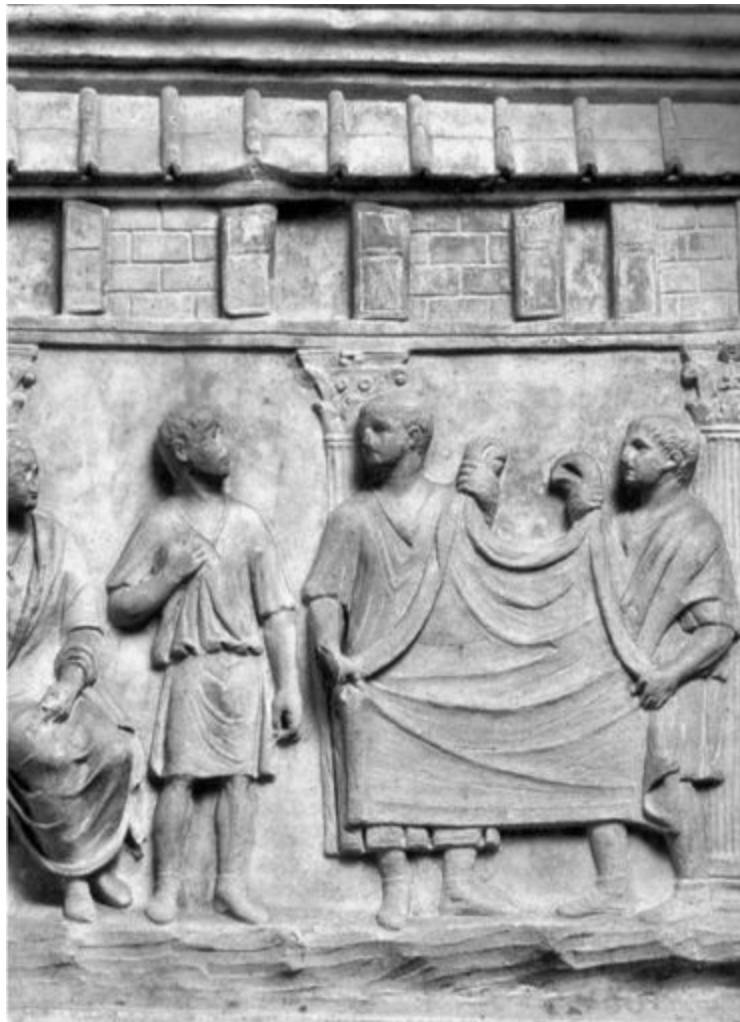
Cleopatra intentó seducir a Octavio con sus mejores artes, pero no lo consiguió. Tuvo que enfrentarse a acompañar a Octavio a Roma, como parte del botín. Antes que soportar tal humillación, la soberbia reina de Egipto hizo lo que todo el mundo ya sabe, suicidarse. Cómo ocurrió realmente es algo que nunca se sabrá. La tradición dice que recurrió a la picadura de una serpiente venenosa. Cleopatra ha quedado inmortalizada en un halo de misterio, tanto por su vida como por su muerte. Y Egipto se convirtió en provincia romana.

Habían transcurrido cien años desde los intentos de reforma de Tiberio Graco. Cien años de política convulsa y cuatro guerras civiles. Numerosos personajes habían contribuido a inmortalizar el nombre de Roma, y ahora Octavio simbolizaba el principio de una nueva era. Sin enemigos que temer, Octavio era dueño absoluto del mundo. El 11 de enero del año 29 a.C., el templo de Jano cerró sus puertas. Por fin, eran tiempos de paz.

Las guerras civiles no habían logrado minar los cimientos de la vida social y económica del pasado. Las mismas suntuosas villas con sus pórticos de mármol, rodeadas de frondosos parques, resplandecían en las colinas y en las costas del Lacio, Etruria y Campania. Las mismas granjas modelos, explotadas según el sistema capitalista y organizadas al modo helenístico con una densa población de esclavos que trabajaban en los viñedos, en los olivares, en las huertas, bajo la vigilancia de capataces, se esparcían por toda la Italia central y meridional. Los propietarios de estas villas rústicas eran los grandes capitalistas de Roma y los miembros de la rica burguesía municipal. Los ricos terratenientes poseían fincas tan extensas que podían prometer la concesión de parcelas a millares de soldados sin tierras, que aseguraban así su sustento en tiempos de paz. Pompeyo había llegado a afirmar que le bastaba golpear el suelo con el pie para hacer brotar de él millares de soldados.

La ciudad mayor y más rica era, sin duda, Roma. Los hermosos palacios de los poderosos magnates romanos, senadores y caballeros, se alzaban en los mejores sitios. Los negocios se concentraban en las reuniones diarias de la Bolsa, situada junto al templo de Cástor, en el Foro.

Desde el punto de vista político, el Estado romano era un Imperio regido por un cuerpo gobernante de ciudadanos ricos y nobles, miembros del Senado. Las provincias eran consideradas como predios de esta comunidad gobernante. Dentro de la comunidad, la estructura del Estadociudad subsistió casi intacta, con solo leves modificaciones. Desde el punto de vista social, la comunidad estaba estructurada así: la clase gobernante era más bien escasa, y sus miembros residían en la ciudad de Roma. Una nutrida e influyente clase de hombres de negocios y terratenientes formaba, con los senadores, la clase superior en Roma y en las ciudades de Italia. La clase trabajadora se componía de pequeños comerciantes y artesanos en las ciudades; de esclavos, en las oficinas; de pequeños agricultores en el campo, y de una multitud constantemente creciente de esclavos en las fincas rústicas de la burguesía terrateniente.



El comercio en Roma se basaba fundamentalmente en artículos de consumo cotidiano: alimentos, tejidos, materias primas para la construcción... Este relieve en mármol del año 55 a.C. muestra a unos comerciantes de paños mostrando su mercancía a los clientes. Galería de los Ufficci, Florencia.

Dentro del Estado romano se desarrollaba un libre intercambio de mercancías. El sector mercantil más importante no era el comercio de objetos de lujo, sino el intercambio de artículos de primera necesidad: trigo, pescado, aceite, vino, cáñamo, lino, lana, maderas de construcción y metales. De los lugares más remotos venían otros alimentos y materias primas. Los negocios financieros y las operaciones bancarias constituían casi exclusivamente un privilegio de Italia, ya que la mayor parte del dinero estaba concentrada en manos de los capitalistas romanos.

TRANSFORMACIONES DE LA FAMILIA ROMANA

A finales del siglo I, la familia romana empezó a transformarse, pues en lugar de tener en cuenta tan solo los lazos jurídicos se comenzó a tomar en consideración también al parentesco por la sangre, llamado cognación. Anteriormente, lo que unía a los miembros de una familia era un vínculo jurídico y no un vínculo natural; es decir, el hecho de estar todos situados bajo la misma patria potestad. Podían ser miembros de una misma familia, bien por nacimiento, bien por adopción. Y el parentesco solo se transmitía por línea masculina, lo cual se conoce con el nombre de agnación. Los niños, por ejemplo, no estaban ligados a la familia a través de la madre.

A partir de ahora, sin embargo, los miembros de una familia empiezan a estar unidos por cognación, es decir, por los lazos del parentesco natural, masculino o femenino.

Otro rasgo de la familia romana fue su disgregación. Ahora la familia tendió a desmenuzarse. Empezaba la época del individualismo. La familia, que solo era una institución de Derecho privado, perdió su cohesión y su valor jurídico. La patria potestad conservaba su estructura jurídica, pero iba perdiendo su fuerza moral. Y el derecho de abandonar a los hijos recién nacidos no deseados desapareció progresivamente. El patrimonio dejó de ser familiar. Ya no había copropiedad familiar, sino que la noción de patrimonio se hizo individual. De este modo, el padre podía tener patrimonio, pero también el hijo (aunque solo en forma de peculio, esto es, en forma de conjunto de bienes sobre los cuales el padre conservaba la propiedad).

El matrimonio perdió consistencia al mismo tiempo que la familia. Tendió a desaparecer el matrimonio *cum manu*, según el cual la recién casada pasaba a ser propiedad del marido. A partir de ahora, la mujer casada sigue permaneciendo dentro de su familia de origen. Y las condiciones requeridas para poder divorciarse ya no son tan rigurosas. Antes, una mujer solamente podía pedir el divorcio en casos extremos en los que el marido fuese un asesino o un violador de tumbas. Ahora, basta con manifestar la voluntad de divorciarse.



En Roma la meta fundamental del matrimonio era conseguir descendencia legítima, como muestra este relieve de un sarcófago del siglo II d.C.

La mujer empezó a tener independencia, y podía celebrar negocios jurídicos sin la autoridad de su tutor. Todo esto, sin embargo, no deja de ser un escaparate superficial de una realidad que siempre mantuvo sus raíces bien firmes. Y era, nada más y nada menos, la convicción de que la mujer era *infirma sexus*, es decir, persona de sexo débil y expuesta a la *imbecillitas*, lo cual equivale a decir que era de poco fiar y de carácter variable. De hecho, hubo muchos hombres que jamás aprobaron el hecho de que se pudiera ver a una mujer sola en el foro, o atreviéndose a opinar en público.

LA EDUCACIÓN PARA SER CIUDADANOS

Lo primero que hacía un padre al nacer su hijo era levantarlo en alto, si lo reconocía como hijo legítimo. En caso contrario, significaba que no lo reconocía como tal, y por lo tanto el recién nacido

quedaba expuesto a que otro lo recogiera. Si el padre tenía demasiados hijos o escasos medios para criarlo, era libre de exponerlo.

Delante del templo de la Piedad había en Roma una columna, al pie de la cual se depositaban estos niños abandonados. Lo habitual era que los recogieran personas sin escrúpulos para su explotación. Las casas de prostitución, los tugurios de mendicantes y comerciantes de esclavos manejaban en su beneficio estas criaturas. Afirmaba el propio Séneca: “Los fetos monstruosos, e incluso a los hijos, si nacen débiles o contrahechos, los hacemos desaparecer; y no es ira sino razón el seleccionar lo sano de lo inútil”.

No hay que correr, la prisa retrasa muchísimo... He aquí el lema de la educación entre los romanos. El aprendizaje pausado, progresivo, lento, constituía la primera fase de la educación de los niños en Roma, siempre en contacto con la madre como principal transmisora de los valores tradicionales. Lectura y escritura, cálculo y música, conformaban las primeras etapas del aprendizaje. Todo ello, ejercitando la memoria de una manera tenaz y persistente. La repetición era, en opinión de los pedagogos, la madre de todo aprendizaje.

En cuanto a la disciplina, estaba muy mal visto el uso de la fuerza y de los azotes. El resultado de la violencia no hacía sino generar miedo y aversión hacia el maestro. Los padres eran partidarios de educar a sus hijos en el hogar familiar en sus primeros años de vida. Con el tiempo, se vio la necesidad de poner a los niños en contacto con otros ya en edades tempranas, con el fin de facilitar su sociabilidad. En el siglo V a.C. se abrieron las primeras escuelas, en las cuales la enseñanza de la gramática y de la aritmética ocupaba un lugar esencial. Saber leer y contar eran las dos habilidades imprescindibles para un romano, siempre partidario de aprender las cosas prácticas de la vida.

La educación familiar terminaba a los 17 años, oficialmente con la toma de la toga viril y la presentación del joven en el foro. Antes de emprender su servicio militar dedicaba un año al conocimiento del foro, para familiarizarse con los problemas de la ciudad y aprender el trato con la gente. En esta experiencia ya no iba acompañado del padre, quien anteriormente se había encargado de enseñar a su hijo la importancia de un buen comportamiento en la vida pública. A los 17 años, un hijo había aprendido en su casa la importancia de los valores morales, que debía poner en práctica para servir a la patria, aunque en ello le fuera la vida.

El romano, siempre acostumbrado a considerarse como miembro de una familia, de un Estado, no se vio nunca como un individuo sino como parte de una comunidad. El joven romano, además de un gran respeto y amor a la tradición nacional, patrimonio de todos los romanos, se sentía ligado íntimamente por los vínculos de las tradiciones de su familia. El padre mostraba a sus hijos las imágenes de todos sus antepasados, les contaba sus gestas militares, sus logros cívicos, los cargos públicos que habían desempeñado, y todo ello con el orgullo que suponía poder comprobar que su familia había servido a la patria.

Los desfiles de las imágenes de los antepasados de cada familia en las pompas fúnebres no eran simplemente manifestación de la vanidad familiar u ostentación de lujo, sino una bella lección de

historia de Roma y un ejemplo estimulante de patriotismo para la juventud.

Una de las características más notables del carácter romano era su *pietas*, concepto difícil de traducir como ya hemos indicado anteriormente, pues no se corresponde con la piedad tal como la entendemos actualmente. La *pietas* era una mezcla de responsabilidad patriótica frente a los gobernantes y a los dioses por igual. Era, en suma, la exaltación del deber de un buen ciudadano.



Ciudadano dictando testamento. Esta era la forma más habitual de conceder la libertad a los esclavos de la casa. Museo de la Civilización Romana. Roma.

LA VESTIMENTA Y EL CUIDADO PERSONAL

Los romanos vestían de una forma bastante más sencilla que hoy en día, y no hacían mucha distinción entre el vestido de invierno y verano. Los tejidos más usados eran de lana. Lana cardada, hilada y tejida en casa por las esclavas, bajo la dirección de la señora. La lana se producía finísima en diversas partes de Grecia, como en el Ática, donde empezó a trabajarse, y cuyas ovejas constituían su mayor riqueza. A Roma llegaba también mucha lana de Sicilia, Calabria y Apulia. En Pompeya se trabajaba mucho la lana en diversos talleres y tintorerías de púrpura.

La lana la usaban los hombres, pero las mujeres preferían el lino, especialmente para las túnicas. Después de las guerras púnicas llegaron a Roma lanas de las Indias orientales, equivalente a nuestro algodón que los romanos llamaban *carbasus*. De este algodón se hacían vestidos finos y elegantes, se mezclaban con hilos de oro y plata. En cuanto a la seda, solo se importaba en hebra o en capullos; una vez devanada y teñida se tejía en combinación con el hilo o con el algodón. La seda pura entró en Roma mucho más tarde. Los romanos no conocieron el raso ni el terciopelo, pero sí eran aficionados a usar telas riquísimas con fibras de seda y de oro. Los bordados de oro se empleaban en los tapices, en los cortinajes, en las colchas, en los vestidos del general triunfador, en los galones de las túnicas y como adornos de algunos vestidos de las mujeres.

En el calzado podemos distinguir entre sandalias, zuecos y zapatos. Las sandalias eran un trozo de piel que cubría la planta y protegía el pie mediante unas correas. Los zuecos romanos diferían poco del tipo de zueco que conocemos actualmente. Y el zapato, solía ser una bota hasta la mitad de la pierna, igual para hombres que para mujeres pero de distintos colores y con hebillas de distintos tamaños.

Los guantes eran ya conocidos por los romanos, quienes los tomaron de los griegos, y estos a su vez de los persas. Igual que hoy, los guantes eran utilizados tanto para resguardarse del frío como para proteger las manos en los trabajos del campo.

El cuidado del pelo y de la barba no tenía entonces ni muchísimo menos la importancia que tiene hoy. Los romanos dejaban crecer libremente la cabellera y la barba, excepto cuando, en señal de luto, la cortaban. El primero que empezó a afeitarse todos los días fue Escipión Emiliano, y sentó un precedente de moda que muchos imitaron. El primer gran romano que aparece afeitado en las monedas es Claudio Marcelo, el conquistador de Siracusa. Poco a poco prevaleció la costumbre de que los hombres se afeitaran y los jóvenes dejaran crecer la barba hasta que, si era muy larga, la cortaban. La primera barba se consagraba a Apolo o a Júpiter. Era como salir de la adolescencia y entrar en la virilidad.

Pero en cuestiones de cabellera y de barba, también Roma pasó por distintas modas. Al principio, la barba se cortaba en señal de luto; más adelante, ocurrió lo contrario. Cuanto más larga se dejaba la barba, más se mostraba la intensidad del dolor.

Las mujeres romanas nunca llevaron el pelo corto. La cabellera era señal de feminidad; en siglos posteriores, incluso llegó a estar prohibido que las mujeres se cortaran el pelo, pues según algunas leyes imperiales era la señal de distinción por excelencia y de sumisión al hombre.

Los romanos daban una importancia enorme a la cabellera femenina. Y se conservan muchísimos poemas de autores latinos dedicados a la belleza del cabello de una mujer. El tiempo dedicado diariamente a hacerse rizados, bucles, trenzas, moños, todo ello combinado con cintas de seda y de púrpura, constituía parte fundamental del cuidado personal de las mujeres.

LA PAZ ROMANA Y EL FINAL DE LA REPÚBLICA

No cabe duda del avance conseguido por Roma, en el plano social, a finales del siglo I a.C. Después de siglos de guerras, toda la región mediterránea iba a tener siglos de paz, el más largo período de paz que hubo en el mundo occidental, antes o después. Con razón, fue llamado este período de Octavio el de la Paz Romana. Pero todo tiene un precio. Y el altísimo valor que tenía el consenso de dos colegiados que actuaban a la paz, siempre de común acuerdo, y que fue precisamente lo que dio tanta fama a la República, dejó de existir. A partir de ahora, la única palabra con fuerza de ley sería la de Octavio.

Los años entre 509 –inicio de la República– y 500 representan un hito muy claro en la historia de las instituciones con el establecimiento de una forma de gobierno sustentado en tres poderes (senado, magistrados, pueblo romano) y el abandono de los ritos y fórmulas mágicas en la aplicación del Derecho. La crisis social había sido provocada por el capitalismo y por la modificación de las

estructuras económicas. La crisis política surgió con el cambio que sufrió Roma al pasar de ciudad a Estado, una crisis de crecimiento decisiva para la historia occidental, puesto que desembocó en el concepto de Estado, algo que no se había dado en ninguna otra parte del mundo y que dominó, a partir de entonces, toda la civilización occidental.

Continuó la afluencia de riquezas a Roma, que trajeron consigo inevitables modificaciones. Durante un tiempo estas riquezas sirvieron para costear los gastos de la guerra y de las obras públicas, pero después fomentaron el lujo imparable. La riqueza empezó a convertirse en un instrumento de poder. Era utilizada, entre otras cosas, para obtener cargos y magistraturas. Las elecciones resultaban muy caras, y una forma segura de ganarlas era ofreciendo espectáculos al pueblo, que costaban muchísimo dinero al bolsillo de los candidatos.

Uno de los principales fenómenos entre los que se produjeron a lo largo de la República fue la desaparición de las clases medias, que eran las que soportaban todo el peso de los conflictos bélicos; como consecuencia de ello, se vieron diezmadas y arruinadas por la guerra, así como por la transformación agrícola. El trigo llegaba a Roma procedente de todo el Imperio; así que era inútil cultivarlo. Y los precios subieron tanto que el pequeño propietario romano quedó arruinado. A su vez, al no disponer de un gran capital, este no pudo entrar en el juego del capitalismo financiero comprando acciones. Como consecuencia de esta falta de competitividad, fue expulsado del circuito económico.

Los conflictos políticos, la demagogia de Mario, el enfrentamiento entre Mario y Sila, la monarquía de Sila y la revolución de César fueron consecuencia no de una crisis moral o política sino de una necesidad política interna. Las instituciones de la República ya no eran suficientes para la dirección del Estado. La única asamblea del pueblo reunida en Roma no podía absorber a todos los nuevos ciudadanos, extendidos a lo largo de toda Italia.

Por otro lado, el Senado seguía siendo poderoso, pero debía utilizar la fuerza contra el pueblo, contra los nobles caballeros y contra los jefes militares. Todo ello, en definitiva, excedía la capacidad organizativa de una simple ciudad.

Roma subsistía gracias a las fuentes económicas que le proporcionaba su territorio extensísimo. La República nacida en Roma solo era posible bajo tres condiciones: una extensión territorial relativamente pequeña, una política no imperialista y un equipo político coherente. La condena de la República, que antaño fue envidia de los vecinos griegos, estaba precisamente en su imperialismo. La expansión territorial necesitaba el crecimiento del poder central, autoritarismo y centralización. Un vasto imperio como el conquistado por Roma debía ser compacto y descansar sobre una base muy amplia. Sin embargo, la ciudad de Roma no respondía a estas exigencias.

La nueva situación parecía abocada sin remedio a implantar una supresión de libertades, un camino que ya no ofrecía posibilidad de retorno. La agitación social del siglo I a.C. iba encaminada hacia este objetivo. Se empezó a elaborar la doctrina del Estado como persona jurídica abstracta, independiente de los elementos materiales o de las personas, y capaz de una extensión y de una

duración indefinidas. El Estado tuvo, por vez primera, derechos, organismos y un poder exactamente iguales a los de una persona: el Estado era una persona moral. El Principado, llamado así porque la figura central era el *princeps*, “primera cabeza”, desarrolló este carácter del futuro Estado y dio cohesión y fuerza al Imperio.

Desde el punto de vista administrativo, César unificó el sistema municipal en Italia, transformando a Roma en verdadera capital. La Galia Cisalpina fue estrechamente ligada a Roma y se constituyó una vía de apelación de las jurisdicciones municipales a las romanas. A partir de este momento, el Estado quedó realmente constituido. La *urbs* ya no era la base del Imperio, sino que este estaba dirigido por un poder cuya sede se encontraba en Roma, en cuanto capital del Imperio. Roma ya no era vista como una ciudad conquistadora, sino como la capital de un gran Imperio. César multiplicó el número de colonias que fundó a través de todo el Imperio según un vasto plan, enviando a ellas el exceso de población, transformando así en colonos a 80.000 habitantes de Roma, como medida para luchar contra la superpoblación y la miseria. Por medio de su ley agraria, reguló las asignaciones del *ager publicus*; en adelante, un proletario padre de tres hijos podía recibir un lote de tierra del Estado de dos hectáreas y media en los lugares más fértiles de Italia. Estableció de este modo a veinte mil familias de Roma. Para hacer aplicar estas leyes, organizó una comisión agraria que tenía plenos poderes y jurisdicción. Y transformó las distribuciones de trigo en verdaderas obras de beneficencia, reservando para los pobres dichos repartos gratuitos. Instituyó también premios en favor de los padres de familias numerosas.

Julio César ha quedado inmortalizado en la historia como el más flexible y el más vigoroso de los demiurgos políticos; para conciliar la cultura helenística y la disciplina romana, la dominación de uno solo y la vitalidad de las repúblicas municipales, la anexión total de Oriente y la asimilación de los súbditos del pueblorrey, César supo realizar la mayor revolución de la antigüedad, una de las más eficaces de la historia. Creó los fecundos elementos de aquel “Imperio” (ya incipiente), al que los antiguos debieron varios siglos de bienhechora paz, y cuyo recuerdo pesa desde entonces en el destino de los hombres.

TRANSFORMACIONES JURÍDICAS

Durante el período de constitución del Estado, en medio de las agitaciones políticas, el Derecho sufrió en su conjunto una profunda evolución bajo el impulso del pretor. Todo magistrado tenía derecho a dirigirse al pueblo; en general, al principio de su entrada en el cargo, un magistrado, en una especie de programa, indicaba cómo se proponía cumplir sus funciones. Para ello se reunía al pueblo en una asamblea informal en la cual el magistrado pronunciaba su edicto (una especie de proclama). Las decisiones contenidas en dichos edictos no eran leyes, pero eran obligatorias en virtud del mando que poseía el magistrado. El edicto se redactaba en tablas de madera blanca, llamadas *album*, y era publicado en el Foro.

A finales del siglo II, todo el procedimiento jurídico sufrió importantes transformaciones hacia la simplificación. El pretor creó fórmulas nuevas para responder a las necesidades de la práctica y

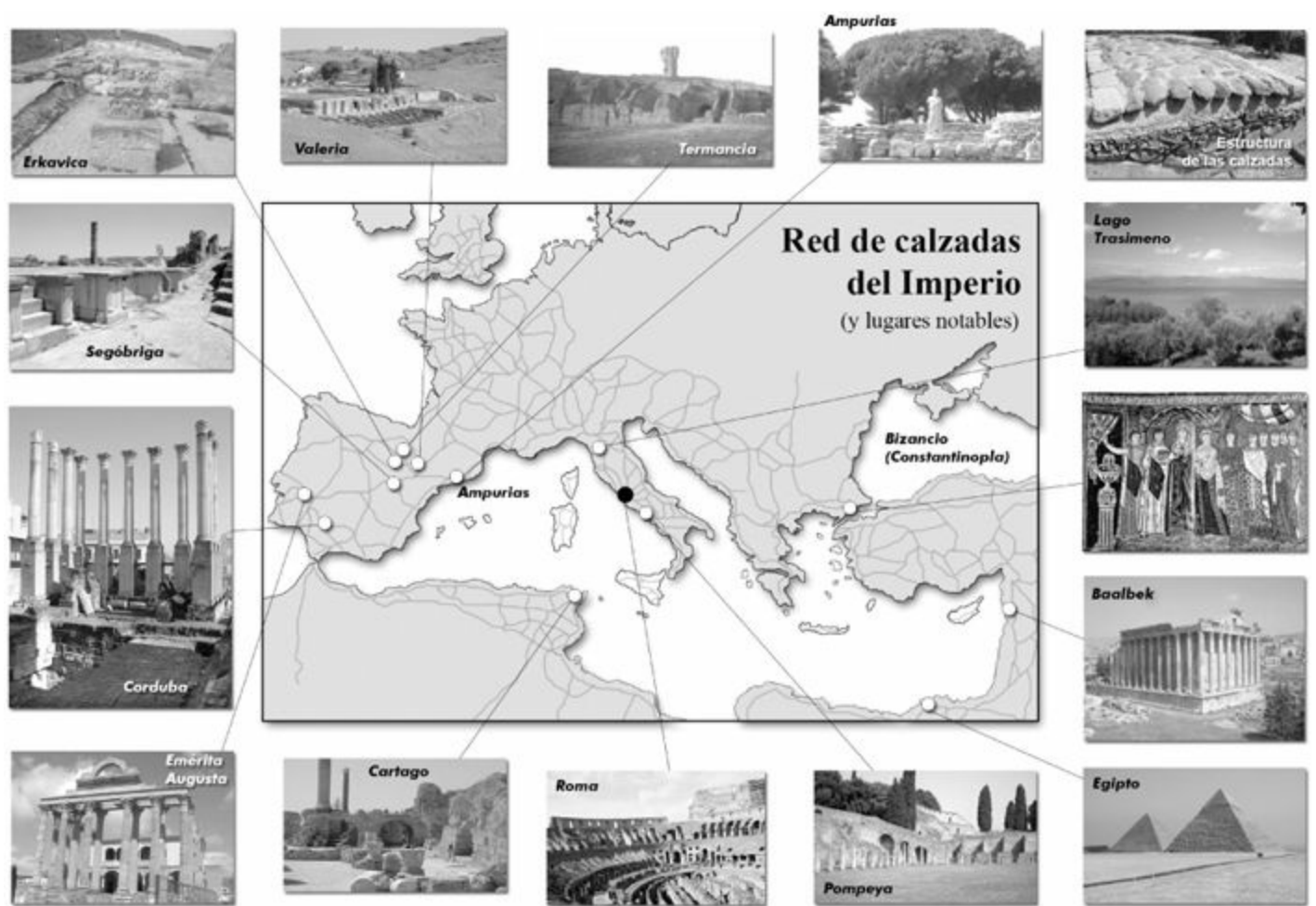
tenía poder para paralizar un derecho fundado sobre la ley, pero manifiestamente injusto. Se eliminó, por lo tanto, la rigidez y la formalidad excesiva de períodos anteriores. Progresivamente, el pretor, mediante nuevas formas de protección procesal, llegó a crear nuevos derechos. No tenía capacidad para promulgar leyes; pero sin establecer expresamente el derecho, llegó a resultados similares. Una persona que no tuviera derecho según la ley podía dirigirse al pretor sometiéndole una simple situación de hecho, y el pretor podía decidir protegerla; a partir de este momento, todo sucedía como si el demandante tuviese derecho según la ley.

EL PRINCIPADO.

AUGUSTO, PRIMER EMPERADOR DE ROMA

El Principado fue la conclusión normal, el punto en que desembocó la evolución encaminada a lograr la transformación del Estado en todos sus aspectos. Ya Pompeyo había tenido el título de *Princeps*, es decir, primer personaje de la República, pero su gobierno no estuvo presidido por ninguna idea rectora. Octavio, por el contrario, concibió claramente el Principado como un compromiso entre la Monarquía y la constitución tradicional. Pero era también necesario encontrar la barrera contra el peligro que significaba el imperio militar.

En el año 27 a.C., Octavio adoptó el nombre de Augusto, especie de nombre de la buena suerte. Siempre declaró que su deseo era restaurar la República, y nunca asumió el título de rey. Siempre mantuvo las formas de la República. Pero concentró todos los cargos en su persona y se convirtió así en el *Imperator*, palabra que significa “líder”. Del significado que tuvo esta palabra con Julio César (“líder de su ejército”), se pasó al de emperador tal como lo entendemos hoy. Es decir, el que manda no solo sobre el ejército sino sobre todo el Estado. En el caso de Augusto, su mandato se extendía sobre todo el mundo romano. Augusto creó el Principado dándole una base legal y una fachada civil, lo cual demostró ser una fórmula magistral.



La base legal estaba, ante todo, en el hecho de que conservaba todos los elementos del Estado republicano y acumulaba los poderes tradicionales. Augusto trató de basar su poder en la ley republicana, y por ello hizo que las magistraturas que asumió le fueran otorgadas por el Senado o por los comicios.

Por otra parte, esa base legal conferida por Augusto al Principado consistía en la delegación de soberanía del pueblo. El pueblo era el único soberano. Sin embargo, igual que bajo la República delegaba su poder en los magistrados, ahora en el Principado delegaba su potestad y su poder en el *princeps*, como primer ciudadano del Estado. De este modo, se produjo una mediatización en las relaciones entre los ciudadanos y el Estado. Antes, estas relaciones eran directas, pero ahora se realizaban a través de la persona y del cargo del *princeps*.

En cuanto a la fachada civil a que hacíamos referencia anteriormente, Augusto adoptó (con el fin de evitar el peligro de los generales) el título de primer ciudadano, que era un título civil, y otorgó aparentemente al Senado la plenitud de poderes. Así, en cuanto órgano supremo, el Senado le sirvió como contrapeso constitucional frente a las ambiciones de los militares. Pero en realidad el *princeps* tenía todos los poderes efectivos, pues era el órgano adaptado al nuevo y centralizado Estado. No obstante, Augusto se contentó siempre con títulos bastante imprecisos, sin contenido jurídico preciso, tales como primer ciudadano, servidor de los ciudadanos, o padre de la patria.

Como primer ciudadano, Augusto era el jefe del Estado, fundó su poder en tres elementos esenciales y permanentes: la potestad como tribuno, el poder como cónsul y el pontificado supremo.

Este último poder le permitía ejercer la presidencia de la vida religiosa del Imperio, interpretar el Derecho religioso, fijar el calendario e intervenir en el nombramiento de los sacerdotes. Decidía, además, acerca de todos los cambios religiosos y de la dirección moral de los ciudadanos. En este sentido, continuó la labor iniciada por Sila de asociar lo religioso a lo político. De esta manera, obviamente obtenía una adhesión total de los ciudadanos.

Augusto fue el primero de una larga serie de emperadores romanos, que dieron continuidad a su obra. Unos, con mejor fortuna que otros. Pero él se vanagloriaba de haber recibido una ciudad de tierra y haberla dejado de már mol.

CRONOLOGÍA



2000 a.C. Penetran en Italia poblaciones nórdicas, que se fusionan con los indígenas ligures y sículos: de estas se cree que descienden los umbros, los sabinos y los latinos.

1000 a.C. Desarrollo de Alba Longa, capital del Lacio.

753 a.C., 21 de abril. Fecha tradicional de la fundación de Roma. Rómulo, primer rey.

716 a.C. Muere Rómulo. Numa Pompilio, segundo rey.

673 a.C. Muere Numa Pompilio. Tulo Hostilio, tercer rey.

667 a.C. Muere Tulo Hostilio. Anco Marcio, cuarto rey.

616 a.C. Muere Anco Marcio. Tarquinio Prisco, quinto rey.

578 a.C. Muere Tarquinio Prisco. Servio Tulio, sexto rey.

540 a.C. Muere Servio Tulio. Tarquino el Soberbio, último rey.

510 a.C. Tarquino el Soberbio es expulsado de Roma.

509 a.C. Los etruscos son expulsados de las ciudades y en Roma se instaura la República Romana.

508 a.C. Porsena ataca Roma. Horacio defiende el puente.

494 a.C. Los plebeyos se separan de Roma, y con su retirada al Monte Sacro reivindican sus derechos. Se crea la figura del tribuno del pueblo.

458 a.C. Cincinato es nombrado dictador, aunque solo temporalmente.

450 a.C. Se elabora el primer texto de leyes escrito, ley de las Doce Tablas.

445 a.C. Se aprueba la ley Canuleya, que permite el matrimonio entre patricios y plebeyos.

421 a.C. Los plebeyos tienen acceso a la magistratura de cuestor.

396 a.C. Camilo toma la ciudad de Veyes tras diez años de asedio.

390 a.C. Los galos derrotan a los romanos, entran en Roma y la saquean

367 a.C. Los plebeyos tienen acceso por vez primera al consulado, magistratura hasta entonces reservada a los patricios.

354 a.C. Se crea la Liga Latina bajo la dominación romana.

351 a.C. Los plebeyos tienen acceso a la magistratura de censor.

343 a.C. Primera Guerra Samnita.

338 a.C. Filipo II de Macedonia impone su dominación a los griegos.

334 a.C. Los galos hacen la paz con Roma. Alejandro Magno invade Persia

326 a.C. Segunda Guerra Samnita.

323 a.C. Muere Alejandro Magno.

321 a.C. Horcas Caudinas: los samnitas derrotan a los romanos.

312 a.C. Se construye la Vía Apia.

298 a.C. Tercera Guerra Samnita.

280 a.C. Pirro derrota a los romanos en Heraclea.

279 a.C. Pirro derrota a los romanos en Ausculum.

275 a.C. Los romanos derrotan a Pirro en Benevento.

270 a.C. Roma conquista Magna Grecia.

264 a.C. Primera Guerra Púnica.

263 a.C. Roma invade Sicilia.

260 a.C. Roma vence a Cartago en una batalla naval.

248 a.C. Amílcar Barca toma el mando del ejército cartaginés.

241 a.C. Sicilia se convierte en provincia romana.

238 a.C. Córcega y Cerdeña se convierten en provincias romanas.

222 a.C. Roma domina toda Italia hasta los Alpes.

221 a.C. Aníbal toma el mando en España.

218 a.C. Segunda Guerra Púnica: Aníbal atraviesa los Alpes.

216 a.C. Aníbal derrota a los romanos en Cannas.

211 a.C. Aníbal se acerca a las puertas de Roma.

210 a.C. Escipión toma el mando en España.

206 a.C. Escipión derrota a los cartagineses en Ilipa, España.

202 a.C. Escipión El Africano derrota a Aníbal en Zama, Africa

201 a.C. Paz con Cartago.

183 a.C. Mueren Escipión y Aníbal.

151 a.C. Escipión el Joven pacifica España.

149 a.C. Tercera Guerra Púnica.

146 a.C. Cartago es destruida.

121 a.C. La Galia Meridional se convierte en provincia romana.

107 a.C. Mario es nombrado cónsul por primera vez.

100 a.C. Mario es nombrado cónsul por sexta vez.

91 a.C. Comienza la Guerra Social.

88 a.C. Primera Guerra Civil; Cornelio Sila marcha sobre Roma y obliga a Mario a abandonar la ciudad.

86 a.C. Mario saquea Atenas; regresa a Roma.

82 a.C. Sila derrota al ejército de Mario.

81 a.C. Sila se convierte en dictador de Roma.

72 a.C. Pompeyo derrota a fuerzas partidarias de Mario en España.

71 a.C. Craso derrota al ejército de los esclavos. Muere Espartaco

64 a.C. Conspiración de Catilina. Siria y Judea se convierten en provincias romanas.

60 a.C. Primer triunvirato: César, Pompeyo y Craso.

58 a.C. César inicia la Guerra de las Galias.

55 a.C. César invade Germania y Britania.

53 a.C. Craso muere en Oriente, combatiendo contra los partos.

51 a.C. César completa la conquista de toda la Galia.

49 a.C. César cruza el Rubicón con sus legiones de la Galia en armas.

48 a.C. César derrota a Pompeyo en Farsalia. César conoce a Cleopatra.

48 a.C. Pompeyo muere en Egipto.

46 a.C. César regresa a Roma con el poder supremo.

45 a.C. César reforma el calendario.

44 a.C. César es asesinado por Bruto.

43 a.C. Se forma el segundo triunvirato: Marco Antonio, Octavio y Lépido.

43 a.C. Muere Cicerón por orden de los triunviros.

41 a.C. Marco Antonio conoce a Cleopatra.

31 a.C. Octavio derrota a Marco Antonio y a Cleopatra en Accio.

30 a.C. Marco Antonio y Cleopatra se suicidan.

29 a.C. Octavio domina sobre todo el territorio romano. Fin de la República Romana.

27 a.C. Octavio recibe el título de Augusto que le concede el Senado.

GLOSARIO



ARÚSPICE: Sacerdote romano que interpretaba la voluntad de los dioses por los signos de los rayos, los temblores de la tierra y por la observación de las entrañas de las víctimas de los sacrificios. En Etruria, los arúspices eran patricios.

AUGUR: Sacerdote romano que interpretaba la voluntad de los dioses mediante el vuelo de las aves, el apetito de los pollos sagrados y los incidentes fortuitos durante la consulta augural.

CLIENTE: Persona ligada por un vínculo jurídico a una familia patricia. El cliente practicaba el mismo culto religioso de la familia que lo protegía, a la cual debía respeto y fidelidad.

CURIA: Subdivisión de las tres tribus primitivas de Roma.

ETRUSCO: Antiguo pueblo del norte de Italia, correspondiente a la actual Toscana, comprendida entre el Arno, el curso superior del río Tíber y el mar.

FALANGE: Formación del ejército que proporcionó las victorias a Filipo II de Macedonia y a Alejandro.

FASCES: Insignia del cónsul romano, formada por una segur en un haz de varas. Las fascces eran un haz de varas de madera, atadas con una correa de cuero rojo, que los livores llevaban delante de ciertos magistrados romanos.

FASTO: Aplicado al día lícito para tratar asuntos públicos y administrar justicia.

GENTILICIO: Perteneciente al nombre propio de la *gens* romana que se intercalaba entre el nombre de pila y el sobrenombre de una persona, y que indicaba la ciudadanía romana. Por ejemplo, Marco Tulio Cicerón, perteneciente a la *gens* Tulia. El término latino tiene el equivalente actual de linaje.

HORCAS CAUDINAS: Lugar por el que los Samnitas obligaron a pasar a los romanos, infligiéndoles la mayor humillación de su historia.

LEGIÓN: Inicialmente, la legión representaba al ejército en su conjunto y estaba formada únicamente por ciudadanos, a los que el rey Servio Tulio había asignado funciones

militares en relación con su fortuna. La legión se dividía en manípulos y los legionarios estaban repartidos en tres líneas, según la edad y el armamento. A cada legión iba unido un cuerpo de 300 jinetes. Los tribunos militares mandaban cada uno unos 1000 legionarios, aproximadamente. La estructura de la legión fue posteriormente reformada por Mario, y en ella reclutó a todos los voluntarios.

LICTOR: Oficial que precedía a los principales magistrados de Roma, llevando un haz de varas. El lictor apartaba a la muchedumbre para dejar paso al magistrado.

MANCIPACIÓN: Forma de transmisión de propiedad sobre una persona, que consistía en una venta ficticia mediante una moneda de cobre y una balanza.

NEFASTO: Aplicado al día ilícito para tratar asuntos públicos y administrar justicia.

BIBLIOGRAFÍA

- De BEER, Sir Gavin. Aníbal. *La lucha por el poder en el Mediterráneo*. Barcelona, 1969.
- BERTOLLINI, Francisco. *Historia de Roma. Desde los orígenes itálicos hasta la caída del Imperio de Occidente*. Madrid, 2004.
- CARCOPINO, Jérôme. Julio César. *El proceso clásico de la concentración del poder*. Madrid, 1974.
- ELLUL, Jacques. *Historia de las Instituciones de la Antigüedad*. Madrid, 1970.
- GUILLÉN, José. *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos*. 3 vols. Salamanca, 1977.
- HACQUARD, G, DAUTRY, J. Y MAISANI, O. *Guide Romain Antique*. Paris, 1952.
- FRIEDLÄNDER, Ludwig. *La sociedad romana*. Madrid, 1982.
- MANN-ALFRED HEUSS, Golo. *Roma. El mundo romano, en Historia Universal*. Vols. 1-2. Madrid, 1985
- MONTANELLI, Indro. *Historia de Roma*. Barcelona, 1961.
- RENDINA, Claudio. *Storia Insolita di Roma*. Roma, 2001.

BREVE HISTORIA de la antigua

ROMA. MONARQUÍA Y REPÚBLICA

Bárbara Pastor

En los orígenes de la mítica Roma se entrecruzan la historia y la leyenda. Desde Rómulo y Remo y la Monarquía, hasta llegar al equilibrio de la República, basada en los conceptos de equidad y justicia para construir así la idea de Estado.

Con *Breve Historia de Roma. Monarquía y República*, nos adentramos en una de las civilizaciones más importantes de la Historia. Ubicada junto al Tíber, Roma se convirtió rápidamente en la capital de Lacio y, gracias a sus posibilidades defensivas, se transformó en una verdadera acrópolis.

Conoceremos los míticos orígenes de la ciudad de las siete colinas, la leyenda de Rómulo y Remo, los primeros monarcas, el rapto de las Sabinas, la Ley de las Doce Tablas, las Guerras Púnicas contra los cartagineses, Espartaco y la rebelión de los esclavos, y la conquista de las Galias por Julio César.

Bárbara Pastor describe, desde su amplio conocimiento del mundo romano, la evolución completa de esta civilización desde sus orígenes hasta el fin de la República a través de sus grandes personajes y ciudades, de los acontecimientos más destacados, de la sociedad, la política y el papel del Senado, la economía, la guerra y de las más importantes obras de arte.

Un recorrido completo por la historia de la época de la República romana, descrita de una forma amena y rigurosa, para conocer un período clave de la historia de la humanidad.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros,
participa en los foros de debate temáticos y mucho más.